
LA HIJA DEL
SALVAJE
ZOE SCOTLAND

La hija del salvaje

Clanes de Las Tierras Altas

Zoe Scotland

Copyright © JULIO 2025 ZOE SCOTLAND

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Contents

Title Page
Copyright
La hija
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo final
Fin

La hija **del SALVAJE**

Zoe Scotland

Capítulo 1

Tierras Altas de Escocia, 1701

Propiedad del clan MacKinnon

El crujir del cuero de su silla y el galope firme de su caballo rompían el silencio hostil del bosque. Alyssa MacKinnon no necesitaba más que eso para sentirse en casa: la brisa en el rostro, el ritmo constante de Brann bajo sus piernas, y la sensación de que, al menos mientras cabalgara, nada ni nadie podría alcanzarla.

—¡Vamos, muchacho! —le susurró al animal, inclinándose hacia adelante para tomar más velocidad.

Cabalgaba sola, como solía hacerlo desde que aprendió a mantenerse firme sobre la silla. Conocía cada curva del sendero, cada piedra medio suelta de la montaña, cada raíz traicionera. No porque se lo hubieran enseñado, sino porque lo había recorrido una y otra vez, con los ojos abiertos y los sentidos alerta. Ese bosque la había criado tanto como sus padres.

Eran tierras salvajes, duras y a veces crueles. Pero a ella le daban lo que nadie más podía ofrecerle: espacio, libertad, y silencio.

La niebla matinal comenzaba a deshacerse cuando cruzó el viejo puente de madera que conectaba el bosque con la colina del castillo. Las torres de piedra emergían entre los árboles, oscuras y firmes como guardianes gigantes.

Alyssa tiró suavemente de las riendas, y Brann aminoró el paso, después lo frenó. Se quedó allí unos segundos, observando su hogar. Sabía lo que le esperaba. Su padre había dicho que era hora de hablar en serio. Que el tiempo de las niñas salvajes se terminaba.

Que el clan Murray no era tan terrible como ella creía, y que ella tenía el deber de cumplir con su parte como la hija del laird que era.

Alyssa arqueó una ceja. Deber. Esa palabra pesaba como una cadena y hasta pronunciarla le oprimía el pecho.

Suspiró, desmontó con un ágil movimiento y acarició el cuello de Brann antes de guiarlo hacia los establos.

Uno de los mozos salió al verla y se apresuró a ayudar.

—Buenos días, señorita Alyssa —dijo el chico, con la cabeza agachada.

—Buenos días, Tavish. Dale agua y avena. Ha corrido como un demonio hoy.

—Como siempre —respondió él con una sonrisa tímida.

Ella le devolvió la leve sonrisa y se alejó caminando hacia el castillo. Su capa estaba húmeda por la niebla, el barro manchaba sus botas hasta los tobillos, pero no le importaba. Era parte de la vida allí. Del lugar al que pertenecía.

Al cruzar el umbral de piedra, se detuvo unos segundos. Aspiró el aroma familiar de humo de turba, pan horneado y algo de cebolla frita. Era, en esencia, el olor de su hogar.

Entró a las cocinas sin hacer ruido. Allí estaban dos cocineras amasando pan y una tercera removiendo una gran olla que humeaba con fuerza. Todas la miraron al entrar.

—¡Alyssa! —exclamó Morag, una mujer ancha y robusta y de mejillas sonrosadas—. ¿Dónde te habías metido a estas horas?

—En el bosque —respondió, mientras se acercaba a la mesa y cogía un trozo de pan todavía caliente—. Donde siempre estoy cuando necesito pensar.

—Tu madre te busca —intervino otra de las cocineras—. Y ella no es la única.

Alyssa se sentó en un banco de madera y mordió el pan con calma. Observó la gran chimenea encendida, las hierbas colgadas secándose, y el ir y venir de las mujeres apresuradas.

Durante años ese castillo había sido su mundo, y a pesar de todo, sabía que algo iba a cambiar pronto. Lo sentía en el aire. En las miradas de todos cuando ella pasaba cerca. En las palabras que no se decían cuando estaba presente.

Una de las niñas que ayudaban en la cocina entró corriendo.

—Tu padre está en la sala del consejo. Ha llegado alguien del clan Murray.

El pan se quedó en su garganta por un momento.

Alyssa tragó despacio y dejó el trozo que todavía sostenía en su mano a un lado.

Ya había comenzado.

Se levantó sin apuro. A cada paso sentía el peso de lo que se le venía encima, pero también tenía un pensamiento que no iba a dejar pasar. Si tenía que ceder, lo haría, pero no sin imponer su decisión. Nunca aceptaría sin dejar claro que seguía siendo dueña de sí misma.

Y que si alguna vez entregaba su voluntad, su cuerpo o su futuro… sería porque ella así lo había decidido. No por mandato de otro.

Las puertas de roble estaban abiertas, pero Alyssa no cruzó el umbral de inmediato.

Se quedó quieta, con los dedos tensos sobre la tela de su falda, mirando el suelo de piedra como si esperara que este le ofreciera una salida. Sabía lo que venía. No necesitaba oír las palabras para entender el destino que ya habían decidido por ella.

Un pacto.

Un nombre desconocido.

Con un hombre al que no había mirado a los ojos todavía.

Su mandíbula se apretó, y no por orgullo, sino por impotencia. Desde niña había escuchado las historias de las mujeres del clan: las que se casaban por deber, las que encontraban la resignación en una cama fría, y las que lloraban en silencio tras un lecho obligado. Sabía bien lo que ocurría en la noche de bodas. El matrimonio no era una promesa dulce en labios de los hombres, sino un acto sellado entre sábanas, donde el cuerpo debía entregarse como quien firma un tratado.

Y ella... Ella no estaba dispuesta a ceder en eso.

No por aquellas alianzas, ni por la paz, ni por la voluntad de su padre.

Si alguna vez entregaba su piel y su deseo, sería por decisión propia. Por un fuego real, no por mandato. Quería elegir. No ser elegida.

Inspiró hondo, intentando que el temblor no le subiera por la garganta. No tenía miedo al combate, ni a los caballos desbocados, ni siquiera a morir en batalla. Pero la idea de acostarse con un extraño solo porque otros lo habían pactado por ella… eso sí le daba miedo. Un miedo callado, íntimo, casi vergonzoso.

Cerró los ojos un instante. No era una niña. Era hija de un laird. No debía llorar. No debía rebelarse en voz alta. Pero tampoco pensaba rendirse por dentro.

Cuando los volvió a abrir, el rostro le ardía, pero no se derrumbó. Dio un paso adelante. Y entró al consejo.

Desde donde estaba, podía ver parte del interior: las antorchas encendidas a ambos lados de la sala, los estandartes colgando del techo alto, y el círculo de hombres sentados alrededor de la mesa larga de madera tallada.

Reconocía cada rostro. Su padre, Cam MacKinnon, ocupaba la cabecera. A su derecha estaba Duncan, el viejo consejero de guerra, y a su izquierda, uno de los capitanes del clan. Más allá, hombres de tierras vecinas. Y, frente a ellos, el mensajero del clan Murray.

Alyssa entró al salón obligando a sus piernas a no temblar. Nadie le indicó que se sentara. No hacía falta. Ya sabían por qué estaba allí.

Cam se volvió hacia ella con un leve movimiento de cabeza. Su expresión era dura, pero no fría. Era la de un hombre que sabía que estaba a punto de herir a su hija… y aun así, iba a hacerlo porque creía que era necesario.

—Alyssa —dijo con voz grave—. Has sido llamada para conocer una decisión del consejo que atañe no solo a tu futuro, sino al de todo nuestro clan.

Ella sostuvo su mirada.

—Hablad, padre.

Un murmullo recorrió la sala como un viento bajo. Los hombres del consejo intercambiaron miradas discretas, y el emisario del clan Murray —un hombre de unos cuarenta años, vestido con tartán rojo y gris— dio un paso al frente.

—El laird Murray ha ofrecido formalizar una alianza entre nuestros clanes a través del matrimonio —dijo, con tono ceremonioso—. Vuestro padre ha aceptado en su nombre y en el vuestro. Su hijo y heredero, Ewan Murray, tomará por esposa a Alyssa MacKinnon. La unión se celebrará en la próxima luna llena.

El silencio fue denso.

Alyssa no parpadeó. Pero sintió cómo se le contraía el pecho. No lloró, no se agitó, ni siquiera suplicó. Solo tragó saliva y clavó los ojos en su padre.

—Entiendo —dijo con una voz que no reconocía como suya.

—Este pacto traerá estabilidad —añadió Duncan—. Fuerza en la frontera sur. Protección mutua. La alianza con los Murray podría salvar muchas vidas.

—A costa de una —respondió ella. No gritó ni alzó la voz. Pero cada palabra cayó como una piedra en medio del consejo.

Cam cerró los ojos un instante, apenas fue un suspiro.

—Eres hija de este clan —dijo por fin—. Y a veces, hija, el deber pesa más que el deseo. No es castigo. Es confianza.

Alyssa no respondió. No tenía palabras. Dio un paso atrás, hizo una reverencia formal —porque aún era hija de un laird—, y salió de la sala con la cabeza alta.

No supo en qué momento se quebró. Tal vez cuando cruzó el pasillo. Tal vez al cerrar la puerta de su alcoba. Solo supo que, cuando Isla la encontró minutos después, Alyssa estaba de rodillas junto al ventanal, sollozando como si fuera a romperse por dentro.

Isla no llamó a la puerta. Cuando la empujó con suavidad y vio a su hija arrodillada en el suelo, el corazón se le partió en dos.

Alyssa estaba allí, con la frente apoyada en el marco de piedra del ventanal, los hombros encogidos y el cuerpo sacudido por un llanto mudo, desesperado. Sus puños apretaban los pliegues de la falda como si con ellos pudiera arrancarse la angustia del pecho.

Isla no dijo nada. Se acercó despacio, sin que sus pasos hicieran ruido, y se sentó a su lado con una lentitud medida. No la abrazó de inmediato. Solo se quedó ahí, acompañándola en silencio. Porque a veces, el dolor necesita espacio antes de permitir consuelo.

Pasaron así varios minutos. Hasta que la voz quebrada de Alyssa brotó en un susurro.

—No quiero hacerlo, madre.

Isla inclinó la cabeza, sus mechones castaños le caían sobre los hombros.

—Lo sé.

—No puedo… —jadeó su hija, tragando saliva entre lágrimas—. No puedo fingir que me da igual. No puedo acostarme con un hombre al que no amo. No quiero que mi primera vez sea una obligación.

Y entonces Isla la abrazó con fuerza, con ternura. Con el mismo instinto con el que un día la envolvió en mantas cuando era un bebé recién nacido. La sostuvo sin decir palabra, hasta que el cuerpo de Alyssa dejó de temblar poco a poco.

—Has heredado más de mí de lo que crees —dijo Isla al fin, con una sonrisa triste en los labios—. Esa rabia que arde por dentro… también fue mía alguna vez. También odié que decidieran por mí. Que me dijeran lo que debía hacer, a quién debía entregar el alma, mi cuerpo, mi futuro.

Alyssa levantó la mirada. Sus ojos estaban enrojecidos, brillaban de furia y desconsuelo.

—¿Y qué hiciste tú?

—Me rebelé. —Isla le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. No con gritos, ni con armas. Me rebelé eligiendo. Escuchando a mi corazón y plantando cara cuando tocaba, porque también aprendí algo, hija: que incluso en medio del deber, hay margen para decidir quién queremos ser. Y tú aún puedes hacerlo.

—¿Cómo? —susurró Alyssa—. Ya lo han pactado. Ya está hecho.

—¿Y tú piensas rendirte así, sin más?

El silencio se hizo palpable entre las dos.

Isla la miró con un reflejo de provocación en los ojos, tan parecida a la de su juventud que a Alyssa le pareció extraño por parte de su madre.

—Hay muchas formas de pelear —continuó Isla—. Algunas con la espada. Otras con la astucia. Con el tiempo, cuando tengas decidido lo que hacer no permitas que nadie te robe lo que es tuyo. Ni tu decisión, ni tu cuerpo, ni tu razón. Haz lo que tengas que hacer. Pero hazlo siendo tú. Como mujer. Como MacKinnon. Como hija mía.

Alyssa apoyó la cabeza sobre el regazo de su madre, aún con lágrimas en su rostro, pero también con una resolución que empezaba a tomar forma. Un fuego más suave, pero igual de real. Isla le acarició el cabello, suave, una y otra vez, mientras la habitación se llenaba de calma.

Allí, bajo la luz gris de la mañana y con el murmullo del viento contra las ventanas, una esperanza empezó a crecer en el pecho de Alyssa.

No se rendiría. No lo haría. Ya estaba decidido.

Capítulo 2

—No puedes estar hablando en serio —susurró Julia, aunque la sonrisa torcida que se dibujaba en su boca decía todo lo contrario.

Alyssa le sostuvo la mirada desde el borde del pasillo, con los ojos llenos de diversión.

—Voy a hacerlo. Quiero hacerlo. Solo necesito salir esta noche. Una sola noche.

Julia suspiró, se acercó y la tomó por los hombros, examinándola como si volviera a verla con seis años, despeinada, llena de barro hasta las cejas y negándose a vestirse con los trajes de las damas del castillo.

—¿Y si tu padre se entera? ¿Y si mi hermana lo descubre?

—Mamá me apoya, cuando me mira se le parte el alma. No quiero verla así. Y mi padre… bueno, sabes que ya ha elegido por mí. Pero esta elección es mía, tía. Mía.

Hubo un silencio. Solo se oía la brisa nocturna colándose por las rendijas de piedra de las paredes. Julia inspiró hondo. Luego, sonrió con resignación.

—Muy bien. Pero que el diablo me lleve si te dejo ir sola.

Alyssa parpadeó.

—¿Qué?

—Voy contigo, niña terca. No confío en esos hombres de las Tierras Altas más de lo que confío en una serpiente bajo la manta.

Cuando el castillo se sumió en silencio y la ronda de vigilancia pasó de largo la galería oeste, Julia la condujo por un pasadizo trasero que ni siquiera Alyssa conocía, oculto tras un tapiz de caza en el ala antigua.

—Esto conecta con los establos —susurró Julia, arrastrando la antorcha encendida por la piedra—. Lo usaba tu madre cuando

quería escaparse de los bailes de invierno, ella misma me lo contó. Pero no lo sabrás por mí, si te atreves a delatarme, siempre lo negaré.

Llegaron a las caballerizas sin ser vistas. Afuera, la luna colgaba del cielo pálida sobre los riscos, y el bosque se extendía como un mar oscuro, cubierto de bruma.

—¿Lista? —preguntó Julia mientras le lanzaba una capa oscura y montaba su yegua sin esfuerzo.

Alyssa asintió.

—Más que nunca —dijo.

Y con una última mirada al castillo, galoparon hacia el sur, rumbo a Balquhidder.

Balquhidder era un rincón encantado en medio del corazón de Escocia. Custodiado por montañas cubiertas de pinos y niebla, el pequeño valle se llenaba cada primavera de carretas, tambores, gaitas y hogueras que ardían hasta el amanecer.

Era allí donde los clanes, rivales durante el año, acordaban una tregua para celebrar la vida.

Los hombres llegaban con sus mejores tartanes, espadas al cinto, las camisas de lino remangadas mostrando brazos curtidos por la guerra y el trabajo. Las mujeres, algunas con vestidos sencillos y otras con túnicas bordadas a mano, tejían flores en sus cabellos y llevaban capas de lana finísima sobre los hombros.

El aire olía a brezo, humo y carne asada. Alrededor del claro principal, se habían instalado carpas de tela teñida y puestos de hidromiel y cerveza artesanal.

A un lado, los gaiteros afinaban sus instrumentos, mientras unos muchachos danzaban al ritmo de un tambor improvisado. Más allá, las mujeres trenzaban coronas de flores y los ancianos jugaban a las cartas en barriles volcados.

Alyssa nunca había visto nada igual. Había oído hablar de las fiestas de primavera, pero vivirlo era distinto. Era como entrar en otro mundo.

Y esa era la idea.

Bajo su capa de viaje, llevaba un vestido sencillo pero ceñido, que no era propio de una dama del castillo, sino de una joven del

valle. Una joven cualquiera. Invisible. Libre.

—No te alejes demasiado —le dijo Julia, aunque ya sabía que era inútil decir aquello.

Alyssa asintió… y se perdió entre la gente.

Las gaitas comenzaron a sonar de verdad. Un ritmo rápido, y alegre la envolvió. El cielo se iluminó con antorchas y el crepitar de una hoguera enorme en el centro del claro. Las voces subieron, y las risas también.

En ese instante, con los pies sobre la tierra húmeda, el pecho palpitando de emoción y el cuerpo todavía temblando por la adrenalina del escape, Alyssa se sintió viva. Despojada de títulos, de deberes, de entregas.

Y entonces lo vio. A lo lejos.

Un hombre entre la multitud, con la mirada clavada en ella.

La fiesta rugía a su alrededor como una hoguera viva, pero Alyssa solo lo vio a él.

Estaba de pie, ligeramente apartado del tumulto de bailarines, con una jarra en la mano y la espalda apoyada en uno de los gruesos troncos de pino que delimitaban el claro. No bailaba, ni tampoco reía. Solo la miraba.

Desde el otro extremo del gentío, su mirada era como una lanza directa al pecho. Verde. Un verde profundo, denso, como las hojas del bosque en plena tormenta.

No apartó los ojos de ella ni siquiera cuando dos muchachas pasaron junto a él riendo. No parpadeó, ni siquiera se dio cuenta de que le miraban.

Simplemente continuó mirándola a ella.

Alyssa sintió que algo se le encendía por dentro. Una llama primitiva que ni su madre había podido explicar cuando le contaba historias.

Sus pasos la guiaron hacia él como si el suelo se inclinara en esa dirección. Lo cruzó todo: música, risas, fuego, voces. No se detuvo hasta tenerlo a un brazo de distancia.

Y entonces lo olió. Aquel aroma a incienso.

Dulce, amaderado, con un fondo de humo y algo a tierra mojada. Un perfume que no era perfume, sino esencia. Lo llevaba impregnado

en la piel, o en el cabello largo que caía libre sobre sus hombros, como una melena dorada de un león salvaje.

Era alto. Tan alto que, al mirarlo de cerca, su cuello se arqueó sin querer. Y era grande, de los que parecían forjados para la guerra: hombros anchos, pecho amplio, los brazos marcados por el acero y el trabajo. Vestía con el tartán recogido a la cintura, y la camisa abierta dejaba ver parte de su torso cubierto de vello claro. Su mandíbula era cuadrada y cubierta por una sombra dorada, tensaba una expresión dura… hasta que ella llegó. Y entonces se suavizó. Solo un poco. Solo para ella.

Las manos… Por todos los dioses, aquellas manos. Eran enormes. Rugosas. Con venas marcadas como ramas bajo la piel. Sujetaban la jarra con tanta facilidad que le apeteció convertirse en ella.

—¿Tu nombre? —preguntó él, con voz grave, ronca como el eco de una montaña.

Alyssa dudó. Y mintió al responderle.

—Mara —dijo, bajando la mirada justo un segundo, como si eso hiciera su mentira más creíble.

Él ladeó la cabeza. No parecía creerle del todo, pero tampoco la contradijo. Le tendió una jarra nueva, llena hasta el borde de una bebida ambarina.

—Bebamos entonces, *Mara*. —Sus ojos verdes se clavaron en los suyos mientras alzaba la suya—. Por una de mis últimas noches en libertad.

Alyssa alzó la ceja.

—¿Tan pronto se termina esa libertad?

Él bebió un trago antes de contestar.

—Pronto debo unirme a las tropas de mi clan. La guerra nos llama, y no suele tener la decencia de esperar.

Ella no dijo nada. Solo lo miró.

Y sin pensarlo, sin medir consecuencias ni nombres, sintió un impulso y lo besó.

Se alzó un poco sobre los pies, rozó su boca con la de él primero, y luego lo envolvió con los labios con una decisión callada,

temblorosa y ardiente. El beso no fue largo, pero fue real, como si el mundo se silenciase un instante a su alrededor.

Él no se apartó. Ni preguntó.
Solo abrió los ojos despacio cuando terminó.

Y la miró como si ella fuese la respuesta a todas las guerras que aún no había peleado.

Alyssa se separó de su beso con el corazón desbocado latiendo con una fuerza con la que jamás había sentido.

No por miedo. Ni por culpa. Sino por algo más hondo y primitivo: la certeza de que aquello iba a cambiarlo todo.

—Vaya… —dijo una voz femenina a su espalda—. Te veo muy bien acompañada, sobrina.

Alyssa se giró con los ojos abiertos como platos.

—Tía Julia…

Julia McLean apareció desde entre los troncos como si hubiese emergido de la misma niebla. Iba vestida con discreción, la capa que cubría su cuerpo tapaba su tartán, no llevaba joyas ni marcas visibles que delataran su linaje, pero habló con la misma actitud altiva que siempre la había acompañado. Los brazos se acomodaban cruzados sobre su pecho, y una ceja arqueada hacía más preguntas que sus propias palabras… y después una sonrisa peligrosa apareció en sus labios.

—¿Sabes cuántas veces he desobedecido órdenes por ti? —preguntó en voz baja, aunque sin enfado real—. Más de las que confesaría ante Caelan.

Alyssa se mordió el labio y corrió a abrazarla sabiendo que esta vez no iba a ser diferente. Julia la apretó fuerte unos segundos.

—Volveré enseguida, lo prometo. Solo quiero quedarme un poco más —susurró Alyssa contra su cuello.

—Un poco más —repitió Julia, y la soltó lentamente.

—Está bien. Pero si tu madre o tu padre preguntan por ti, no pienso mentir. Y cuando Caelan se dé cuenta de que no estás en el castillo, tendrás que explicárselo tú.

Antes de marcharse, Julia volvió la cabeza hacia el muchacho que seguía de pie junto a su sobrina. Los ojos verdes de Julia lo

inspeccionaron de arriba abajo con una lentitud calculada. Él sostuvo su mirada sin pestañear, pero con cierta tensión en la mandíbula.

—¿Y tú? —preguntó Julia sin presentaciones—. ¿Tienes nombre, o prefieres que te lo quite antes de que intentes algo más con ella?

Él no contestó enseguida. El aire entre ambos se tensó como la cuerda de un arco.

—Roy —Mintió él también.

Julia sonrió, seca.

—Escúchame bien, gigante. Si le rompes el corazón, te encontraré. Si la deshonras, también. Y si la tocas sin que ella lo quiera... no te hará falta la guerra para conocer el filo de una espada. ¿Ha quedado claro?

Él inclinó apenas la cabeza. No como un sometimiento, sino como quien reconoce la fuerza en el otro.

—Clarísimo, señora.

—No soy señora de nadie. Solo soy Julia… —y cuando ella iba a terminar aquella frase con su apellido, Alyssa la cortó rápidamente, pues no quería que allí todos supieran que era la hija de ningún laird.

Julia miró a su sobrina y lo entendió, dejándola allí desapareciendo en silencio entre los árboles igual que había llegado.

Alyssa se quedó mirando el vacío que había dejado su tía.

El guerrero a su lado dejó escapar una carcajada breve, ronca.

—¿Siempre te rodeas de mujeres así?

Alyssa sonrió sin mirar.

—No me rodeo de nadie. Soy una M... —enseguida se dio cuenta de que había estado a punto de fastidiarlo todo, pero corrigió rápido— , mujer. Soy una mujer que aprendí a abrirme paso sola.

Él volvió a mirarla como antes, como si ya no le bastara con aquella distancia entre ellos.

—Y aun así, has venido esta noche aquí, ¿buscando qué?

—Y tú también estás aquí —dijo ella.

—Yo sé lo que busco —dijo él con tono seco, y su mirada se clavó en ella casi desnudándola.

—Yo no vine buscando nada en concreto, pero no diré que no si algo de lo que me encuentro me apetece.

Él la observaba sin vergüenza alguna. Con los ojos clavados en su boca, como si cada palabra no dicha pudiera saborearse antes de nacer de sus labios. Entonces, alzó una de sus manos grandes y la colocó sobre su antebrazo, con una firmeza que no admitía duda.

Y tiró de ella.

No lo hizo con violencia. Sino con esa clase de fuerza que lo arrastra todo cuando ya no queda voluntad de resistirse. La atrajo contra su pecho, y Alyssa, que ni siquiera supo en qué momento había empezado a temblar, sintió cómo se le escapaba el aire cuando su cuerpo se pegó al suyo.

Su aliento se enredó con el de él. El olor a incienso seguía allí, pero ahora mezclado con algo más: cuero, fuego… y deseo. La boca del hombre bajó hacia la suya sin prisa. Y cuando la alcanzó, no fue un beso dulce, ni suave. Fue un beso lleno de hambre.

La besó como si hubiese estado buscándola toda su vida. Como si no hubiera mañana.

Sus manos bajaron por su espalda y, sin pedir permiso, la sujetaron con firmeza por las caderas, luego más abajo, aferrándola por las nalgas y apretándola con tal urgencia que Alyssa jadeó.

Sintió su erección rozándole entre los muslos, dura, caliente, reclamándola sin palabras.

Se quedó sin aliento. Él se apartó apenas un poco, con la mirada más encendida que nunca.

—¿Deseas yacer conmigo, mujer? —susurró ronco, con esa voz que parecía salida de la tierra misma—. ¿Ahora, esta noche?

Alyssa parpadeó, pero no dudó. Las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera pensarlas.

—Sí.

Él soltó una risa muda y tiró de ella de la mano, sin soltarla, sin darle tiempo a arrepentirse. Cruzaron entre las tiendas hasta una de tela gruesa, algo apartada del bullicio. La abrió de un tirón, y cuando ella entró, el mundo quedó atrás.

El interior de la tienda estaba apenas iluminado por la luz temblorosa de una lámpara de aceite. Las sombras danzaban sobre

la lona, como si quisieran guardar el secreto que estaba a punto de nacer allí dentro.

Él la miró como si necesitara memorizarla, como si no creyera del todo que estaba frente a él, dispuesta. Sin una palabra, alzó una mano y acarició su mejilla con los dedos rudos, tan grandes que le envolvieron la cara. Aquel rostro tan fino como si fuese de porcelana. Alyssa cerró los ojos al sentir su contacto. Era la primera vez que alguien la tocaba con tanta reverencia... y tanta hambre a la vez.

—¿Estás segura? —susurró, su aliento le rozaba la frente.

Ella asintió, con el pulso desbocado. No hacía falta repetirlo.

Sus manos comenzaron a moverse con lentitud. Primero se acercó a los cordones del corpiño de cuero que llevaba, tirando de ellos con una torpeza casi reverente. Cada nudo deshecho era una respiración compartida. Cada centímetro de tela que se aflojaba, un nuevo temblor en sus dedos.

Cuando al fin logró soltarlo por completo, deslizó el corpiño por sus hombros.

Alyssa notó cómo el aire le rozaba la piel y cómo la mirada de él la recorría como si estuviese leyendo un mapa que sólo él entendía.

—Eres tan hermosa que me dolerá dejarte ir —murmuró sin pensarlo.

Ella no respondió. No podía. Tenía la garganta hecha un nudo.

Entonces fue ella quien alzó las manos, con decisión. Se aferró al borde de su camisa de lino, empapada del calor de la fiesta, y la alzó con cuidado. El torso de él quedó al descubierto: músculos cincelados por años de entrenamiento, piel curtida por el sol y la guerra, y una delgada línea de vello dorado que desaparecía bajo su cinturón.

Lo tocó. Primero con la yema de los dedos. Luego con las palmas enteras. Como si también ella necesitara recordarlo cuando no estuviese.

Él bajó la cabeza y volvió a besarla. Esta vez con más lentitud, con la boca abierta, húmeda, profunda. Y mientras lo hacía,

sus manos descendieron por su espalda desnuda hasta alcanzar la falda.

Deshizo los broches uno a uno, con una paciencia que la hizo estremecerse. Cuando por fin la falda cayó al suelo, ella quedó ante él vestida solo con la fina ropa interior de lino que llevaba, tan liviana que casi era invisible bajo la luz trémula.

Las manos de él se deslizaron por sus costados, subieron por sus costillas, y acariciaron el hueco de su cuello. Sus labios no se apartaban de los de ella. Se besaban como si hubieran estado esperando años, como si el tiempo fuese a robárselos de un momento a otro.

Cuando por fin él se bajó los pantalones de lana gruesa que llevaba y quedaron ambos frente a frente, sin barreras, sin secretos, Alyssa apenas podía pensar.

Solo sentir.

Y en aquel instante, mientras él la conducía hacia el lecho improvisado de mantas y pieles, supo que aunque no sabía quién era, ni de qué clan provenía, esa noche sería suya. Ni por deber, ni por alianzas, ni tampoco por obligación.
Sino porque lo había elegido.

Porque el deseo también puede ser una forma de libertad.

El guerrero se inclinó sobre ella. Su cuerpo era inmenso, una muralla gigante pero cálida, segura. Le apartó el cabello del rostro y la besó. Esta vez el beso fue lento, como si quisieran aprenderse el sabor del otro, memorizarlo con la lengua, con los labios, con cada aliento.

Las manos grandes de él recorrieron su espalda, bajaron despacio hasta encontrar los nudos del cinturón que ceñía su vestido. Alyssa lo observó mientras sus dedos, firmes pero cuidadosos, aflojaban una a una las tiras de cuero. Cuando la tela cayó sobre sus pies, ella no se cubrió. Lo miró de frente con los ojos muy abiertos, la piel erizada de emoción y miedo, pero sin un atisbo de arrepentimiento.

Él la contempló como si la viera por primera vez, como si el mundo entero se hubiese detenido en ese cuerpo joven, fuerte, hermoso, que se le ofrecía sin obligación. Su torso era una sinfonía

de músculos y cicatrices, y Alyssa sintió que el deseo le brotaba como agua caliente en la piel. Se acercó a él y le acarició el pecho, subiendo las manos hasta su cuello, notando el peso de su respiración, la tensión de su cuerpo.

Se tumbaron sobre una manta gruesa, entre pieles suaves, y el calor creció con ellos. Él la acarició sin apuro, recorriéndola palmo a palmo con la boca, con las manos. Desde el cuello hasta las clavículas, de los hombros al centro del pecho, deteniéndose a adorar cada curva, cada uno de sus pechos, provocándole estremecimiento. Alyssa se arqueó al sentir su lengua sobre su vientre, y gimió cuando él subió de nuevo para besarle la boca.

—¿Estás segura? —susurró haciendo sonar su voz ronca y baja, casi irreconocible.

Ella asintió sin pensar, con los ojos brillantes.

—Sí —respondió—. Te deseo a ti. Solo esta noche… pero de verdad.

Y entonces, se unieron.

Él entró en ella con cuidado, despacio, como si temiera romper algo sagrado. Alyssa contuvo el aliento, sintiendo cómo su cuerpo lo recibía, lo aceptaba, lo reconocía como algo inevitable. Al principio fue un leve ardor, una presión que la hizo apretar los labios, pero después el placer se deslizó por su piel como una ola cálida. Moviéndose juntos, en un ritmo que sus cuerpos encontraron por instinto, se buscaron, se encontraron, se perdieron.

Los jadeos se entremezclaron con susurros, con besos torpes, con caricias que temblaban. Él la sostuvo por las caderas, ella le rodeó la cintura con las piernas, y juntos se dejaron llevar, encajando como piezas destinadas a estar unidas, dejándose arrastrar por un clímax que no fue solo físico.

Cuando por fin quedaron en silencio, abrazados, respirando sobre el cuello del otro, Alyssa sintió que el corazón le palpitaba.

Capítulo 3

La tienda olía a incienso, piel y deseo. Alyssa, todavía estaba temblando por dentro, apoyó la frente en el pecho de él, que dormía profundamente, con el rostro sereno, como si no existiera guerra ni clan que lo reclamara.

Ella lo observó durante un instante más, sintiendo que algo dentro de sí había cambiado. No se arrepentía. No había culpa. Solo una extraña ternura que la tomó desprevenida. Sus dedos rozaron la línea de su mandíbula, queriendo llevarse ese recuerdo anclado en la piel, pero debía irse.

Con lentitud, recogió sus ropas, se las colocó sin hacer ruido, recogió su cabello despeinado y, sin volver la vista atrás, cruzó la tela de la tienda y desapareció entre la bruma de la madrugada. El frescor del amanecer le cortó la piel en cuanto salió. Aún resonaban gaitas a lo lejos, risas, el eco de la fiesta extinguiéndose. Pero ella no tenía tiempo que perder.

El camino de vuelta se le hizo eterno.

Cuando por fin cruzó los portones del castillo de los MacKinnon, con el cielo ya clareando sobre las torres de piedra, no esperaba que alguien estuviera despierto aún. O quizás eso era lo que deseaba. Pero allí estaba él.

Cam, su padre.

Erguido como una estatua en mitad del gran vestíbulo, con los brazos cruzados, y los ojos oscuros clavados en ella. Su expresión no era de rabia, era aún peor: de decepción.

Alyssa detuvo el paso al verlo. No bajó la mirada, pero sintió el cuerpo tensarse por dentro.

Cam alzó una ceja, sin decir palabra. Su voz aún no había llegado, pero su juicio ya lo envolvía todo.

Entonces, como si los dioses del bosque se apiadasen de ella, la figura de Julia apareció por la entrada lateral, al trote, con la

melena desordenada y una cesta rebosante de fresas colgando del brazo.

—¡Por todos los santos! —exclamó con una sonrisa pícara, situándose al lado de su sobrina como si llevaran toda la mañana juntas—. ¿Tan temprano estás revisando soldados, Cam?

Él no contestó. Solo miró a ambas, incrédulo.

—No me mires así —añadió Julia—. Alyssa y yo nos levantamos al alba para recoger estas joyas rojas. Las fresas no esperan, ¿lo sabías? —levantó la cesta con aire triunfal, dejando que el aroma dulce inundara el ambiente.

Cam entrecerró los ojos. Alyssa, a su lado, mantenía el rostro sereno, aunque el corazón le latía con fuerza. Julia, muy oronda, se acercó y le colocó una fresa en la mano a su cuñado.

—Prueba una. Dulces como los labios de una doncella —dijo, guiñándole un ojo.

Cam resopló, pero no dijo nada más. Dio media vuelta con un bufido que no logró ocultar del todo el atisbo de alivio en sus hombros.

Solo cuando desapareció escaleras arriba, Julia suspiró y miró de reojo a su sobrina.

—Tienes que contarme absolutamente todo. Pero no ahora. Lávate esa cara de pecado, pequeña bruja, y baja a desayunar como si hubieras dormido toda la noche como una santa.

Alyssa soltó una carcajada bajita, medio avergonzada, medio fascinada aún por la noche vivida. Abrazó a su tía con fuerza.

—Gracias. No sé qué haría sin ti.

—Lo mismo que harás conmigo si alguna vez me pillan encubriéndote: negarlo todo —dijo Julia con una sonrisa cómplice—. Anda, ve antes de que se arrepienta de habernos creído y mande a que te sigan hasta el último rincón del bosque.

Y mientras subía las escaleras hacia sus aposentos, Alyssa no pudo evitar tocarse los labios. Aún sentía el sabor de aquel hombre. Aún sentía su cuerpo.

El gran salón del castillo MacKinnon estaba engalanado con pendones de ambas casas: el rojo profundo de los Murray flameaba junto al verde oscuro de los MacKinnon, símbolos de una alianza que no todos celebraban con el mismo entusiasmo.

Alyssa permanecía erguida junto a su padre, el que tenía su rostro sereno y los brazos firmemente cruzados frente al pecho, ocultando el temblor que le recorría por dentro por la actitud que pudiese tener su hija. Ella en cambio había desayunado sin apenas probar bocado, y ahora, ante la inminente llegada del clan enemigo, se aferraba al autocontrol como a un escudo.

El laird Murray ya había hecho su entrada, con ese aire de altivez moderada que tanto caracterizaba a los jefes de clanes veteranos. Se inclinó en un saludo cortés ante Cam MacKinnon, y luego dirigió una breve mirada a Alyssa.

—Lamento la tardanza de mi hijo, —dijo—. Ewan... no es especialmente puntual. Pero llegará pronto. Siempre llega.

Alyssa alzó una ceja. El silencio que siguió fue incómodo. Entonces, sin apartar los ojos del laird, respondió con tono afilado:

—Interesante virtud para quien se compromete hoy con una desconocida. Si llega tarde a su propio anuncio de compromiso, ¿qué no hará una vez esté casado?

Hubo un leve carraspeo por parte de uno de los consejeros. Julia, sentada más atrás, se mordió el labio para contener la carcajada. Cam giró un poco la cabeza hacia su hija, en un gesto de advertencia. Pero no la interrumpió.

Antes de que el laird pudiera contestar, el sonido de pasos firmes en la piedra del corredor se impuso.

Un guardia entró con voz fuerte:

—¡El heredero del clan Murray, Ewan, hijo del laird Alasdair Murray!

Las puertas del salón se abrieron de par en par. Cuatro hombres cruzaron el umbral, vestidos como si vinieran del campo de batalla, y no a una celebración. Y tras ellos, caminando con paso seguro, emergió la figura que hizo que el tiempo se detuviera.

Grande como una montaña, con la melena rubia despeinada cayéndole sobre los hombros y los ojos verdes como los helechos de

primavera. Alyssa sintió que el aire se espesaba a su alrededor. El mundo pareció encogerse.

Porque lo reconoció al instante.

Y él también a ella.

El mismo hombre que la había mirado durante horas en la fiesta. El que le había acariciado la piel como si fuera un secreto. El que la había amado entre las telas de una tienda. Ahora la miraba con una mezcla de furia, sorpresa y algo más peligroso que el deseo.

Ewan Murray se detuvo frente a su padre, saludó con la cabeza, y luego sus ojos se clavaron en Alyssa.

—Tú —dijo con voz baja, cargada de incredulidad y rabia que no pudo contener.

Alyssa, aunque el corazón le latía con fuerza salvaje, no retrocedió. Al contrario, alzó el mentón.

—¿Tienes algo que decirme, prometido? —espetó, seca como una daga que se clava en el cuerpo del adversario.

El salón entero contuvo la respiración.

Y entonces, Julia, desde el fondo, murmuró con media sonrisa al reconocerlo:

—Esto va a ponerse interesante...

—Tú —repitió Ewan, dando un paso al frente. Su voz tenía filo, y no se molestó en disimularlo—. Me diste otro nombre.

Alyssa no pestañeó.

—Y tú también mentiste.

El murmullo entre los presentes fue como una corriente de aire helado. Julia entrecerró los ojos, lista para intervenir si hacía falta. Pero Cam levantó una mano en señal de calma, curioso por ver hacia dónde derivaba aquello.

Ewan la miraba como si no pudiera decidir si quería besarla o estrangularla.

—¿Qué clase de mujer se esconde tras un nombre falso para acostarse con un desconocido? —le susurró en su oído.

—¿Y qué clase de hombre miente sobre su destino a una mujer a la que piensa tomar en la oscuridad? —replicó Alyssa, con la misma ferocidad—. Dijiste que te ibas a la guerra. Dijiste que era una de tus últimas noches en libertad.

—Y lo era —gruñó él—. No sabía que mi encierro tendría tu rostro.

Hubo una pausa. Un silencio como el de antes de una tormenta. Alyssa apretó los labios. Él dio otro paso. Estaban a solo medio palmo de distancia. La tensión crepitaba entre ambos.

—¿Te burlaste de mí? —preguntó él, ahora más bajo, casi para ella sola—. ¿Me elegiste por juego?

Alyssa sostuvo su mirada con una mezcla de orgullo herido y deseo frustrado.

—Te elegí porque no pensaba verte nunca más.

Ewan frunció el ceño, dolido. Pero no retrocedió.

—Y ahora vas a ser mi esposa.

—Y tú, mi castigo.

Una exclamación ahogada se escapó de alguna boca en el fondo. Julia reprimió una risa seca y mordaz. Cam, aunque visiblemente enfadado, cruzó los brazos y esperó. El laird Murray soltó un suspiro, derrotado por la evidente mala conexión entre ellos.

Ewan bajó la mirada un segundo. Luego la alzó con más fuego.

—No sé si esto es una alianza… o el principio de otra guerra.

Alyssa se encogió de hombros, altiva.

—En cualquier caso, ya sabes que yo no me rindo sin luchar.

Él curvó apenas los labios, como si, a pesar de todo, aquello le gustase.

—Tampoco yo.

La visita había cumplido su propósito. El laird Murray se alisó la capa, cubriendo con dignidad los rastros de incomodidad que había dejado la confrontación entre los futuros encargados de la alianza venidera. Se despidió con la formalidad que dictaban los tratados antiguos, mientras su escolta aguardaba en la entrada del castillo, con los caballos preparados y sus semblantes endurecidos.

—Mi hijo y yo os damos las gracias por la hospitalidad —dijo, con una reverencia escueta a Cam—. Espero que, pese al inicio... tan vivo, logren entenderse.

Cam asintió, sin perder de vista a Ewan, que no había apartado la mirada de Alyssa desde que se conocieron.

—Los MacKinnon siempre cumplen su parte —respondió Cam—. Que los dioses decidan si los hijos también lo harán.

El laird giró sobre sus talones y, tras una última mirada hacia la joven que pronto sería su nuera, montó a caballo. Ewan, sin decir palabra, subió a su animal tras él, aunque antes de marcharse volvió el rostro hacia Alyssa una última vez.

Ella no desvió la mirada. La sostuvo como si fuera una lanza.

Y solo cuando los Murray desaparecieron por el sendero, en el rumor seco de cascos y capas ondeando al viento, soltó el aire que llevaba conteniendo desde hacía minutos.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —dijo en voz baja, girándose hacia Julia con el rostro tenso.

Su tía, que fingía revisar la manga de su vestido como si la cosa no fuera con ella, alzó una ceja divertida.

—Oh, claro. ¿Vamos afuera?

Alyssa bufó con fuerza, pero caminó decidida. Solo cuando estuvieron lo bastante lejos de los demás, entre los muros traseros del castillo, habló sin reservas.

—¿Tú lo sabías?

—¿El qué?

—¡Que él era el hijo del laird Murray! —espetó Alyssa con los ojos centelleando por la indignación—. ¿Tú sabías quién era ese hombre anoche?

Julia se encogió de hombros, pero ya no sonreía.

—No. Te lo juro que no. Pensé que te perderías entre canciones y bailarines, que te divertirías y volverías con las mejillas encendidas, no con un problema de este tamaño.

Alyssa bajó la voz, pero sus palabras ardían.

—Me he acostado con el hombre con el que mi padre ha sellado una alianza, sin saberlo. Me siento… atrapada. Me prometí que elegiría a alguien sin rostro, sin futuro. ¡Y resulta que elegí al único al que no debía tocar!

Julia la observó con algo de compasión en los ojos.

—Tal vez elegiste al único que el destino ya había marcado para ti.

—No empieces con esas tonterías del destino. No me da la gana creer que todo esto estaba escrito.

—No estaba escrito —dijo una voz detrás.

Ambas se giraron al instante.

Cam estaba allí, rígido como una estatua. A su lado, Isla.

—Estaba claro —añadió él, cruzando los brazos sobre el pecho—. Ya lo conocías.

Julia soltó una risita baja y se hizo a un lado con una habilidad que solo las tías expertas en el arte de desaparecer saben manejar.

—Yo… —empezó Alyssa, pero Isla alzó una mano, suave.

—¿Cuándo lo viste por primera vez?

Alyssa tragó saliva. No quería mentirles. No después de todo lo que había ocurrido y lo que iba a ocurrir.

—Anoche, en Balquhidder. No sabía quién era. No me dijo su nombre, y yo tampoco le di el mío.

Cam la fulminó con la mirada.

—¿Y aun así te acostaste con él?

Isla le clavó un codo suave en las costillas.

—Cam…

—No pienso mentiros —dijo Alyssa, alzando el mentón, desafiante—. Fui yo quien lo eligió. Porque creí que esa sería mi última noche libre. Y no me arrepiento.

Hubo un largo silencio. Cam parecía contener una tormenta dentro de su cuerpo. Isla, en cambio, suspiró y asintió muy despacio.

—Lo importante ahora no es cómo empezó, hija. Sino cómo va a terminar.

Cam gruñó entre dientes y se marchó sin más palabras, con su capa ondeando tras él.

Isla se acercó, tomó la mano de su hija y la apretó con ternura.

—Si lo odias, dilo. Si lo deseas, admítelo. Pero no te escondas más.

Alyssa no respondió. Solo se quedó allí, sintiendo que, aunque no lo supiera aún, todo acababa de empezar. Y con algo muy claro, aquel hombre era un farsante y un mentiroso.

Capítulo 4

La noche caía densa sobre el castillo MacKinnon, sus muros antiguos vigilaban en silencio mientras la mayoría dormía ya. Solo en una de las torres, Julia se movía con paso sigiloso, y sus ojos estaban atentos a cada sombra y cada rincón.

—Si vas a hacer esto —susurró, acercándose a Alyssa—, tienes que ser rápida y cuidadosa. Nadie puede saber que has salido. No solo por ti, sino por todos. Ahora que habéis formalizado el compromiso, nadie entendería que una mujer comprometida se escapase de noche sin su hombre.

—Deja de hablar de él todo el tiempo.

—Pues que no te vean.

Alyssa asintió, apretando contra sí el manto oscuro que su tía le había dado. La tela era gruesa y áspera, perfecta para pasar desapercibida entre la penumbra.

—¿Y si me descubren? —preguntó, sintiendo que el corazón le latía con fuerza.

—No lo harán. Yo estaré atenta. Cuando des la vuelta al molino, sigue el sendero que lleva al bosque. Balquhidder no está lejos ya lo sabes. Allí, nadie te preguntará quién eres, y bueno, en caso de que lo hagan… ya mentiste una vez —sonrió Julia.

Se dieron un último abrazo antes de que Alyssa se deslizara fuera de la estancia, pisando con cuidado las piedras frías. El aire nocturno la envolvió, cargado con el aroma de pino y tierra mojada.

Mientras avanzaba, la inseguridad daba paso a una sensación de libertad que hacía tiempo no sentía. Justo ese tiempo en el que se había atrevido a ir a aquel lugar al que ahora regresaba con otra intención muy diferente, emborracharse y pasárselo bien antes de convertirse en la prisionera de aquel hombre tan, tan, tan grande. No supo decir otra cosa al recordarlo.

El crujido de las hojas bajo sus botas, el murmullo lejano del río, y el canto apagado de alguna lechuza la acompañaban en el trayecto.

Finalmente, tras una media hora cabalgando por los senderos estrechos sobre los lomos del caballo que su tía había dejado atado a las puertas del castillo, llegó al claro donde la fiesta bullía en todo su esplendor. Era el último día para disfrutar, después todo terminaría, y los hombres y mujeres de todos los clanes volverían a sus tareas.

Las hogueras iluminaban rostros pintados con tizas de colores, gaitas y tambores resonaban en la noche, y el aire vibraba con risas y cánticos. Hombres y mujeres, algunos con *kilts* y otros con vestidos sencillos, danzaban con entusiasmo bajo el cielo estrellado.

Alyssa se detuvo al borde del claro, respirando hondo para calmar la emoción.

—Aquí nadie me conoce —pensó en alto—. Aquí puedo ser solo yo.

Al adentrarse entre la multitud, sintió las miradas curiosas de los jóvenes, las voces que se alzaban en brindis y las manos que se ofrecían para bailar. Un mundo distinto, salvaje y muy lejos del riguroso orden del castillo.

Y entre aquellos rostros, una figura que pronto llamaría su atención…

Mientras Alyssa giraba entre las parejas que danzaban al ritmo de las gaitas, un joven muchacho que no debía tener más de dieciséis años de edad, de cabello rubio y ojos verdes apareció a su lado. Su rostro, aunque diferente, le recordó por un instante al heredero Murray, Ewan, y se tuvo que obligar a pensar que era solo una coincidencia.

—¿Quieres bailar? —preguntó él, extendiendo una mano firme y cálida.

Ella dudó un momento, pero la música y la alegría de la noche la impulsaron a aceptar. Al tomar su mano, él la levantó y la hizo saltar al compás de la melodía, arrancándole una risa clara y espontánea que hacía tiempo no escuchaba de sí misma.

—Soy Lachlan —dijo él con una sonrisa—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Alyssa —respondió ella revelando su verdadero nombre. Ya le había salido mal mentir la primera vez, así que pensó que era mejor decir la verdad.

Bailaron y rieron, sintiendo que el tiempo se detenía en aquel claro entre risas y música.

Cuando la fatiga los alcanzó, Lachlan la llevó hacia un montón de paja en el borde del círculo de baile, y ambos se recostaron, mirando las estrellas que empezaban a brillar en el cielo nocturno.

Fue entonces cuando una figura apareció entre la penumbra, acercándose de forma rápida y con una sonrisa traviesa.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Alyssa.

—Me llamo Jane. Y por lo que veo, ya conoces a mi hermano.

—¿No eres muy pequeña para estar aquí en este lugar? —preguntó Alyssa.

Entonces los dos hermanos se miraron y se rieron.

—Nos hemos escapado. Y si nuestro hermano mayor se entera de que estamos aquí, vamos a tener serios problemas. Pero no nos importa, porque dentro de poco él se marchará a otro lugar, seguro que estará lejos de nosotros por mucho tiempo o por siempre, y ya nunca podrá castigarnos más —dijo Lachlan.

—¿Por qué iba a ocurrir eso? —preguntó ella.

De repente una voz grave y ruda sonó tras ella.

—Con que os escondéis aquí, eh.

Y cuando Alyssa se dio media vuelta para poner rostro a aquella voz, dio un pequeño salto al verlo.

Y él al verla a ella levantó una ceja algo desconcertado y añadió:

—¿Buscando otro hombre con el que pasar la noche? —La voz profunda y afilada como una daga llegó pronto.

Ewan Murray estaba allí, apoyado con descaro junto a un árbol, con los brazos cruzados y una media sonrisa que le hervía la sangre. A sus pies, sus dos hermanos —Lachlan y Jane— lo miraban con los ojos muy abiertos, como dos niños que habían sido atrapados.

Alyssa sintió el calor subirle a la cara, no solo por la furia, sino por el desconcierto de verlo allí. Por cómo su cuerpo recordaba con precisión el suyo. Por la maldita arrogancia con la que la miraba.

—¿Cómo te atreves? —escupió, dando un paso hacia él.

—No me digas que te he interrumpido en algo importante —añadió Ewan, ladeando la cabeza como si aquello le divirtiera.

Ella apretó los puños. Ardía. No pensó. Solo actuó. Se abalanzó contra él con la intención clara de golpearle en la mandíbula, de borrarle la sonrisa con la palma abierta de su mano, o con su puño cerrado, le daba igual.

Pero no llegó.

Ewan alzó una mano y la sostuvo con facilidad, como si sujetara una pluma. La otra la dejó inmóvil, incluso se la metió en un bolsillo.

No le hacía daño, pero la tenía completamente bloqueada. El contraste entre su cuerpo menudo y el suyo, enorme, parecía burlarse de su esfuerzo.

—¿Eso es todo lo que tienes, MacKinnon? —murmuró él, todavía conteniendo la risa—. Creí que serías más fiera.

—¡Suéltame ahora mismo o juro que te muerdo! —espetó Alyssa, forcejeando como una gata salvaje.

Ewan se inclinó apenas, tan cerca que sus narices casi se rozaron.

—Ya sé cómo muerdes, no hace falta que me lo recuerdes —susurró con voz grave, cargada de doble sentido.

Alyssa gruñó, furiosa, y él, finalmente, soltó sus brazos.

Ella tropezó hacia atrás un paso, con el corazón a mil, los puños todavía temblando y la dignidad colgando de un hilo.

Lachlan y Jane intercambiaban miradas nerviosas entre ellos, sin atreverse a intervenir.

—No tenías derecho a seguirme —dijo el más pequeño.

—Y tú no tenías derecho a mentirme. Pero aquí estamos —replicó él, serio ahora.

Se quedaron mirándose por un largo instante, como dos espadas a punto de chocar. La noche ardía entre ellos.

—Volved al castillo. Los dos —ordenó Ewan sin dejar de apartar la mirada en Alyssa esta vez.

Jane bajó la cabeza y tiró del brazo de Lachlan. Él lanzó una última mirada a Alyssa, entre decepcionado y confuso, antes de seguir a su hermana bosque adentro.

Cuando los pasos se perdieron entre los árboles, Alyssa dio media vuelta sin decir palabra.

—No hemos terminado —la advirtió Ewan a su espalda.

—Yo sí —respondió ella, sin girarse.

Alyssa dio un paso para marcharse.

Pero no llegó a alejarse.

La mano de Ewan atrapó su brazo con firmeza. No con violencia, sino con esa fuerza que ella ya conocía. Bastó ese contacto, la piel contra la suya, para que un estremecimiento le recorriera el cuerpo entero. Era absurdo cómo reaccionaba a él. Cómo su calor la desarmaba sin que quisiera.

—Suéltame —murmuró, aunque su voz tembló más de lo que pretendía.

—No —susurró él, acercándose, atrayéndola hacia sí con un solo gesto, hasta que sus cuerpos quedaron tan cerca que solo un pensamiento podría colarse entre ellos.

Los ojos verdes de Ewan se clavaron en los suyos, intensos, ardiendo por dentro, pero todavía sintiendo algo más allá del deseo. Orgullo herido. Dolor. Confusión.

—¿Por qué? —preguntó él con la voz baja, ronca—. ¿Por qué me diste tu cuerpo aquella noche?

Alyssa tragó saliva. Quiso apartarse, golpearle, gritar. Pero estaba allí, tan cerca de él, con su olor impregnándola, con su pecho duro como una roca contra el suyo, y no pudo evitar que algo dentro de ella sintiera.

Le sostuvo la mirada con rabia, con fuego, con todo el dolor que arrastraba desde que lo vio cruzar aquellas puertas del castillo MacKinnon como su prometido.

—Me entregué a ti —dijo en voz baja cargada de rabia— para demostrarle a mi futuro esposo que jamás tendría mi cuerpo con mi

consentimiento. Para que supiera que lo que me iba a arrebatar yo ya lo había perdido antes por decisión propia.

Ewan frunció el ceño, su rostro se endureció, pero no dijo nada.

—Y ahora que sé que tú eres ese hombre —continuó ella, con la voz quebrándose un poco más— me odio tanto que lo único que deseo es terminar con esto cuanto antes.

Un silencio espeso cayó entre los dos, lleno de verdades mal dichas.

—La noche de bodas —añadió ella, clavando los ojos en los suyos como si le arrojara una promesa— me harás tuya, sí. Pero no esperes sentir lo mismo. Porque ya nada será como aquel día. Tú y yo jamás volveremos a disfrutar en el lecho. No como lo hicimos entonces.

Los labios de Ewan se apretaron. Sus ojos centellearon, dolidos y furiosos. Pero no respondió.

Y Alyssa, se zafó de su brazo con un gesto brusco y desapareció entre los árboles.

Capítulo 5

Sus pasos resonaban con fuerza por los corredores del castillo Murray. Las paredes de piedra estaban impregnadas de un frío que ni el fuego de las antorchas conseguía atenuar. Ewan caminaba con los puños cerrados, los músculos en tensión y la mandíbula más que apretada. Aún podía sentir el tacto del brazo de Alyssa bajo sus dedos, el calor de su cercanía, el veneno de sus palabras.

Y no quería sentir nada. Nada de eso por aquella mujer, o no podría hacer lo que era debido.

Empujó la pesada puerta de la alcoba de sus hermanos sin molestarse en llamar. El chirrido despertó a Lachlan, que se incorporó de golpe desde el camastro de heno. Jane, en el rincón más cálido de la habitación, junto al fuego que chispeaba débilmente, ya estaba sentada con las piernas cruzadas, como si lo esperara.

—Así que era ella —murmuró Lachlan, sin molestarse en fingir otra cosa—. La del bosque.

Ewan cerró la puerta tras de sí, lentamente, antes de girarse hacia ellos.

—No volveréis a marcharos del castillo sin permiso. Y mucho menos de noche. ¿Queda claro? Prometedlo.

—¿Y qué vas a hacer si lo hacemos? ¿Decírselo a padre? —espetó su hermano, sin moverse de su sitio—. Al fin y al cabo, pronto serás su digno sucesor. Pronto te casarás con la dama MacKinnon y todo lo demás dejará de importarte.

Ewan dio un paso al frente, lento pero sin dudar ni un segundo. Sus ojos verdes chispeaban, esta vez sin rabia, sino con una mezcla peligrosa de cansancio y desconcierto.

—No digas tonterías, Lachlan.

—¿Tonterías? —Lachlan se levantó. Tenía la misma altura casi que él, aunque más delgado, con el fuego de los diecisiete

encendido en las venas—. Lo dijo padre esta misma semana. Que te irás. Que cuando tomes a tu esposa, tu lugar estará con ella, en otra tierra, lejos de aquí. ¿Y sabes qué más dijo? Que entonces nosotros tendremos que aprender a sobrevivir sin ti. Por cierto es guapa, no dijiste que lo era.

—Eso no es cierto —dijo Ewan con voz grave, cruzando la distancia que los separaba en dos pasos. Agarró a su hermano por el brazo y lo obligó a mirarlo a los ojos—. ¿De verdad crees que os abandonaría?

—¿Y no es eso lo que harás?

Ewan abrió la boca para replicar, pero una voz suave lo interrumpió.

—Él lo dijo —susurró Jane desde el rincón, abrazando sus rodillas contra el pecho—. Yo lo escuché también. Dijo que, cuando te cases, ya no serás hijo solo del clan Murray, sino también de los MacKinnon. Que partirás con ella para afianzar la alianza… y que eso es lo correcto.

La habitación cayó en un silencio espeso.

Ewan soltó a su hermano y retrocedió un paso, como si las palabras de su hermana pequeña le hubiesen propinado un golpe en el pecho.

—Yo no lo sabía —musitó.

Lachlan bufó y volvió a sentarse en su jergón de heno, mirando hacia otro lado.

Jane lo observaba con ojos enormes, más tristes que nunca.

—Nos vas a dejar, Ewan. Y cuando tú no estés, todo se romperá.

Él se arrodilló frente a ella, alzó su barbilla con cuidado y la miró con ternura.

—Nadie va a haceros daño. Aún no me he ido, ¿me oyes? Y aunque algún día tenga que hacerlo, haré que estéis a salvo. Siempre.

—¿Cómo? —preguntó Jane con voz temblorosa—. ¿Cómo nos protegerás desde lejos?

Ewan no respondió. Porque no tenía esa respuesta. Solo tenía con él el peso de una promesa que no sabía si sería capaz de

cumplir. Porque si por él fuese jamás se separaría de ellos.

Se levantó y se volvió hacia su hermano.

—No volveréis a escapar del castillo. No mientras yo esté aquí. Prometedlo.

Jane asintió con lágrimas en los ojos. Lachlan no dijo nada, pero su silencio fue un asentimiento seco.

Ewan salió de la estancia sin mirar atrás.

Y al cerrar la puerta, supo que no estaba seguro de poder seguir siendo todo lo que los demás esperaban de él: guerrero, hijo, hermano… y ahora, esposo.

Pero sobre todo, no estaba seguro de poder cumplir con la palabra que le había dado a su padre. Porque aquella mujer no era indiferente para él.

El salón de armas del castillo Murray estaba en silencio a esa hora de la noche. Las antorchas lanzaban sombras inquietas sobre las paredes de piedra, y el aire olía a cuero curtido, acero templado y recuerdos que nunca morían.

Ewan cruzó el umbral, aunque dentro de sí una tormenta rugía. Su padre, el laird del clan Murray, estaba de espaldas, examinando un estandarte antiguo colgado junto a las lanzas ceremoniales del clan. No necesitó girarse para saber quién había entrado.

—Tarde o temprano ibas a venir, lo sabía —dijo con voz grave—. Supongo que tus hermanos no supieron tener la boca cerrada.

—No vengo por ellos —replicó Ewan—. Vengo por mí.

Su padre se giró entonces. Alto, corpulento, con el cabello ya plateado en las sienes pero con la mirada dura como el hierro de sus armas. Sus ojos eran los de un hombre que había sobrevivido más guerras que inviernos, y cada arruga de su rostro hablaba de pérdidas que nadie más recordaba.

—Habla —ordenó, cruzando los brazos.

—No puedo hacerlo —dijo Ewan sin rodeos—. No puedo casarme con ella. No con esa intención.

Los ojos del laird se estrecharon.

—¿Qué intención?

Ewan lo miró de frente, sin miedo, sin rodeos.

—Sé lo que planeas. Sé que esto no es una simple alianza, sino una trampa disfrazada de boda. Y no voy a participar en ello. No puedo.

Un silencio tenso cayó entre ambos. La atmósfera se volvió más espesa, más peligrosa. El laird dio un paso hacia su hijo.

—¿Sabes lo que hicieron los MacKinnon, Ewan? ¿De verdad lo sabes?

—Me lo contaste muchas veces. Que traicionaron nuestro clan. Que entregaron nuestros secretos a los Campbell. Que mi madre… —su voz se quebró, pero se obligó a continuar— que tu esposa fue asesinada mientras huía con Jane en brazos.

—¡Sí! —bramó su padre, golpeando la mesa con el puño—. ¡Y aún tienes el descaro de decir que no puedes cumplir con tu deber! Esa mujer es sangre del enemigo. ¡Su muerte será justicia!

—No —replicó Ewan, con los ojos brillando debido a la rabia que contenía en ellos—. Esa mujer es inocente de lo que ocurrió antes de que siquiera naciera. Lo que pasó fue una masacre, sí, pero Alyssa no empuñó una daga. No dijo nada a los Campbell. No hizo ninguna traición a nuestras espaldas.

—¡Es una MacKinnon! —rugió el laird—. Y su linaje arrastrará siempre la culpa. ¡Tu madre murió por su clan! ¿Quieres honrarla? ¡Hazlo como un verdadero hijo!

—¿Y crees que mi madre estaría orgullosa si me viera matar a una inocente? ¿Si me viera fingir un matrimonio para asesinar a una mujer en su noche de bodas? —La voz de Ewan temblaba, pero no de miedo. Era la contención de alguien al borde del abismo—. ¿Eso es lo que tú crees que me hace fuerte? Porque si es así… entonces somos más distintos de lo que imaginaba.

El laird lo miró con una furia silente. Un músculo le temblaba en la mandíbula.

—Te has enamorado de ella.

Ewan no respondió. Pero su silencio fue suficiente.

El laird negó con la cabeza, con los ojos ardiendo.

—El amor no redime una traición, hijo mío. Te nubla. Te vuelve débil.

—No —corrigió Ewan—. Me vuelve humano. Y es lo único que me impide convertirme en lo que tú te has convertido.

El golpe no llegó. No esta vez. Pero las palabras lo habían atravesado como una daga. El laird se giró, como si no pudiera mirarlo por un momento.

—Entonces márchate —dijo al fin, con voz ronca—. Pero recuerda esto: si eliges a una MacKinnon por encima de tu sangre, perderás más que tu apellido. Perderás tu hogar. A tu clan. A mí. Y a tus hermanos.

Ewan respiró hondo. Ya lo sabía.

—No puedo matarla. No puedo odiarla. Y no voy a hacerlo —dijo con calma—. Si eso me cuesta ser tu hijo, entonces que así sea.

Y sin esperar más, giró sobre sus talones y se marchó, con el pecho ardiendo, con el alma en guerra, pero más libre que nunca.

La puerta del salón se cerró con un estruendo detrás de Ewan, y el silencio que quedó fue aún más atronador que los gritos que lo habían precedido.

El laird Murray permaneció de espaldas, con la mirada clavada en la pared como si pudiera traspasarla. Sus puños estaban cerrados, tan tensos que los nudillos se le pusieron blancos. Respiraba despacio, como si contara hasta mil para no destruirlo todo a su paso.

Durante unos segundos, no se movió. Pero luego, con una calma que no tenía nada de pacífica, se giró hacia la puerta lateral y llamó en voz alta:

—Traedme a Fergus y a los capitanes. Ahora.

Uno de los guardias que custodiaban la entrada se marchó corriendo sin atreverse a mirar a los ojos al laird. En menos de diez minutos, cuatro hombres cruzaban el umbral: todos veteranos de guerras pasadas, todos leales al juramento que alguna vez hicieron al jefe de su clan.

Fergus, su consejero más antiguo, le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Ha ocurrido algo, milord?

—Mi hijo —dijo el laird, sin suavizar el tono—. Ha elegido a una mujer antes que a su sangre. Ha desobedecido su destino. Y ha puesto en peligro todo lo que hemos construido desde que los MacKinnon destruyeron nuestra familia.

Uno de los capitanes, Brodie, frunció el ceño.

—¿Quiere decir que no cumplirá la alianza?

—Peor aún —intervino Fergus con voz grave, como si ya supiera lo que venía—. Está enamorado de ella.

La palabra resonó en el gran salón como un insulto.

—Entonces debemos actuar —dijo Brodie—. Antes de que ese amor se convierta en traición.

El laird Murray caminó hasta la mesa del fondo, donde desplegó un mapa de las Highlands. Golpeó con el dedo la región donde se alzaba el castillo MacKinnon.

—Quiero saber cuántos hombres hay en esas tierras. Quién guarda sus puertas. Qué rutas usan para los suministros. Quiero nombres, rutas de escape, puntos débiles.

Fergus entrecerró los ojos.

—¿Vais a declararles la guerra de manera abierta, milord?

—No —replicó el laird con frialdad—. La guerra será lo último con lo que se encuentren. Antes de eso, los arrodillaré. Los desangraré desde dentro. Y cuando ya no les quede nada, entonces caerán.

Brodie asintió, encendiendo con su mirada una chispa de entusiasmo bélico.

—¿Y vuestro hijo?

El laird sostuvo su mirada un momento largo. Luego respondió con una voz tan baja como mortal:

—Si Ewan quiere morir por ella, que así sea. Pero lo hará como un traidor.

Todos callaron, comprendiendo la magnitud de lo que acababa de pronunciarse. Ya no era solo una cuestión de política. Era algo personal. Una herida abierta que sangraba desde hacía años.

Y el laird Murray acababa de decidir que la cicatriz se cerraría solo con sangre.

En el pasillo lateral del salón del consejo, el eco de las voces graves rebotaba en las piedras frías de los muros. La puerta entreabierta dejaba filtrar parte de la conversación, pero los dos jóvenes no necesitaban más. Estaban tan quietos que podrían haber pasado por estatuas.

—¿Crees que ya se han ido? —susurró Jane, agazapada tras una de las columnas, con los ojos muy abiertos.

—*Shhh* —le advirtió Lachlan colocando un dedo en los labios—. Escucha.

La voz del laird se elevó al otro lado de la puerta, tan cortante como el acero:

—Quiero saber cuántos hombres hay en esas tierras. Quién guarda sus puertas. Qué rutas usan para los suministros...

Jane tragó saliva, sus mejillas estaban encendidas por el miedo.

—¿Padre va a atacar el castillo MacKinnon? —susurró con incredulidad.

—Parece que sí —respondió Lachlan en voz baja, más tenso de lo que quería aparentar—. Y va a usar a Ewan... o lo va a aplastar si se interpone.

Jane negó con la cabeza, con demasiadas lágrimas empezando a acumularse en sus ojos.

—Pero... él ama a esa chica, Lachlan. La ama de verdad. Lo vi en sus ojos en Balquhidder. Y ahora padre quiere... —no pudo terminar la frase, la garganta le ardía.

Lachlan se obligó a mantenerse firme. Tenía catorce años cuando presenció su primera pelea entre clanes. Diecisiete ahora, pero jamás había sentido el corazón tan apretado como en ese momento.

—Lo sé. Y si no hacemos algo, padre no solo destruirá a los MacKinnon, destruirá a Ewan también.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jane, con voz temblorosa.

—Lo que nadie espera que hagamos —contestó él, con un atisbo de decisión en la mirada—. Vamos a advertirle a Ewan. Esta

misma noche.

La voz de uno de los capitanes volvió a resonar tras la puerta:

—¿Y qué haremos si el chico no cede?

La respuesta del laird fue un susurro que dejó helado a aquel que lo escuchó, a pesar de ser apenas audible fue suficiente para helar la sangre de los dos hermanos:

—Entonces dejará de ser mi hijo. Bueno, dejará de respirar.

Jane se tapó la boca con la mano. Lachlan la sujetó del brazo, y juntos se deslizaron de nuevo entre la oscuridad del pasillo, sabiendo que lo que habían escuchado cambiaría todo para siempre.

Pero cuando ellos ya se habían marchado el laird todavía tenía algo más que decir.

—Creo que sé cómo hacer que entre en razón ese estúpido. Quiere mucho a sus hermanos, le amenazaremos con hacerles daño.

—Mi laird, son sus hijos —dijo uno de sus hombres, mirando al suelo.

—No hay que ser sentimentales en estos momentos en los que estamos tan cerca de cobrarnos nuestra venganza.

Capítulo 6

El corazón de Jane latía con tanta fuerza que sentía que se le saldría por la garganta en cualquier momento. Lachlan la llevaba de la mano, tirando de ella con decisión, ignorando el temblor de sus dedos.

—Ya casi estamos —susurró—. La alcoba de Ewan está al girar la esquina.

Pero no lo lograron.

Un silbido rasgó el aire. El sonido de cuero tensado y metal brillando al reflejo del fuego los obligó a frenar en seco.

Tres sombras surgieron de entre las columnas como bestias en la niebla.

—¡No! —gritó Jane, retrocediendo.

Lachlan se colocó frente a ella, alzando los puños sin importar lo inútil del gesto. Uno de los hombres lo sujetó por los brazos con una brutalidad que le arrancó un grito antes de que pudiese taparle la boca. Otro hizo lo mismo con Jane, acallando sus protestas con una mano sobre su boca.

—¡Suéltenla! —balbuceaba— ¡No tienen derecho! —bramó Lachlan mientras forcejeaba, con la voz rasgada por la furia.

—Tenemos órdenes del laird —respondió uno con frialdad—. Vosotros dos habláis demasiado.

Mientras tanto en el interior de su alcoba, Ewan estaba sentado en la penumbra, atándose las botas con movimientos algo distraídos. Un presentimiento incómodo le recorría la espalda. De pronto, algo... un sonido apagado, un eco ahogado... le hizo alzar la cabeza.

Se levantó y caminó hasta la puerta.

—¿Lachlan? —dijo en voz alta, entreabriendo.

El pasillo estaba vacío.

Se asomó del todo. Nada. Solo el crepitar de las antorchas y el eco de un silencio inusual.

Dio un paso más, frunciendo el ceño.

Sintió una punzada aguda en el pecho.

No estaban allí.

Volvió sobre sus pasos, con los ojos entrecerrados, sin saber aún que, apenas unos instantes antes, sus hermanos habían sido arrastrados en dirección contraria, por corredores oscuros que llevaban a las profundidades del castillo... lejos de cualquier salvación.

Al día siguiente, la gran sala del castillo Murray olía a avena recién hervida y al humo reconfortante del fuego matinal. Los primeros rayos del sol apenas cruzaban las vidrieras de las altas ventanas cuando Ewan cruzó el umbral, con los cabellos aún húmedos por el baño temprano y el ceño fruncido por una inquietud que no sabía nombrar.

Buscó con la mirada, como cada mañana.

—¿Dónde están Jane y Lachlan? —preguntó con naturalidad al sirviente que colocaba una jarra de leche en la mesa.

El muchacho bajó la mirada.

Entonces, la voz profunda y controlada del laird retumbó desde la cabecera:

—Tu desayuno, hijo. Siéntate.

Ewan se giró hacia él, ignorando la silla que le ofrecían. Su padre tenía ese gesto tenso, contenido, como cuando hablaba con los clanes vecinos justo antes de declarar una guerra.

—He hecho una pregunta. ¿Dónde están?

El laird soltó el cuchillo con el que untaba mantequilla y lo dejó sobre la mesa con un golpe seco.

—Tus decisiones tienen consecuencias, Ewan —dijo con voz calmada, y sutilmente peligrosa—. Y no obedecer con tu deber de familia hace que todos sufran… incluso tus hermanos. Los que seguramente consideras inocentes.

El silencio que siguió fue cortante.

Ewan sintió cómo la sangre le hervía bajo la piel.

Dio un paso al frente y después habló.

—¿Qué has hecho?

—Los tengo donde no pueden escaparse. Ni hablar de más. Ni desobedecer, como tú.

—Eres un maldito monstruo.

La daga que llevaba al cinto salió en un segundo. Su hoja brilló apenas bajo la luz del fuego.

—¡Libéralos ahora mismo! —le gritó.

Pero no llegó a moverse.

Dos hombres emergieron de entre los pilares de piedra, como sombras invocadas por la traición. Uno le sujetó por el brazo, el otro por el hombro, y lo inmovilizaron con fuerza bruta.

—¡Soltadme! —rugió Ewan, forcejeando.

El laird se levantó con calma. Se acercó a su hijo como si no hubiera peligro. Se detuvo a escasos centímetros de su rostro, y bajó la voz hasta convertirla en un susurro venenoso.

—Tú decides, Ewan. O te casas con esa mujer y haces lo que se te ha encomendado —que sus palabras dejaban claro que eso significaba más que una unión nupcial—, o tus hermanos pagarán por tu comportamiento.

Ewan respiró con dificultad, como si el aire se hubiese tornado fuego en sus pulmones. Miró el rostro de su padre y no vio un laird. Vio a un hombre roto por el odio, por el pasado, por la sed de venganza.

Y entonces bajó lentamente la daga.

Los hombres soltaron su cuerpo, pero él no se movió.

Asintió una sola vez. La palabra no llegó, pero su gesto lo gritaba todo.

Había aceptado.

Y en ese instante, Ewan Murray perdió algo más que su voluntad: perdió la libertad de decidir por él mismo.

Capítulo 7

El castillo MacKinnon respiraba una euforia incontrolada. Las piedras antiguas del salón principal habían sido engalanadas con ramas de brezo en flor, y cintas tejidas a mano con los colores del clan adornaban las paredes. Los estandartes ondeaban con orgullo desde las torres más altas, y la fragancia de los pasteles de miel, del pan trenzado y del venado especiado viajaba desde las cocinas hasta los corredores.

Pero en la alcoba alta de la torre sur, una joven se mantenía quieta frente al espejo.

Era Alyssa.

Sus ojos no brillaban por esa felicidad que debería sentir el día de su boda. No había en sus mejillas el rubor de una novia emocionada ni en sus labios una sonrisa ligera. Las criadas hablaban en voz baja, le trenzaban el cabello con flores silvestres y dejaban caer sobre sus hombros el vestido de lino blanco y con brocados dorados que Isla había guardado durante años para su hija.

Julia fue la única que se atrevió a romper el silencio.

—Estás hermosa, sobrina. Como una reina celta antes de entrar en batalla.

Alyssa apenas la miró.

—Justamente así me siento, como si fuese a batalla, porque esto no es una boda. Es un sacrificio —murmuró con amargura—. No es mi voluntad la que me lleva al altar, sino la rabia de generaciones que no me pertenecen.

Julia le sostuvo la mirada en el reflejo del espejo. No necesitaba palabras para hacerle saber que la entendía.

—¿Aún piensas en él? —susurró con suavidad sin que nadie más escuchase.

—No puedo no hacerlo. Recuerdo sus manos, su voz, lo que hicimos... cómo me miraba. Pero ese hombre murió para mí en

cuanto supe quién era.

—Y, sin embargo, hoy te casas con él —le dijo Julia,

—Hoy me encadenan a él, que no es lo mismo.

Julia quiso decir algo más, pero en ese momento se oyó el sonido de los tambores lejanos. El clan Murray estaba llegando.

Desde una de las almenas, Isla observó la hilera de jinetes que cruzaban el sendero de tierra, escoltando a su hijo. Su expresión era un puzle de emociones contenidas.

Dentro del castillo, todo se aceleraba.

La mesa del banquete ya estaba dispuesta. Las flores recién cortadas llenaban las jarras con la bebida. Los músicos hacían sonar un lamento gaélico que se mezclaba con los cascos de los caballos y las botas de los guerreros golpeando el suelo.

El laird MacKinnon, padre de Alyssa, ajustaba su espada ceremonial, pero su rostro estaba tan tenso como si se dispusiera a librar una batalla. Aunque había sido el encargado en decidir por el futuro de su hija, no le gustaba esa alianza, aunque sabía que el honor y la seguridad de su clan lo exigían. En su interior aún rugía el instinto de padre que deseaba proteger a su pequeña.

—No permitiré que nadie le robe la luz de los ojos —susurró al pasar junto a su esposa—. Ni siquiera su esposo.

Y en la torre sur, Alyssa respiró hondo cuando golpearon la puerta. Era la hora. El momento por el cual había sido criada.

Y, sin embargo, su corazón golpeaba contra su pecho como si buscara escapar.

La comitiva del clan Murray entró escoltada por jinetes de mirada imperturbable, todos vestidos con el tartán rojo y negro perteneciente a su linaje. El estandarte ondeaba firme en lo alto, y el silencio entre los presentes se hizo más espeso cuando la figura de Ewan apareció a caballo, justo detrás de su padre.

Descendió sin ayuda.

No vestía como un novio.

Vestía como un guerrero.

El kilt de ceremonia caía con elegancia sobre sus botas altas, pero la espada colgada de su cinto no era simbólica, no era necesaria para aquel día.

Sus brazos, descubiertos hasta el codo, mostraban las venas marcadas que ella recordaba demasiado. El rostro era serio, tenso, parecía cincelado en piedra. Pero fueron sus ojos… esos ojos verdes que Alyssa recordaba brillando bajo la luna… los que ahora parecían diferentes.

Ya no había fuego.

Solo sombra, oscuridad.

Alyssa lo vio desde lo alto de las escaleras del salón principal, acompañada de Julia y del resto de su familia. Su respiración se cortó un segundo al encontrar esos ojos que ya conocía tan bien. Pero no la miraban como antes. No lo hacía ni con deseo, ni con ternura, ni tan siquiera con ese desafío que recordaba.

Ewan Murray la observó como quien mira a un deber.

Y eso la hirió más que cualquier palabra que pudiese pronunciar intentando herirla.

El laird Murray se acercó a saludar al anfitrión, mientras todos en el castillo se movían con solemnidad. La boda debía comenzar en breve. Los músicos afinaban, las velas ya estaban encendidas, el cura gaélico esperaba junto al altar de piedra.

Pero Alyssa no se movió.

—¿Qué ves? —preguntó Julia con voz baja, sin apartarse de su lado.

—Nada —susurró ella—. Eso es lo que veo. En sus ojos ya no queda nada.

Julia apretó los labios. No dijo lo que pensaba. No dijo que había visto temblar la mandíbula de Ewan cuando la vio. Ni que había visto cómo su mano derecha se cerraba sobre la empuñadura de su espada como si necesitara recordarse a sí mismo que debía mantenerse firme.

No lo dijo. Pero lo vio.

Y mientras Ewan caminaba hacia el altar, acompañado de su padre, Alyssa descendió las escaleras. Paso a paso, cada uno más

firme que el anterior. No se movía por valentía, sino por orgullo. Por no darle el gusto de verla tiritar.

Cuando por fin quedaron uno frente al otro, ella alzó la mirada.

—¿Me felicitas por la suerte que tengo, lord Murray? —preguntó en voz baja.

Él la observó. Y por un segundo, solo uno, algo en su rostro pareció romperse. No fue visible para los demás, pero ella lo notó.

Un parpadeo más lento. Una respiración más pausada. Una culpa que se colaba entre sus palabras cuando dijo:

—Tú merecías algo mejor que esto.

—Pero esto es lo que hay —respondió Alyssa, alzando el mentón—. Y yo sabré hacerlo mío, no debes preocuparte de eso.

Ambos sabían que aquel no era un matrimonio como los demás.

Era un campo de batalla. Para uno por verse obligado a hacer algo que no quería, para ella por tener que acabar unida a aquel hombre al que se entregó y que pensaba que nunca jamás volvería a ver.

Y estaban en lados opuestos de una guerra que no habían elegido… pero que ya había comenzado.

El altar de piedra, sencillo y antiguo como la tierra misma, esperaba a los dos jóvenes que estaban a punto de sellar una unión que era mucho más que una alianza para uno de aquellos dos clanes.

Ewan se mantenía firme, su rostro continuaba serio, los labios los mantenía apretados sin darse cuenta. Sus ojos no la buscaban con ansiedad, ni con dulzura, pero tampoco con desdén. Estaban quietos, atentos. Como los de un guerrero que ha decidido que va a la guerra y puede morir en cualquier segundo si no está vigilante.

Alyssa avanzó por el pasillo de piedra flanqueada por su padre. Su vestido era sobrio, blanco hueso, con detalles bordados en hilo rojo escocés. Caminaba con la cabeza en alto, y cada paso que daba era como una declaración que, aunque no había elegido casarse, sí elegiría cómo hacerlo.

Se detuvo frente a él.

No se tocaron.

El druida levantó la voz, recitando en gaélico antiguo los votos que sellaban una unión sagrada. Y cuando llegó el momento, Ewan alzó la mirada.

—Te cuidaré y te protegeré el resto de mis días. Solo te pido que lo recuerdes—dijo con voz grave, sin dudar ni un segundo. Y lo último fue más como un susurro cerca de su oído.

El silencio cayó durante un instante. Todos esperaban lo que ella diría.

Alyssa no titubeó.

—Yo también —respondió, seca, escueta.

Y entonces arqueó una ceja, apenas un gesto burlón, como si quisiera dejarle claro que, por más esposa que fuera, seguía siendo ella misma.

Ewan la miró… y sonrió.

La primera sonrisa verdadera desde que había puesto un pie en ese castillo.

El druida proclamó la unión. Las manos de ambos fueron atadas con el cordón ritual y, tras un suspiro del viento que barrió el castillo, los presentes aplaudieron con contención.

Ya eran marido y mujer.

Capítulo 8

El salón principal del castillo MacKinnon estaba vestido para una celebración. Cientos de velas encendidas proyectaban sombras sobre las paredes de piedra, mientras ramas de brezo púrpura y espigas silvestres colgaban del techo entrelazadas con las mismas cintas que el lugar donde se había celebrado la unión. La gran mesa central rebosaba de carnes asadas y bandejas de frutas. La hidromiel corría como un río sin cauce y las risas eran tan altas que casi disimulaban la tensión invisible que se respiraba entre los dos recién casados.

Alyssa MacKinnon, ahora Alyssa Murray, se sentía como una prisionera bien adornada. Su vestido era sencillo pero bajo esa tela suave, todo su cuerpo estaba en tensión.

Ewan estaba a su lado. Impecable, impenetrable. Había pronunciado sus votos con voz firme, había sellado su unión con un beso que no fue más que una burda imitación mala de lo que en el pasado compartieron. Y desde entonces, no la había mirado una sola vez con verdadera emoción.

Pero ella lo sentía. Su presencia era como fuego bajo la piel.

—Tus hermanos —dijo Alyssa en voz baja, mientras cortaba distraída un trozo de carne—. No han venido.

Ewan bebió un sorbo de su copa antes de responder, sin girarse a mirarla.

—No han podido.

—¿No han podido asistir a la boda de su propio hermano? —alzó una ceja—. No me digas que se han perdido por el camino.

Él la miró entonces. Sus ojos verdes ya no eran los mismos. Había oscuridad en ellos. Y una tormenta que no sabía interpretar.

—Digamos que no estaban invitados —dijo él finalmente, como si aquello cerrase el tema.

Alyssa lo miró con fijeza. No lo conocía lo suficiente, pero algo le decía que mentía, y mal. El ceño le fruncía la frente, y sus nudillos

estaban blancos alrededor del vaso de hidromiel. Signo de que su cuerpo entero estaba enfadado.

—¿Desde cuándo alguien deja fuera a los que ama? —susurró.

Ewan no respondió. Solo le devolvió la mirada. Herida.

En ese instante, los lairds alzaron sus copas.

—¡Por la unión de nuestras casas! —bramó el laird MacKinnon—. ¡Por los hijos que sellarán esta paz!

Todos levantaron las copas. Ewan también. Y entonces, en el momento en que tocó la de Alyssa, lo dijo:

—Por nuestra noche. Puede que esta vez… sea incluso mejor que la anterior.

La copa tembló entre sus dedos, y Alyssa apretó los dientes. Lo dijo como si nada. Como si no hubieran cambiado las cosas. Como si sus cuerpos aún se pertenecieran sin consecuencias.

—No me lo recuerdes —dijo con voz contenida—. Aquella noche fue un error. Un fuego que no volverá a prenderse entre nosotros.

—¿No? —se inclinó un poco hacia ella, y su aliento la acarició como una promesa peligrosa—. Has temblado solo con tocarte la mano hace un momento.

—Fue repulsión —espetó.

—Fue deseo —respondió él con la voz baja y rota—. Y lo sabes.

Ella giró hacia él entonces, con los rostros apenas separados por un suspiro.

—Si crees que me tendrás esta noche como me tuviste en el pasado, estás más loco de lo que pensaba.

Ewan se inclinó aún más. Sus labios rozaron sutilmente su oreja, su voz era un filo dulce y brutal.

—No te tendré. Me tomarás tú sola, cuando no puedas más. Cuando recuerdes que cada rincón de tu cuerpo aún arde por mí.

Alyssa se apartó de golpe, respirando hondo. La música del salón volvió a sonar, las carcajadas estallaron unos metros más allá. Pero entre ellos… solo existía la chispa que anuncia la explosión.

—Te odio —dijo con la voz baja y seca.

—Mejor —susurró él, sonriendo con los ojos—. Así será aún más dulce cuando me pidas que no me detenga.

Ella apretó la copa con tanta fuerza que creyó que se quebraría. Porque en el fondo, temía que tuviese razón.

Y aún más, temía que no pudiese detenerse si algo así empezaba.

Alyssa se levantó bruscamente de su silla raspando contra la piedra del suelo con un chirrido que sobresalió incluso por encima de la música. Todos los ojos se giraron hacia ella. Algunos con sorpresa, otros con incomodidad, pero ella no se detuvo.

Su pecho subía y bajaba con rapidez tratando de contenerse, los labios los apretaba con tanta fuerza que solo se le veía una línea fina.

Caminó recta, casi rígida entre los comensales, con el mentón alto y las mejillas encendidas por la ira y la humillación. Salió por la puerta lateral del gran salón sin mirar atrás.

Ewan la observó irse. Y apenas un segundo después, la mano de su padre descendió con fuerza sobre su hombro.

—Ve tras ella —dijo con tono seco, susurrante—. Está demasiado cerca. No permitas que se te escape ahora, no después de todo lo que hemos sacrificado.

Ewan se giró hacia él, fulminante.

—Tú no entiendes nada…

—¿No? —el laird Murray lo miró con desprecio—. Entiendo que has manchado el honor de tu apellido por una mujer. Y que ahora, si no la mantienes controlada, este juego se nos caerá encima como un muro en llamas. Recuerda que tus hermanos todavía están presos.

Ewan se levantó. No por obediencia a su padre sino por necesidad de poder liberar a sus hermanos.

La siguió por los pasillos oscuros del castillo MacKinnon, sus botas resonaban con fuerza sobre la piedra fría. El eco de la fiesta se apagaba tras él, y el aire afuera estaba cargado de humedad y de mucha tensión.

La encontró en uno de los jardines interiores, apoyada en una columna de piedra con el rostro oculto entre las manos. No lo oyó

llegar, o quizás simplemente no quiso girarse.

—¿Vienes a humillarme un poco más? —dijo sin mirarlo con su voz aún temblorosa.

—No —contestó Ewan, con la voz más ronca de lo que esperaba—. Vengo a decirte la verdad.

Alyssa bajó lentamente las manos. Lo miró por encima del hombro. Tenía los ojos brillantes.

—¿Cuál verdad? ¿La que se esconde tras tus silencios? ¿O es que acaso hay más secretos que puedan hacer más daño?

Ewan dio un paso más, y después otro. Hasta quedar a un par de metros de ella. Sus manos estaban cerradas en puños.

—Mi padre… quiere vengarse de los MacKinnon.

Ella lo observó en silencio. Su respiración se volvió más lenta. Más cuidadosa.

—¿Y tú? —preguntó, con un hilo de voz—. ¿Tú también?

Él negó despacio.

—Yo no puedo hacerte daño, Alyssa. No después de lo que ha pasado entre nosotros. No después de lo que...

Se calló antes de terminar la frase—. Esta boda no era solo una alianza. —Bajó la voz— Es una trampa.

Ella tragó saliva, sin apartar los ojos de él.

—¿Una trampa para matarme?

Ewan no respondió de inmediato. Le dolía demasiado confirmar lo que era verdad. Pero también sabía que el silencio era igual de cruel.

—Sí.

El rostro de Alyssa se endureció. Dio un paso atrás, como si su proximidad quemara.

—Y aun así… te casaste conmigo.

—Lo hice para detenerlo —dijo él, alzando la voz—. Para ganar tiempo. Para protegerte… ¡para proteger a mis hermanos! Ellos también están pagando por esto. Están encerrados en las mazmorras de mi propio castillo, Alyssa. Por mi culpa, por desobedecer a mi padre.

La mirada de ella se quebró por una fracción de segundo. Y luego volvió a forjarse de acero.

—¿Y qué esperas que haga con todo esto, Ewan? ¿Que te lo agradezca?

—Espero que confíes en mí —respondió él—. Que me ayudes a detenerlo. Porque si no lo hacemos juntos… tu clan caerá. Y yo… yo perderé lo último que me importa.

Alyssa lo miró por unos segundos. Con el corazón latiendo fuerte en el pecho, con la cabeza girando como un torbellino. Pero sobre todo, con una certeza naciendo en su interior: estaba en medio de algo mucho más peligroso de lo que había imaginado, algo oscuro. Y aquel hombre que había sido su amante, su enemigo y ahora su esposo… podía ser también su única salvación.

—Entonces, empieza a hablar —dijo con voz firme—. Dime todo lo que sabes.

Ewan abrió la boca, dispuesto a contarle más, a explicar cada detalle de aquella conspiración... pero una voz grave lo detuvo desde el final del pasillo colindante al jardín.

—¿Pelear? —dijo el tono irónico y cargado de juicio—. ¿Es eso lo que hacen los recién casados en la noche de su unión? ¿Discutir estrategias en lugar de cumplir con su deber ante los clanes?

Alyssa se tensó, girándose de golpe. Ewan se irguió, ya sabiendo a quién pertenecía esa voz antes de que el hombre emergiera de entre las columnas de piedra.

Era lord Broderick, uno de los lairds vecinos y viejo aliado del padre de Ewan. Un hombre alto, de rostro duro y barba espesa, cuyo juicio pesaba más de lo que a muchos les gustaba admitir.

—Milord —saludó Ewan con rigidez.

—Los MacKinnon y los Murray han derramado demasiada sangre en el pasado como para que esta alianza sea puesta en duda —prosiguió Broderick, sin saludar a Alyssa siquiera—. Sabes tan bien como yo que un matrimonio no se considera válido hasta que es consumado. Así ha sido desde siempre. Y hasta que eso ocurra… nadie abandonará este castillo.

Alyssa sintió cómo una oleada de calor le subía por el pecho hasta las mejillas. Posiblemente debido al rubor de imaginar a aquel hombre que tenía cerca de ella desnudo otra vez.

—¿Insinúa que debo ser forzada a la cama para que su honor quede satisfecho?

Broderick la miró por fin. Frío y con mirada calculadora.

—No. Lo que digo es que si no se consuma este matrimonio esta misma noche, los lairds interpretarán esta unión como una farsa. Y entonces, los pactos caerán, las alianzas se disolverán… y lo que vendrá después será la guerra. No hay más que añadir.

Ewan avanzó un paso, instintivamente colocándose entre Alyssa y aquel hombre.

—Ya ha quedado claro para todos que no hemos casado hoy —dijo con la voz grave—. No hay necesidad de invadir la intimidad de nuestra alcoba con amenazas. Además de que deseo más que ningún hombre yacer con ella hoy mismo.

—Tu intimidad dejó de ser tuya cuando te convertiste en cabeza de tu linaje —replicó Broderick con dureza—. Esta unión no es un simple capricho de amantes, muchacho. Es un símbolo. Una alianza sellada por la sangre y por el cuerpo. Así es que espero que sea como dices.

Y entonces, como si su presencia no bastara para sellar lo que decía, aparecieron dos criados tras él. Serios. Uno se inclinó y dijo:

—Los lairds aguardan la señal, señor. Quieren saber si podrán retirarse esta noche con la certeza de que todo está… cumplido.

Broderick se giró hacia ellos, asintiendo.

—Acompañad a los esposos a su alcoba. Que todo se haga como debe hacerse. —Luego miró a Ewan con una sonrisa falsa—. Y no olvides lo que está en juego si no cumples con tu deber.

Después de eso se marchó.

El silencio volvió, pero esta vez era más helado. Más asfixiante. Alyssa apretó los dientes con tanta fuerza que se hizo daño.

—No pienso dejar que nadie me obligue —susurró.

Ewan la miró, los ojos se le oscurecieron, la mandíbula se tensó.

—Tampoco lo permitiré —dijo él—. Pero tenemos que pensar. Juntos. Porque si nos rebelamos esta noche… nadie saldrá vivo de

este castillo.

Alyssa asintió, tragando saliva.

—Entonces vayamos.

Ambos caminaron hacia su alcoba, custodiados por los criados, sabiendo que aquella puerta que estaban a punto de cerrarse tras ellos era mucho más que el umbral de una noche nupcial: era la entrada a la batalla más peligrosa que les esperaba a ninguno de ellos.

La puerta de la alcoba se cerró con un sonido hueco, dejando un silencio que cayó como un velo pesado sobre la estancia. Solo el crujido leve de las maderas y el fuego parpadeando en la chimenea rompían aquel momento cargado entre ellos.

Ewan permaneció de pie cerca del umbral, sin moverse. Se llevó la mano al cabello, pasándola por entre los mechones, visiblemente nervioso. Luego repitió el gesto, una y otra vez, mientras miraba hacia la cama como si ella fuese su enemigo.

Alyssa estaba ya sentada en el borde del colchón con las manos entrelazadas sobre su regazo. Observaba sus propios dedos, como si esperara que tomaran alguna decisión en su lugar. No lo miraba. No decía nada.

Ewan se aclaró la garganta.

—Me temo que no les bastará con decir que hemos fornicado —dijo con la voz áspera y sin delicadeza—. Querrán algo más. Alguna prueba. Alguna señal.

Ella alzó el rostro despacio, y sus ojos destellaron.

—¿Más? ¿Qué más quieren acaso? ¿Que alguien venga a oler mi piel para comprobar si huelo a ti? —se puso de pie, dando un paso hacia él—. ¿O sería preferible que empapase las sábanas en sudor, que jadee lo suficiente alto como para que escuchen desde el pasillo y puedan dormir tranquilos sabiendo que he gozado como se espera?

—Baja la voz —dijo él rápidamente, avanzando hacia ella con el ceño fruncido—. Van a pensar que estamos discutiendo.

—¡Es que eso es justo lo que estamos haciendo! —alzó el tono, encarándolo de lleno.

Pero no llegó a decir nada más, porque en un solo movimiento Ewan alzó una mano y la cubrió con suavidad pero con firmeza sobre su boca, acallando sus palabras. La cercanía fue inmediata. Sus cuerpos se separaban por apenas un palmo de aire. El aliento de él rozó su mejilla. El pulso de ella latía tan desbocado bajo su piel que movía el vestido.

Alyssa se quedó inmóvil. No por sumisión, sino por sorpresa y por algo más profundo. El contacto de su palma sobre sus labios despertó una memoria latente, como si su piel recordara antes que su mente lo que una vez fue aquel cuerpo, aquellas manos, aquella boca.

Ewan bajó la mirada hacia ella. Sus ojos ardían, y su piel recordaba algo que dolía mirar.

—No quiero hacerte daño —murmuró, apartando la mano para que ella pudiera respirar.

—Y, sin embargo —susurró Alyssa, con la voz contenida por la emoción—, lo estás haciendo desde el primer día en que volviste a entrar en mi vida.

Sus respiraciones eran ahora el único sonido entre ellos. El silencio rugía más fuerte que cualquier grito. Ewan bajó la vista hasta su boca, luego se obligó a apartar los ojos.

—Si tuviera otra salida... si pudiera hacer otra cosa…

—Pero no puedes —dijo ella, con la voz ya rota.

Ewan no se movió de inmediato. Su respiración fue profunda, como si estuviese conteniéndose, sopesando el peso de lo correcto y lo inevitable. Entonces inclinó un poco el rostro, con una media sonrisa que no alcanzó a tocar sus ojos.

—Tienes razón —dijo con voz grave—. No puedo.

Hizo una pausa mínima, y añadió más bajo, como si ya no pudiera reprimirlo más.

—Además… es justo lo que deseo hacer ahora mismo.

Y la besó.

Fue un beso lento. Sin prisa. Nada de lo que hasta entonces había teñido su anterior encuentro. Esta vez no hubo resistencia, solo la presión suave de sus labios sobre los de ella, como si los reconociera de nuevo, como si se permitiera recordarlos.

Alyssa se quedó inmóvil. No por rechazo. Sino porque su cuerpo se hallaba suspendido en un lugar que no sabía si era cielo o infierno. Sus labios no devolvieron el beso, pero tampoco lo detuvieron. Se dejó hacer. Se dejó sentir.

Ewan llevó una mano a su mejilla, acariciando con la yema de los dedos la línea de su mandíbula, bajando luego por su cuello hasta llegar al hueco donde latía su pulso. Allí se detuvo, percibiendo el ritmo acelerado, y una chispa de ternura apareció en sus ojos.

—Sigues temblando —susurró contra su boca.

Alyssa no respondió. Tenía los ojos abiertos, fijos en él, pero su cuerpo entero parecía hecho de vidrio caliente, al borde de fundirse o de romperse.

Su otra mano la tomó de la cintura con suavidad, atrayéndola hacia él sin brusquedad, solo con esa firmeza que hablaba de deseo contenido. Apoyó la frente contra la de ella.

—No te tocaré si no me lo permites —dijo en un susurro.

Ella cerró los ojos, no como quien se rinde, sino como quien se sumerge. Y entonces él la abrazó. No como un amante que busca el cuerpo, sino como un hombre que teme que algo se le escape para siempre.

Con el pulgar, acarició su labio inferior. Recorrió con sus labios la curva de su mejilla, el lóbulo de su oreja, la línea de su cuello. Lo hacía despacio memorizando un territorio que pronto tendría que abandonar.

Alyssa no se movía. Solo respiraba. Profundo. Lento. Como si quisiera fijar cada caricia sin saber por qué le dolía tanto recibirlas.

El fuego chisporroteó en la chimenea. Afuera, el mundo podía arder o derrumbarse. Pero dentro de aquella alcoba solo existían ellos dos, atrapados entre un deber que los condenaba y una pasión que se negaba a morir.

Ewan alzó la mirada.

—Dime si debo parar —pidió en voz baja, con la frente de nuevo pegada a la suya.

Ella abrió los ojos y lo miró.

Ewan seguía esperando. La frente seguía apoyada contra la suya, su respiración cálida le acariciaba la piel. Alyssa lo miraba sin

pestañear, como si en sus ojos hubiese algo que dolía mirar pero dolería aún más apartar la vista.

Capítulo 9

Entonces habló, con voz temblorosa, cargada de la verdad que llevaba horas, días, tal vez semanas, queriendo gritar:

—Te deseo. Te deseo tanto o más que la primera vez que te vi… cuando aún no sabía quién eras.

Ewan cerró los ojos un instante. Solo un instante. Como si esas palabras hubiesen sido un golpe directo a su pecho.

Ella continuó, más firme esta vez:

—Pero me prometí que jamás… jamás le daría mi cuerpo ni mi aprobación al hombre con el que me obligaran a casarme. Bajó la mirada.

—Y hoy he cumplido esa promesa. Me casé contigo, sí, pero no te he entregado nada.

Silencio fue lo que después se escuchó en la alcoba. Hasta que él habló.

—¿Y si hubieras podido elegir con quién casarte? —preguntó Ewan, tan despacio que parecía temer la respuesta—. ¿Hubiese sido una opción? ¿Me habrías elegido… sin saber quién era?

Los ojos de Alyssa se alzaron bruscamente a los suyos.

Y sin decir palabra, lo besó.

Esta vez no hubo ni dudas ni timidez.

Solo hubo fuego.

Con la furia contenida del deseo negado. Con las ganas de romper cada muro que la había hecho callar lo que su cuerpo llevaba tiempo gritando en su interior. Fue un beso que lo dejó sin aire, sin pensamiento, sin otra elección que dejarse arrastrar.

Él la abrazó con fuerza, girándola con suavidad hasta que quedó tendida sobre la cama, bajo él. No se separó de sus labios mientras la cubría con su cuerpo, su mano empezó a deslizarse por su muslo, por su cintura, por la curva de su espalda. Su boca bajó

por su cuello, por su clavícula, dejándole un rastro de fuego a cada centímetro.

Ella arqueó la espalda, respirando entrecortadamente, y cuando sus dedos acariciaron la piel bajo su vestido, no lo detuvo. No quería detenerlo.

—Eres mía —susurró él, con la voz rota de emoción y deseo—. No porque nos hayan casado. Porque tú me has elegido.

Ella lo miró, los ojos le brillaban con algo más que pasión. Y con un gesto lento, lo empujó hacia atrás, quedando ahora sobre él. Se acomodó sobre su cuerpo, sus piernas lo rodearon, su piel tembló bajo las caricias de él.

Se encajó sobre él con un gemido suave, casi reverente. No hubo más palabras entonces. Solo los cuerpos hablándose, reconociéndose. El vaivén lento al principio, explorando, redescubriendo. Y luego, el ritmo creciendo con fuerza, con la respiración desbocándose, y los suspiros entrecortados.

Se buscaron las manos, se miraron fijamente mientras alcanzaban ese lugar donde ya no existía la culpa, ni la venganza, ni los laird, ni los juramentos rotos.

Solo ellos y nada más.

Una promesa no dicha, pero sellada en cada roce, en cada estremecimiento.

Cuando todo terminó, ella se quedó recostada sobre su pecho, todavía temblando con los ojos cerrados. Él la envolvió con sus brazos, besándole la frente, el cabello, los hombros.

Y por un instante, solo uno, fueron dos almas en paz.

Pero la noche tranquila no duraría mucho.

Y afuera, la guerra aún esperaba.

Pasados unos minutos Alyssa permanecía recostada sobre el lecho, con el cabello suelto y revuelto, la mirada fija en el dosel de su cama como si en sus pliegues estuvieran escritas las palabras que aún no se atrevía a pronunciar.

Ewan se incorporó primero. El torso desnudo era más impactante que cualquier escultura sobre piedra, marcado por las cicatrices de viejas batallas, se inclinó para recoger su camisa del suelo. Cuando se la pasó por la cabeza, ella habló con voz queda.

—¿Qué vas a decirles?

Ewan caminó hasta el borde del lecho y se sentó a su lado. Sus dedos buscaron los suyos entrelazados sobre las sábanas.

—Lo que esperan escuchar. Unos desean saber si hemos consumado el matrimonio, otros… —dijo titubeando—. Que he hecho lo que debía. Que estás muerta… y que la deuda de sangre ha sido saldada.

Ella desvió la mirada, apretando los labios.

—¿Podrás decírselo sin que tiemble tu voz?

Él giró el rostro hacia ella.

—Podré. Por ti, lo haré. Pero será más difícil mantenerlos alejados de ti. Cualquier gesto extraño, cualquier demora… podrían sospechar.

—Entonces no debo dejar la alcoba —dijo ella, con la voz más que firme—. Que crean que he sido enterrada o incinerada, si lo desean. Pero no me verán.

Ewan acarició su mejilla.

—Quiero que escapes de aquí cuanto antes. Esta noche. Cuando todos duerman, tomaré a mis hermanos y partiremos. Los tres y tú.

Alyssa lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y si alguien nos descubre?

Ewan se inclinó hasta rozar su frente con la de ella.

—Si alguien nos detiene, no dejaré que te toquen.

Ella asintió.

Capítulo 10

La gran sala estaba medio vacía, ya solo quedaban unos pocos hombres de la confianza del laird, de pie en los extremos. El Laird Murray estaba junto a la chimenea, con una copa en la mano y la mirada clavada en las brasas. Cuando escuchó los pasos, no se giró. No hasta que los vítores de algunos hombres anunciaron que era su hijo.

—¿Y bien?

Ewan no vaciló.

—He hecho lo que debía.

—¿Estás seguro? —preguntó el laird de manera disimulada para no levantar sospechas.

—Más que seguro.

—Nadie debe saberlo todavía. Todos deberían celebrarlo como una victoria por el momento, más tarde cuando se den cuenta de lo que ha ocurrido esta noche, tú estarás demasiado lejos ya —le susurró cerca de su oído.

Bebieron, rieron, brindaron por la unión los MacKinnon y por la venganza cobrada los Murray.

Entonces el laird se volvió. Lo observó durante algo de tiempo, buscando en el rostro de su hijo la más mínima grieta.

—¿Qué ocurrirá cuando los MacKinnon se enteren? —preguntó Ewan en voz baja sin que ningún guerrero más lo escuchase.

—Creen que han sellado una alianza. Y de momento eso es lo que deben seguir creyendo.

El laird Murray esbozó una sonrisa breve y sin alegría.

—Está bien, pero debería de alejarme de aquí antes de que se den cuenta. Esta misma noche —dijo Ewan.

—Sí, vete antes del amanecer. Te buscarán pronto. Y ya nadie podrá protegerte cuando descubran que la chica no respira.

Ewan entrecerró los ojos.

—¿Y mis hermanos?

El laird bebió un sorbo de la copa que todavía sostenía en su mano y luego, como si le restara importancia, dijo:

—Saldrán de las mazmorras cuando tú hayas partido. Tienes mi palabra, pero no vuelvas a cruzar este umbral, Ewan. No serás bienvenido de nuevo a estas tierras, siempre diré que perdiste la cabeza y que no eres ya mi hijo.

—No esperaba otra cosa —replicó Ewan, y se marchó sin mirar atrás.

La puerta de la alcoba crujió al abrirse. Alyssa seguía sentada al borde del lecho, ahora completamente vestida, aunque su cabello aún suelto delataba la intimidad reciente. Alzó la mirada al verlo entrar.

—¿Ya lo has hecho?

Ewan cerró la puerta tras de sí con lentitud y asintió.

—He dicho lo que querían oír.

Ella buscó su rostro. La tensión en sus cejas, el leve temblor de su mandíbula.

—¿Te creyeron?

—Mi padre me creyó —dijo él, en voz baja, acercándose—. Y eso es lo único que importa.

Ella tragó saliva.

—¿Y ahora?

Ewan la tomó por los hombros.

—Ahora nadie puede verte. Ni un ruido. Ni una sombra tras la ventana. He dicho que estás muerta, Alyssa. Si alguien siquiera te intuye, esto se acaba. Para tu familia habrás desaparecido sin más, y para mi clan te he matado.

—Siento el dolor que le puede ocasionar a mi madre que yo desaparezca, pero es lo único que me queda si quiero evitar una batalla.

—Así es —dijo Ewan.

—¿Y tú, qué harás tú? —preguntó ella.

Él la miró.

—Yo me quedaré hasta la noche. Iré a por Lachlan y Jane. Los sacaré. Y después volveré por ti.

Ella bajó la mirada.

—Tendremos que ser fantasmas.

Ewan rozó con su pulgar su barbilla.

—Por ahora, sí.

Restos de copas abandonadas, migas sobre las bandejas de plata, y el murmullo lejano de algunos músicos todavía guardando sus instrumentos componían un retrato de calma aparente.

Julia McLean, la tía de Alyssa, caminaba con paso rápido por el pasillo central. Había esperado el momento oportuno, pero la inquietud comenzaba a revolverle el estómago.

—No he visto a mi sobrina desde que terminó la cena —murmuraba para sí—. Algo no me huele bien —le dijo a su marido haciéndole saber que iba a buscarla.

En ese instante, dobló hacia el corredor de la torre este, donde se encontraba la alcoba nupcial. Cuando levantó la mano para llamar a la puerta, una figura emergió de la penumbra.

—Lady Julia —dijo Ewan, apareciendo con una rapidez que delató que llevaba tiempo esperando tras la puerta.

Ella bajó la mano, sobresaltada.

—Señor Murray. Justo iba a ver a Alyssa. No he tenido ocasión de hablar con ella desde la ceremonia, y me preocupa. No ha salido en toda la tarde.

—Está descansando —dijo él, sin moverse de la puerta—. Ha sido un día muy largo.

Julia lo miró, aguzando la vista. Había algo tenso en su rostro, algo en la postura rígida de sus hombros.

—¿Puedo verla un momento? No tardaré.

—Preferiría que no —replicó él, manteniendo la calma con esfuerzo—. Necesita tranquilidad… y yo también. No ha sido una noche sencilla para ninguno de los dos.

Los ojos de Julia se entrecerraron un poco.

—¿Y por qué la custodias como si temieras que escapara?

—Porque la amo —dijo Ewan de forma tan rotunda que incluso él se sorprendió de cómo había sonado.

Y fue entonces cuando un ruido leve, imperceptible para alguien menos atento, se oyó desde el extremo del pasillo. El roce de unas botas contra el suelo de piedra.

Ewan giró la cabeza un momento. Una sombra. Un movimiento fugaz que desapareció tras un tapiz. Sus músculos se tensaron de inmediato.

Julia frunció el ceño.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada —dijo él con rapidez—. Quizás algún criado entrometido.

Pero en su interior, lo supo. No era un criado y por alguna razón él sabía que lo espiaban.

—Lady Julia —añadió en voz más baja—, os pido que confiéis en mí esta noche. Lo que está en juego es más importante de lo que imagináis. Si entráis en esa habitación ahora, podríais ponerla en peligro… a ella y a todos nosotros.

La mujer retrocedió un paso, desconcertada.

—¿Ponerla en peligro? —intentó sonar bajo.

—Os lo explicaré todo. Pero no esta noche.

Julia lo observó largamente. Finalmente, asintió con lentitud, pero no sin advertir:

—Si algo le ocurre a Alyssa, no os lo perdonaré jamás.

Ewan inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Ni yo mismo. Te lo aseguro —pronunció.

Cuando ella se marchó, Ewan contuvo el aliento. Esperó. Fingió serenidad durante unos segundos más. Luego giró sobre sus talones y descendió a toda prisa por la escalera más cercana, tenía que descubrir quien lo estaba espiando.

En algún rincón del castillo, oculto en una galería secreta, un espía del laird Murray ya se deslizaba entre aquellos muros para llevar el mensaje de vuelta a su amo: Pues él mismo había escuchado de la boca del hijo del laird Murray que protegía a su esposa: *La MacKinnon sigue viva.*

Capítulo 11

La noche estaba cerrada, negra como la tinta, y las estrellas parecían haberse apagado con el miedo que palpitaba en el pecho de Ewan.

Los cascos de su caballo golpeaban con fuerza sobre el sendero embarrado, levantando gotas de lodo y hojas húmedas que se le clavaban en la cara como puñales helados. El viento le azotaba el rostro, pero ni lo sentía. Solo tenía una imagen en la cabeza: sus hermanos en las mazmorras, y el rostro de su padre cuando le dijo que los dejaría libres… si creía que Alyssa había muerto.

Y ahora lo sabría. El maldito espía del castillo lo delataría si conseguía llegar antes que él.

Ewan apretó los dientes y azuzó al caballo con fuerza, galopando a través del bosque como si le persiguiera la muerte.

Pero no llegó tan lejos.

En una curva estrecha, justo donde el sendero se angostaba entre dos rocas cubiertas de musgo, un destello de acero brilló en la oscuridad.

¡Zas!

El caballo se encabritó con un relincho agudo. Ewan saltó de la silla justo antes de caer al suelo con violencia. Rodó entre los matorrales y se levantó a tiempo de ver al espía delante de él, con la capa aún arremolinada por el movimiento.

—Demasiado tarde, Murray —gruñó el hombre, con una daga en la mano derecha y otra en la izquierda—. El laird tiene que saber que esa bruja sigue viva.

—No darás un paso más.

—¿Tú solo vas a impedirlo?

—Lo haré, aunque me cueste la vida —escupió Ewan, desenvainando su espada corta.

El espía atacó con rapidez, pero Ewan lo desvió por los pelos, y la lucha se encendió como la llama de una antorcha. Las hojas silbaban en el aire, los brazos se alzaban, y los jadeos eran el único sonido bajo el rugido lejano del viento.

Una daga rasgó la camisa de Ewan, dejándole una herida superficial en el abdomen. Él contraatacó con un rodillazo al pecho que hizo tambalearse al espía. La lucha se volvió cuerpo a cuerpo. Rodaron por el suelo, la tierra húmeda les manchaba los rostros. Ewan logró arrebatarle una de las dagas, pero el otro lo golpeó en la mandíbula con el pomo de la suya.

Sangre. Dolor. Furia.

Y entonces, en un momento de ventaja, Ewan consiguió colocarse encima del espía, le sujetó los brazos con fuerza y clavó la hoja hasta el fondo del costado enemigo. El hombre gimió, soltó el arma, y su cuerpo quedó laxo bajo él.

—Por mis hermanos… —susurró Ewan, alzándose tambaleante.

ÉL también estaba herido, la sangre le resbalaba por el costado, pero no se detuvo. Dejó el cuerpo a un lado del camino y, sin mirar atrás, corrió hacia su destino.

Tenía que llegar al castillo antes que su padre pudiese enterarse de que le había mentido.

Las puertas del castillo chirriaron con violencia cuando Ewan las empujó con todo el peso de su cuerpo. La sangre se le escurría por el flanco izquierdo, pero ni se detuvo a comprobar la herida. Su respiración era agitada, salvaje, y sus pasos resonaban como martillazos contra la piedra del suelo mientras bajaba por los pasillos oscuros rumbo a las mazmorras.

El castillo parecía dormido, pero él sabía que el silencio era solo un disfraz.

Bajó los peldaños de piedra como un rayo, encendiendo una antorcha que colgaba de la pared. El hedor de humedad, sudor y óxido le golpeó en pleno rostro al alcanzar la última puerta. Sacó la

llave que había robado días antes sabiendo que la iba a necesitar, y cuando abrió aquella puerta la arrojó al suelo con la esperanza de no necesitarla jamás.

Un chirrido seco fue lo que se oyó y la puerta cedió.

—¡Lachlan! ¡Jane! —llamó con un tono urgente—. ¡Soy yo!

Un par de sombras se removieron en la penumbra.

—¿Ewan? —la voz temblorosa de Jane fue lo primero que escuchó.

—Sí, soy yo. ¡Rápido!

Corrió hasta ellos. Varias cuerdas colgaban de la pared, y sus muñecas estaban rojas por el roce de ellas. Sacó la daga y rompió las ataduras una a una con algo de esfuerzo. Cuando Lachlan fue liberado, lo abrazó con fuerza.

—Sabía que vendrías —murmuró el muchacho con la voz quebrada de la emoción que sintió.

Pero no tuvieron tiempo de más.

Una puerta se abrió emitiendo un gran estruendo en los pisos de arriba, y pasos decididos descendieron por las escaleras con bastante prisa.

Ewan se giró con el cuerpo tenso, los hermanos andaban tras él. La antorcha en su mano proyectaba sombras largas sobre la pared cuando la figura de su padre apareció al pie de la escalera, con un hombre armado a su lado.

—Qué decepción, hijo mío —dijo el laird Murray, con voz gélida—. Pensé que al menos respetarías el precio que habías pagado por la vida de estos dos mocosos.

Ewan se enderezó frente a él. Estaba entre su padre y los niños.

—¡No volverás a ponerles una mano encima!

—¿Y qué esperabas? ¿Que no descubriese que la muchacha sigue viva? ¡Uno de mis hombres te ha visto hablar con ella! ¿Creíste que podrías engañarme, Ewan? ¿A mí? Qué ingenuo eres si pensaste que solo dejaría en el castillo de esos estúpidos MacKinnon a un hombre solo…

—¡Nunca fue mi intención matarla! —rugió Ewan, con la daga aún en la mano—. ¡Jamás quise ser parte de tu venganza!

—¡Entonces ya no eres un Murray! —le escupió su padre, sacando su espada y señalándolo con la punta—. Me has traicionado.

—Y tú me has convertido en esto —dijo Ewan con el rostro endurecido—. Me diste una vida basada en el odio. Y aun así, ellos —dijo señalando a sus hermanos— son lo único puro que tengo. No permitiré que vivan bajo tu control, solo les crearás dolor.

El silencio cayó como un peso muerto entre los muros de piedra. El guerrero que acompañaba al laird dio un paso hacia Ewan, pero este alzó su arma.

—Tendrás que matarme —dijo sin vacilar.

El laird Murray lo observó un largo segundo, y luego alzó una mano, deteniendo a su hombre.

—Aún puedes reparar esto. Acaba con la muchacha. Esta noche.

—No.

—¿Entonces qué, Ewan? ¿Vas a convertirte en fugitivo? ¿En enemigo de tu propio clan?

—Ya lo soy.

Tomó a Lachlan de la mano y a Jane por el hombro con la mano que sujetaba su daga.

—No darás un paso más —advirtió su padre.

—¿Y tú qué harás? ¿Matar a tus hijos delante de tus hombres? —espetó Ewan, con la mirada clavada en él—. Te aseguro que la historia de tu legado no será una que quieran cantar los bardos.

El laird Murray tensó los labios. Su mirada era hielo. Pero no dio la orden.

Ewan retrocedió con sus hermanos, la daga firme en su mano lo decía todo.

—Vendrán por ti —le advirtió su padre—. Cuando se enteren que has desobedecido mi orden de acabar con ella os buscarán a ambos para daros muerte, a vosotros y a quienes huyan a vuestro lado, y sin olvidar a aquellos que os den cobijo.

—Entonces más vale que corran rápido. Porque yo ya no soy el hijo débil que tú creaste.

Y con eso, desapareció en la oscuridad del pasadizo, rumbo a la salida secreta que había memorizado desde niño.

El tiempo de la sumisión había acabado.

Capítulo 12

El rocío perlaba los campos y la bruma se aferraba a las piedras del camino, como si el mismo mundo no quisiera aún despertar.

Ewan sostenía las riendas con los nudillos tensos, cubierto aún por la sangre seca del combate contra el espía. A sus espaldas, su hermana Jane, de solo diez años, abrazaba la cintura de Lachlan, que sujetaba el otro caballo.

Cuando cruzaron los portones del castillo MacKinnon, fue como traspasar un umbral invisible: del temor al juicio.

Los guardias los detuvieron de inmediato.

—¡Alto! ¡Identificaos!

Ewan alzó la voz con autoridad:

—Ewan Murray. Vengo por mi esposa. Además exijo hablar con Isla y Cam MacKinnon.

El murmullo entre los soldados fue inmediato. Alguien desapareció en busca del laird y su esposa, mientras los viajeros esperaban, tensos y empapados.

Pocos minutos después, Isla MacKinnon apareció en lo alto de los escalones, con su melena alborotada y una capa de piel de lobo sobre los hombros, además de llevar el rostro pálido, y alerta. A su lado, Cam emergió, aún más alto y severo de lo que Ewan recordaba.

—¿Qué demonios significa esto? —tronó el laird MacKinnon desde lo alto.

Alyssa se unió a ellos. Caminó hacia donde estaban con la frente en alto.

—Padre. Madre. Necesito que le escuchéis antes de que ordenéis nada.

—¿Qué has hecho? —susurró Isla al ver la sangre en Ewan y el rostro desencajado de los niños—. Por todos los cielos… ¿eso son niños?

Jane intentó esconderse tras su hermano mayor, pero Isla descendió los escalones que los separaban corriendo y se arrodilló ante ella.

—No temas, pequeña. Estás a salvo ahora.

Ewan, aún desde su posición, habló con firmeza:

—Son mis hermanos. Hijos del laird Murray. Fueron encerrados como castigo porque me negué a cumplir la orden de asesinar a Alyssa tras la boda.

Cam bajó lentamente, y hasta sus pasos parecían cargados de una furia que no se podía esconder.

—¿Estás diciendo que la boda no era una alianza? Aclara eso.

Ewan asintió. Alyssa tomó su mano, y habló con un hilo de voz:

—Todo era un engaño. El laird Murray solo buscaba venganza por las pérdidas sufridas en la guerra. Me querían muerta.

Cam los miró a ambos. Su ceño fruncido no revelaba aún si los creía o no. Isla, en cambio, se había puesto en pie y examinaba los ojos de los niños, sus ropas sucias, las marcas en las muñecas...

—¡Han estado encadenados! —exclamó horrorizada.

—Durante días —confirmó Ewan—. No iba a permitirlo más. Ni su silencio, ni la muerte de Alyssa. He renunciado a mi clan por ellos. Por ella.

Cam se cruzó de brazos, e hizo sonar su voz dura como el acero.

—¿Y has traído a dos hijos de tu padre aquí, a nuestra casa? ¿Sabes lo que ocurrirá si los Murray deciden venir por ellos?

—Vendrán, sí —dijo Ewan—. Pero ahora ya no por venganza. Sino por traición. Y no pienso dejar que los encuentren.

—Entonces no pueden quedarse —dijo el laird con voz tensa—. No con nosotros.

—Cam… —susurró Isla, con la mirada puesta en Jane, que temblaba junto al caballo.

—¡No pueden quedarse aquí! —repitió él aún más firme—. Si tu padre envía guerreros, arrasarán la frontera. Los protegeremos, sí… pero no dentro del castillo.

Ewan bajó la cabeza. Lo había previsto, pero no dolía menos.

—Entonces, llevadlos con alguien en quien confiéis. A un lugar donde no puedan encontrarlos.

Isla asintió con suavidad.

—Conozco a alguien. Le debo la vida. Estarán bien allí.

Ewan volvió a mirar a Cam.

—Solo os pido algo más. Que protejáis también a Alyssa, si algo me ocurre. No se merece el odio de mi padre.

—Eso ya lo sabíamos —replicó el laird—. Aunque tardaste demasiado en decírnoslo.

Ewan se giró hacia Alyssa, que le sostenía la mirada sin pestañear.

—Debemos llevarte a un lugar seguro. Lo antes posible.

—¿Y tú? No te dejaré solo.

—Yo encontraré la manera de detener esto desde dentro. O moriré intentándolo, pero tú debes ponerte a salvo.

—¡No! —le gritó ella.

Cam miró a su hija.

—¿Estás segura de querer seguir con él?

Alyssa respiró hondo. Entonces caminó hasta Ewan, se abrazó a él por la espalda, y contestó sin dudar:

—Más que nunca.

Los establos estaban envueltos en una bruma densa, como si incluso la naturaleza quisiera ocultar lo que allí ocurría. Cam sujetaba el caballo con fuerza mientras Lachlan lo miraba sin moverse del umbral.

—¿Y por qué no podemos quedarnos aquí? —espetó el muchacho—. No tenemos miedo. Yo no tengo miedo.

—No se trata de valentía —respondió Cam, con voz grave—. Se trata de proteger lo que uno ama. Si os quedáis, seréis un blanco fácil. Pero si os vais, Ewan tendrá margen para moverse. Es lo que él desea. Además de que vuestra presencia en este castillo pone en peligro las vidas de gente inocente.

Lachlan apretó los puños. Jane, a su lado, mantenía la cabeza baja y los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho? ¿Ha dicho que nos vayamos y lo dejemos solo? —preguntó la niña.

—Ha dicho que os salvemos —intervino Isla, agachándose junto a la niña—. Que os pongamos a salvo. Y eso haremos. Conozco un lugar. A mi hermana la protegieron allí cuando el mundo estuvo a punto de caerse a pedazos. También tenía miedo. También se sentía sola.

Jane levantó un poco la mirada.

—¿Y quién la protegió?

—Monjas —sonrió Isla con ternura—. Monjas con más temple que muchos guerreros. No preguntan, no juzgan, solo cuidan y protegen. Allí estaréis seguros, pero tenéis que guardar silencio. Nadie debe saber quiénes sois.

—¿Y cuándo podremos volver? —susurró la niña, con la voz rota.

—Cuando sea seguro. Y cuando tu hermano vaya a buscaros.

—¿Y si no viene?

Isla la abrazó con fuerza.

—Irá. Te lo prometo.

Cam ayudó a Lachlan a subir al caballo. El muchacho no dijo nada al principio, pero cuando Isla subió a Jane, y el escolta dio la orden para partir, giró el rostro hacia su hermana.

—¿Te acuerdas de cómo Ewan me enseñó a lanzar la daga?

Jane asintió en silencio.

—Pues también me enseñó a no rendirme. Así que no voy a hacerlo ahora. ¿Y tú?

—Tampoco —respondió Jane en un susurro.

Lachlan levantó entonces la vista hacia Cam.

—Dígale que no se atreva a morir sin vernos otra vez. Que vamos a pelear por él, si hace falta.

Cam se llevó un puño al pecho.

—Así será.

El sonido de los cascos se alejó entre la niebla, dejando solo silencio tras de sí. Isla se limpió una lágrima antes de girarse.

—Nunca entenderé a los hombres que hacen daño a criaturas indefensas.

—Yo tampoco —respondió Cam—. Pero al menos esta vez podemos ayudar.

Ella lo miró con gravedad.

—¿Y si Ewan no logra vencerlos?

Él entrecerró los ojos, mirando al horizonte.

—Entonces lucharemos hasta el último aliento por salvar a nuestra hija, y recuperaremos a esos niños.

Capítulo 13

La gran sala del castillo Murray estaba cargada de un ambiente tenso. Alrededor de la gran mesa de roble se sentaron los señores de los clanes aliados, algunos con los brazos cruzados, otros apretando el puño sobre el respaldo de la silla.

El laird de Murray, imponente, presidía la reunión. A su lado, su consejero más viejo, Callum, observaba atento cada reacción.

—No podemos tolerar que un Murray mancille nuestro honor —sentenció Fergus MacAlister, líder del clan vecino—. La traición de Ewan es una mancha que se extiende sobre todos nosotros. ¡Debe pagar con su vida!

—Es verdad —añadió Morag Sinclair, una de las pocas señoras presentes—, si dejamos que su rebelión quede impune, mañana cualquier hijo de vecino hará lo que le plazca, sin respeto por los lazos que nos unen.

—Pero, ¿hemos considerado qué consecuencias traería matarlo? —intervino Duncan Campbell, un hombre robusto con voz grave—. Es el heredero Murray. Su muerte podría desatar una guerra civil interna y debilitar aún más nuestra posición frente a los MacKinnon.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Callum, apoyándose en la mesa—. ¿Dejarlo vivir y permitir que siga traicionándonos?

—Si vamos a actuar —dijo Lachlan MacGregor, más joven y nervioso—, debe ser rápido y sin contemplaciones. Cazarlo como a un perro, y eliminar a todos los que se atrevan a ayudarle.

—Eso incluye a su padre —añadió Morag, con una mirada fulminante—. Si el laird no lo controla, entonces es cómplice.

El laird de Murray apretó los labios.

—No subestimen la fuerza de los lazos familiares. Mi deber es proteger a mi sangre, aunque me pese.

—Pero, Laird —replicó Fergus con dureza—, su deber con el clan es aún mayor que con su hijo. Si antepone su amor paternal a la seguridad de todos, nos veremos obligados a actuar sin usted.

—¿Pretenden derrocar al laird? —preguntó Callum, con voz baja pero firme—. Eso sería un acto de traición mayor que la de Ewan.

—Solo hablamos de mantener la estabilidad del clan —contestó Duncan—. Si el laird no puede actuar, entonces nosotros sí.

—Esto es un callejón sin salida —murmuró Latran, desesperado—. O matamos a Ewan y a sus seguidores, o ellos nos matarán a nosotros primero.

—Entonces, la decisión está tomada —sentenció Morag—. Enviamos guerreros para capturar a Ewan y a sus aliados. Quien los esconda, será tratado como traidor.

El laird se levantó con dificultad, su mirada era un tormento en aquel momento.

—Muy bien. Que así sea. Pero sepan que esta noche se marca un antes y un después para el clan Murray.

Todos asintieron solemnemente.

—Que se haga justicia, y que la sangre pague por la traición.

El crepitar del fuego en la gran chimenea del salón de los MacKinnon llenaba la estancia con un calor tenue, pero dentro de la habitación la tensión era casi palpable. Ewan estaba apoyado contra el marco de la puerta, observando a Alyssa, que permanecía sentada, sus dedos jugaban nerviosamente con el dobladillo de su vestido.

—¿Crees que alguno de ellos realmente querría acabar conmigo? —su voz era baja, como si temiese por la respuesta.

Alyssa levantó la mirada, sus ojos reflejaban una mezcla de tristeza y fuerza.

—Quieren justicia... o venganza. No te protegerán si creen que eres un traidor. Y tú... tú has elegido ese camino.

Ewan dio un paso lento hacia ella, el ceño lo frunció pero con una suavidad inesperada.

—No fue mi elección, Alyssa. Esto... todo esto ha ocurrido porque soy el hijo del laird Murray. Esa maldita sangre que corre por mis venas ha marcado mi destino desde el nacimiento. —Su voz se quebró—. Y por eso, por ser quien soy, te he puesto en peligro.

Ella lo miró fijamente, el dolor y la sorpresa luchaban en sus ojos. Entonces él avanzó un poco más, hasta estar muy cerca, tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de ella.

—Perdóname —susurró, con un temblor que no lograba ocultar—. Perdóname por todo esto. Por la sombra que mi familia proyecta sobre ti, sobre nosotros.

Alyssa cerró los ojos un instante, respiró hondo, y al abrirlos, sus labios se curvaron en una sonrisa perversa.

—No puedo odiarte por lo que eres, Ewan. Pero... —alzando una ceja, su voz se volvió más suave y cargada de lujuria—, puedes pedirme perdón de mil formas, y yo podría aceptar... sí empiezas demostrando que también deseas estar aquí conmigo.

Sin mediar más palabra, él bajó la mirada a sus labios, y luego la besó, lento, muy lento, con la promesa de que aún en la tormenta, podrían encontrar su refugio.

Las manos de Ewan recorrieron suavemente su cintura, la piel tibia y vibrante bajo sus dedos la hicieron vibrar con un pequeño escalofrío, mientras él permanecía quieto y solo movía sus manos, ella sentía cada caricia, cada latido acelerado de su corazón. Un nuevo estremecimiento recorrió su cuerpo cuando él deslizó sus dedos hasta la nuca, atrayéndola más cerca.

Ella respiró hondo, y ya sus cuerpos estaban demasiado cerca para negar lo que deseaban los dos.

—Te deseo —confesó él entre susurros contra sus labios—. Más de lo que imaginé la primera vez que te vi.

Ella respondió con un leve asentimiento, su corazón latía con fuerza.

Entonces Ewan la tumbó suavemente sobre la alfombra, y su mirada ardiente se fijó en la suya. Sus manos exploraron cada curva con ternura y urgencia.

Ella se dejó llevar por la oleada de emociones, por ese fuego que consumía miedos y dudas, pero pronto unos pasos les hizo regresar de nuevo al lugar donde estaban, y se pusieron en pie.

—Tenemos que irnos cuanto antes —dijo él, todavía con la voz agitada—. No tardarán en venir a buscarme, a buscarnos.

Ella lo miró cabizbaja.

—¿Y tus hermanos?

—Ya están a salvo. Tus padres se encargaron de todo, pero si nosotros nos retrasamos, todo habrá sido en vano.

Se acercó a ella, frenético, como si su cuerpo lo traicionara queriendo detenerse, tocarla, besarla. Pero no lo hizo. Apenas alzó la mano, acariciando el aire que los separaba.

—Alyssa... lo siento. Todo esto ha ocurrido por mi culpa y jamás me lo voy a perdonar. Por llevar ese nombre maldito te ves obligada a alejarte de tu familia, dios sabe cuánto tiempo.

—No. —Ella negó con la cabeza, firme—. Nos arrastraron otros, no tú. Pero no tenemos tiempo para reproches ahora. Tenemos que sobrevivir.

Sus miradas se sostuvieron, tensas, dolidas. La distancia entre ellos era mínima, pero infranqueable. Ewan bajó la vista hacia sus labios por un instante, deseando romper cada norma, cada urgencia. Pero entonces se oyó un ruido sordo, lejano, quizás una puerta o un caballo, y ambos se sobresaltaron.

—Tenemos que irnos ya —dijo ella, volviéndose hacia la puerta.

Ewan la alcanzó, le sujetó el brazo con firmeza pero sin brusquedad.

—Cuando esto termine —murmuró, con la garganta apretada—, cuando estemos a salvo... si aún quieres, prometo ser el esposo que mereces.

Alyssa lo miró con los ojos brillantes por algo más que miedo.

—Entonces procura no morir antes.

Abrió la puerta y salió sin esperar más.

Y él, tragándose el impulso de retenerla, la siguió sin mirar atrás.

Capítulo 14

Alyssa caminaba sin rumbo por el patio del castillo abrazada a sí misma. Cam había salido con Ewan para revisar los puestos de vigilancia en los lindes del bosque, así que ella estaba sola. O eso pensaba.

El sonido de unos pasos arrastrados rompió el silencio. Una figura envuelta en una capa desgastada, manchada de barro y con el dobladillo desgarrado, cruzó sin que nadie la detuviera. El castillo, aunque en alerta, no esperaba visitas inesperadas que atravesaran los caminos escondidos por los que ahora se colaban refugiados. Debió ser que ninguno de los guerreros a las puertas del castillo vieron a aquella persona como un verdadero enemigo.

La mujer se detuvo justo ante ella. Tenía el rostro pálido, los labios cuarteados y el cabello revuelto pegado a la frente por el sudor del viaje.

—¿Tú eres Alyssa MacKinnon? —preguntó con voz temblorosa debido al cansancio que acumulaba en su cuerpo.

Alyssa se tensó de inmediato, sin dejar de observarla con sospecha.

—Lo soy —respondió en voz baja—. ¿Quién eres tú?

La mujer se quitó la capucha lentamente, revelando unos ojos marcados por la fatiga.

—Me llamo Mauri. He venido desde Aberfeldy… y busco a Ewan Murray.

El apellido retumbó en los oídos de Alyssa como un eco maldito. Su rostro permaneció inexpresivo, pero en su interior algo comenzó a arder.

—¿Qué clase de asunto tienes con él?

—Un asunto —dijo la mujer, tragando saliva— que quizás te haga pensar dos veces antes de seguir acostándote con él.

Alyssa parpadeó. No porque no hubiese entendido. Sino porque no quería hacerlo.

—Habla claro.

Mauri alzó la barbilla.

—Tengo un hijo. Un niño. Se llama Caileag. Y es suyo.

El mundo pareció inclinarse por un instante. El silencio se apoderó de todo. De las paredes, de la tierra, del aire entre ambas.

Alyssa se quedó inmóvil. Sus ojos se clavaron en el rostro ajado de la mujer buscando algún rastro de mentira, alguna grieta en la verdad.

—¿Y por qué has venido ahora? —preguntó con frialdad, sin mover un solo músculo.

—Porque se escucha en toda la región que ha desafiado a su padre, y que ha cometido deslealtad a su clan, asi que, si algo le ocurre a Ewan… mi hijo crecerá sin saber quién fue su padre como lo ha hecho hasta ahora.

En ese instante, la puerta lateral se abrió. Ewan entró con el ceño fruncido, quitándose los guantes de montar.

Se detuvo en seco al verlas.

—¿Qué demonios…? —su voz se quebró al reconocerla—. ¿Mauri?

La mujer asintió.

—No vengo a pedir nada. Solo quería que supieras que le hablaré a tu hijo de ti. Y que ella también lo supiera.

Alyssa volvió lentamente la vista hacia él. Ya no había rabia en su mirada, solo incomprensión, porque Ewan no negaba nada de lo que ella decía.

—Vaya. Así que ahora somos dos las mujeres que conocieron al encantador hijo del laird Murray. Y cayeron en su trampa.

Ewan dio un paso hacia ella, pero Alyssa retrocedió.

—Alyssa, no es como piensas.

—¿Entonces acláramelo —dijo en voz baja—. ¿Hay un niño, o no?

Ewan la miró sin apartar la vista.

—Sí, estuve con ella. Fue mucho antes de conocerte. Pero nunca supe del niño. Nunca.

Mauri soltó una risa sin alegría.

—¿Y qué habrías hecho, Ewan? ¿La habrías dejado a ella por mí? ¿Habrías vuelto conmigo? Si hubieses sabido que tenías un hijo, ¿habrías regresado a mi lado?

Alyssa bajó la mirada por primera vez. No por vergüenza, sino más bien por decepción. El corazón le pesaba en el pecho como una piedra imposible de levantar situada en el fondo de un río. No dolía como una puñalada, sino como una grieta que no terminaba de romperse pero que no dejaba respirar.

Desde el fondo del pasillo, Cam apareció. Se detuvo al ver la escena, pero no dijo ni una palabra. Sus ojos, sin embargo, eran elocuentes.

Ewan volvió la mirada hacia Alyssa. Su voz era baja, estaba rota.

—Yo no elegí mi pasado, pero sí te elijo a ti. Cada maldito día. Si me juzgas por algo que no sabía… entonces no puedo hacer nada para que cambies de opinión.

—Yo solo quiero la verdad, Ewan —susurró ella, con los ojos húmedos pero sin derramar una lágrima—. No medias palabras, ni tampoco secretos. Solo eso.

Él dio un paso más, estirando la mano hacia ella. Pero Alyssa no la tomó. Dio media vuelta con la capa ondeando tras de sí y desapareció por el pasillo antes de que él pudiera detenerla.

Y Ewan, por primera vez en días, sintió que no importaban los enemigos afuera si ella no volvía a mirarlo como antes.

Los pasos de Alyssa aún no se habían desvanecido cuando Ewan volvió la vista hacia Mauri. El patio, que segundos antes hervía de tensión, ahora parecía más frío. Más triste. Mauri tenía la espalda curvada, como si el simple peso de estar allí la estuviera derrotando.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Vine caminando.

—¿Caminando?

—Así es, doce días.

— ¿Doce días? —Ewan repitió en voz baja, con incredulidad—. ¿Has estado caminando durante doce días?

Ella apenas asintió.

—Dormía en establos vacíos. Robaba pan duro cuando podía. Mi capa apesta a humo de fogatas apagadas y a desesperación. Pero he llegado.

—Mauri… —dio un paso hacia ella, inseguro.

Ella se tambaleó ligeramente, pero no aceptó su brazo cuando él la sostuvo por el codo.

—No te confundas, Ewan. No vengo a rogarte nada —dijo, aunque sus labios temblaban—. Pero sí merecías saberlo. Y él también.

—¿El niño…? —Ewan murmuró, y el tono le cambió por completo. Había algo nuevo en su mirada: una mezcla de miedo, culpa y un desconcierto absoluto—. ¿Cuántos años tiene?

—Va a cumplir cinco.

El silencio cayó entre ellos como un sudario. Ewan se frotó el rostro con ambas manos, luego se giró, caminó hasta la pared de piedra, apoyó la frente contra ella como si necesitara algo firme que no se le deshiciera en las manos.

—Nunca lo supe. Mauri… si me lo hubieras dicho...

—¿Y me habrías creído? —preguntó ella con crudeza—. Te fuiste sin mirar atrás. Te querían casar con alguien y yo... fui una distracción de invierno.

—¡No fuiste una distracción! —replicó él de inmediato—. Lo que pasó entre nosotros fue real.

—Entonces actúa como si lo fuera —espetó ella, y por fin sus piernas cedieron.

Ewan la sujetó justo a tiempo. Mauri cayó de rodillas, pero él se arrodilló con ella, envolviéndola con el brazo para sostenerla. Ella tenía el cuerpo helado, empapado de sudor y polvo. Estaba agotada.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el niño?

—Con mi hermana. En un pueblo cerca del lago Tay. No podía traerlo conmigo. Apenas podía conmigo misma.

Ewan la miró a los ojos. Aquellos ojos verdes que en otros tiempos habían significado más. Pero ya no eran jóvenes. Ya no eran libres. La guerra, el deber y la sangre lo habían cambiado todo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Dormir. Comer. Y después volver con él. Solo vine porque tenía que decírtelo. Porque él tiene derecho a saber. No me debes nada, Ewan, pero si algo te queda de hombre... mírame bien. Porque el hijo que lleva tu sangre tiene mi rostro. Y a veces, tu rabia.

Ewan tragó saliva con dificultad. No podía prometerle nada. No aún. Pero una sombra se clavó en su pecho: la de Caileag. Un niño al que nunca había visto. Un niño que ahora formaba parte de su vida.

—¿Dónde vas a quedarte?

—Eso no importa, y sé que no soy bienvenida aquí —murmuró ella con amargura.

—Lo eres ahora. Te darán una habitación y comida caliente. Te juro que no saldrás de este castillo hasta que estés fuerte otra vez. Haré que alguien te lleve con él. Con... con mi hijo —la palabra le pesó en la lengua, pero no la soltó.

Ella lo miró durante un segundo. Luego cerró los ojos y, sin más fuerzas, apoyó la cabeza sobre su hombro.

Y Ewan se quedó allí, de rodillas, con una mujer medio desmayada entre los brazos, sabiendo que el amor de su vida acababa de marcharse y que el pasado que había enterrado bajo la nieve de su juventud estaba de regreso, tan vivo como siempre. Y con ojos del mismo color.

Capítulo 15

—¡Estúpida! ¡Maldita seas, Alyssa MacKinnon, por creer en cuentos de amor! —escupió al aire mientras apretaba las riendas con fuerza con su cuerpo pegado al lomo de Brann.

El caballo galopaba con fuerza, como si también él compartiera la rabia de su jinete. El viento le azotaba el rostro, le arrancaba lágrimas que nada tenían que ver con el frío.

—¿Un hijo? ¡Un hijo! ¡Y viene la mujer a decírmelo en mi propia casa como si yo fuera una cualquiera! —bufó entre dientes, maldiciendo el momento en que le abrió el corazón a un hombre como Ewan Murray.

Las ramas le golpeaban en la cara al pasar entre los árboles, pero no le importaba. Sentía que si no se alejaba, iba a romperse. Que si volvía a verle esos ojos tristes que siempre parecían estar pidiendo perdón, no podría odiarlo como necesitaba hacerlo.

—¡Y yo aquí, escondiéndome por él! ¡Como si fuera una niña estúpida que necesita que la protejan! —gritó al cielo.

Brann relinchó, como si le respondiera, pero no redujo la marcha.

—No, no me detendré —murmuró, casi sin aire—. No volveré a llorar por un hombre.

Y fue entonces, justo cuando su rabia empezaba a desinflarse y el cansancio se colaba en sus huesos, que todo se oscureció.

—¡Eh! —una voz grave surgió entre los árboles.

Brann relinchó y se encabritó. Alyssa apenas tuvo tiempo de girarse cuando sintió una cuerda rodearle el torso y tirar de ella con fuerza. Cayó del caballo con un grito ahogado, y el mundo giró en un torbellino de tierra y ramas.

Alguien la sujetó con rudeza. Dos hombres, quizás tres. Uno de ellos le tapó la boca. Ella pataleó, mordió, arañó.

—¡No le hagas daño! —ordenó alguien más, una voz con acento de las Tierras Altas, ruda, fría.

—¿Estás seguro de que es ella? —preguntó otro.

—Tan seguro como que el laird Murray paga bien por su cabeza.

Alyssa dejó de luchar de golpe. El miedo le mordió las entrañas.

La habían encontrado.

El clan Murray no solo quería matar a Ewan. La querían a ella también.

La última imagen que alcanzó a ver fue la de Brann, corriendo libre, alejándose entre los árboles sin poder ayudarla. Luego, un trapo húmedo le cubrió la cara. Y todo se volvió negro.

Brann cabalgó hacia el castillo, llegó sofocado y entró relinchando y colocándose a dos patas al ver a gente en el patio.

—¿Por qué demonios está Brann solo? —La voz de Ewan retumbó al ver al caballo cruzar el portón del castillo empapado en sudor.

—¡Ese es el caballo de Alyssa! —gritó una doncella desde la entrada—. ¡No lleva a nadie encima!

—¡No! ¡No, no, no! —Julia McLean apareció corriendo, con el rostro pálido—. ¡No puede ser! ¡Estaba aquí hace un momento!

—¿Dónde estaba? ¿Dónde la viste? —preguntó Cam con tono urgente, sujetándola por los hombros.

—En el pasillo. Estaba sola, gruñía enfadada. La escuché murmurar algo sobre no querer ver a nadie. ¡Dios, Cam, tú dijiste que todo estaba asegurado!

—¡Lo está! Lo estaba —bramó Ewan, ya avanzando hacia el establo para revisar el estado del caballo—. Nadie debería haber podido entrar o salir sin ser visto.

—Pues se ha ido —dijo Isla, con la voz quebrada—. ¿A dónde? ¿Y por qué?

—¿Por qué crees? —Julia lo miró con rabia—. ¡Ewan, apareció esa mujer! ¡Esa mujer que dice tener un hijo tuyo! ¡¿Pensabas que Alyssa iba a quedarse sentada como si nada?!

—No sabía que saldría sola del castillo… —Ewan se pasó las manos por el cabello, desesperado—. ¡Maldita sea! ¡Brann ha vuelto solo! ¡Eso significa que algo le pasó!

—¿Y si ha sido capturada? —preguntó Isla, en un susurro—. ¿Y si el clan Murray la tiene?

—¡No! —Ewan rugió—. No. No va a ser así. ¡Voy a encontrarla!

—Si no sabes a dónde fue —Cam lo detuvo, serio—. No podemos salir a ciegas.

—¡Claro que sé a dónde fue! ¡La conozco! ¡Fue al bosque del este! ¡Es su vía de escape! ¡Es lo único que tiene sentido!

—Te acompañamos —dijo Cam sin dudar.

—¡No! —Ewan negó con fuerza—. Esto es culpa mía. *Mía*. La herí. La empujé a marcharse. Voy solo.

—No seas estúpido —interrumpió Julia—. Si los Murray están ahí fuera, no tienes oportunidad solo.

—¡Pero la matarán si no llego a tiempo! —gritó Ewan.

Un silencio sepulcral se adueñó del momento y del lugar.

Isla dio un paso hacia él, clavando los ojos en los de su yerno.

—Entonces ve. Y tráela de vuelta.

—Haré más que eso —respondió Ewan, con voz baja y peligrosa—. Mataré al bastardo que haya osado ponerle una mano encima.

Sin perder más tiempo, subió de un salto al primer caballo que encontró ensillado.

Cam corrió hasta él.

—Si no vuelves en dos días, saldré a buscarte con veinte hombres.

Ewan solo asintió. No había tiempo para agradecimientos. Ya ni siquiera para culpas.

Porque si Alyssa moría, el alma que en él se había empezado a construir… también lo haría.

Y entonces azuzó al caballo.

Y desapareció por el mismo bosque que ella.

Capítulo 16

—Cinco monedas de oro —gruñó el más bajo de los dos hombres, agitando una bolsita de cuero—. Por una dama que se supone que valía un castillo entero. Me parece una ganga, ¿no te parece, Garreth?

—Oh, una ganga, sí… si te gustan las mujeres con lengua de serpiente —bufó Garreth, echando una mirada a Alyssa, que se mantenía en pie, con los brazos atados a la espalda y la mirada cargada de fuego.

—¿Y qué harás tú con esas monedas? —escupió ella—. ¿Pagarás a alguien para que te enseñe a leer? ¿O a afeitarte ese matojo de bestia que tienes por cara?

—¡Cállate! —gritó el más bajo, acercándose con el puño en alto.

—¡Vamos, vamos! —intervino un tercer hombre, hasta ese momento en silencio. Iba vestido con una capa de buen paño rojo y portaba el broche con el símbolo del clan Murray—. No le marqués el rostro. Tu señor querrá verla completa cuando le arranque el corazón.

Alyssa giró el rostro hacia él.

—¿Y tú quién eres? ¿Otro perro con correa?

—Soy quien te lleva a tu nuevo hogar, lady MacKinnon —respondió con una sonrisa gélida—. O, mejor dicho… a tu tumba.

—Pues dile a tu amo que necesitará más que un cuchillo para hacerme callar. Que venga. Que me mire a los ojos y vea si es capaz de matar a alguien que ha sido esposa de su hijo.

El del clan Murray frunció los labios.

—Una esposa que no duró ni una semana antes de abrirse de piernas por otro —dijo acercándose a ella y acariciándole la parte interior de su pierna, Me temo que el honor no te ampara, lady. Estoy seguro de que te gustaría sentir mi enorme polla dentro.

—Aparta tu asquerosa mano de mi cuerpo —replicó Alyssa en voz alta, y continuó—. ¿Dime qué es lo que prefieres tú, que te arranque los huevos antes o después de matarte? Porque no creo que suelas usarlos de normal. Eres un simple mandado, mírate: un hombre que vende a una mujer.

Garreth escupió al suelo.

—Esta se cree que está en su torre de doncellas. Cuando llegues al castillo del laird, a ver cuánto dura ese valor que parece que tienes aquí.

—Lo suficiente para decirle que todos los que me tocaron morirán —dijo ella, enderezando la espalda—. Tú el primero.

El emisario del laird Murray se giró hacia sus hombres.

—Lleváosla. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

Alyssa fue empujada hacia el caballo. Apretó la mandíbula. No lloraría. No gritaría. No les daría ese placer. Pero mientras caminaba, sus ojos se fijaron en el bosque. Sabía que alguien vendría por ella. Lo sentía en los huesos.

Y que ardería el infierno cuando lo hiciera.

Ya habían llegado a tierras de los Murray.

—Vamos, muévete —le gruñó Garreth, tirando de la cuerda que ataba las muñecas de Alyssa.

—¿Tienes miedo de que corra? —espetó ella, girando apenas el rostro mientras caminaba hacia la imponente fortaleza de piedra gris que se alzaba como una sombra de muerte en medio del valle.

La puerta principal se abrió con un chirrido, y allí estaba él.

Alyssa se detuvo en seco.

—No puede ser… —murmuró.

El hombre que custodiaba la entrada llevaba una capa raída, la capucha caída sobre los hombros. La barba más crecida, las manos sucias de tierra… pero era él. Era Tavish, el supuesto mozo

de cuadras que durante años rondó los establos de los MacKinnon, siempre servicial, siempre callado. Un espía en casa de sus padres.

Él la reconoció al instante, pero no hizo ningún ademán.

Alyssa levantó el mentón y al pasar por su lado, escupió a sus pies con desprecio.

—Deberías haber limpiado mejor las herraduras de mi caballo. Habría pisado tu cara con gusto.

Tavish no dijo nada. Pero sonrió. Una sonrisa torcida y cruel.

—Será un placer verla morir, lady MacKinnon —murmuró, lo suficientemente bajo para que solo ella lo oyese.

—Pues guárdame asiento, rata —susurró ella, sin bajar la mirada—. Pero recuerda, si salgo de esta, tú serás el primero al que arranque los ojos.

Garreth la empujó por la espalda.

—Basta de poesía.

Cruzaron el patio de armas bajo las miradas de varios hombres armados. Algunos la miraban con curiosidad. Otros con desprecio. Uno de ellos, más joven, murmuró:

—¿Es ella? ¿La esposa de Ewan?

—La misma —respondió otro—. El laird decidirá si quiere verla arder o desangrarse.

La puerta de la gran sala se abrió. Dentro, sentado en su trono de roble tallado, el laird Murray la esperaba. Su mirada era hielo. Su barba, gris y espesa, parecía hierro forjado.

—Así que… tú eres la que ha hecho que mi hijo reniegue de sus obligaciones —dijo sin moverse—. Tienes los ojos de una MacKinnon. Insolentes. Inútiles.

Alyssa clavó los pies en el suelo.

—Y usted tiene el aire de un hombre que confunde respeto con miedo. Yo no le temo, señor Murray. Ni aunque me lo pida de rodillas.

Un murmullo se alzó entre los presentes. El laird sonrió con frialdad.

—Oh, no quiero que me temas, niña. Quiero que sufras. Que pagues. Que todos mis aliados vean que ningún Murray se humilla sin cobrar sangre por cada ofensa.

—¿Va a matarme usted mismo, entonces? —preguntó Alyssa—. ¿O mandará a uno de sus perros a hacerlo por usted?

Él se levantó.

—Todavía no he decidido si quiero verte desangrarte lentamente en la intimidad… o si prefiero clavarte una estaca en el patio principal, delante de todos los clanes que me han jurado lealtad. —Se acercó un paso—. ¿Tú qué crees que sería más memorable?

—¿Memorable? —repitió Alyssa, dando un paso al frente—. La única memoria que dejaré en este lugar es la de una mujer que no se arrodilló. Ni ante un laird, ni ante la muerte.

El laird Murray la miró en silencio. Sus ojos, oscuros no revelaban emoción.

—Atadla en el madero, más tarde decidiré su destino.

Uno de los hombres se acercó. Alyssa alzó la voz antes de que la arrastraran.

—¿Y Ewan? ¿Tendrá usted el valor de mirarlo a los ojos cuando le diga que asesinó a su esposa?

El laird se detuvo al oír el nombre.

—Mi hijo dejó de ser mío cuando me dio la espalda. Y tú… tú morirás en mis manos por haberlo amado. Que en realidad hubieses acabado muerta de igual manera, la diferencia es que si no lo hubieses hechizado habría sido él quien hubiese acabado con tu vida.

Los guerreros la arrastraron con fuerza, sujetándola de los brazos y empujándola hacia el centro del patio. Alyssa luchó contra su captura, pataleando y resistiéndose con toda su fuerza, pero los hombres que la sostenían eran demasiado fuertes. Cada vez que intentaba zafarse, uno de ellos le daba un golpe en el costado, forzándola a seguir caminando.

—¡Soltadme, malditos perros! —gritó ella, pataleando furiosa.

Pero los hombres simplemente la arrastraron más rápido, ignorando sus intentos de liberarse. El suelo de piedra del patio resonaba bajo sus pasos mientras la empujaban al centro del mismo.

El murmullo de la multitud crecía, algunos miraban con satisfacción, otros con desdén.

Alyssa fue empujada contra una estaca de madera gruesa en el centro del patio. Los guerreros, con fuerza, la ataron con cuerdas gruesas que cortaban todo movimiento de sus muñecas, dejándola sin opciones de escapar. El dolor en sus brazos fue insoportable, pero lo peor era la humillación de estar allí, rodeada de todos esos ojos que la observaban como si fuera una simple pieza de carne.

La multitud comenzó a reírse de ella, burlándose de su familia, de sus raíces.

—¿Y esos son los MacKinnon? Un par de idiotas, creyeron que podían desafiar a los Murray —dijo un hombre desde la multitud, entre carcajadas.

Alguien más gritó:

—¡Qué tontos son! ¡Tú madre debe estar tan orgullosa de ti!

Alyssa cerró los ojos por un momento, respirando con dificultad. La vergüenza era más grande que el dolor físico, pero su espíritu seguía intacto.

De pronto, un hombre de mediana edad, uno de los lairds que apoyaba a los Murray, se acercó al centro del patio, observando a Alyssa con una sonrisa cruel. Era de complexión ancha, con la barba gris y ojos que brillaban con un peligroso interés.

—Si no fuera porque vas a morir ahora mismo —dijo con voz rasposa—, me hubiese encantado arrancarte gritos de placer debajo de mi cuerpo, muchacha. Ya ves, la belleza nunca salva a las mujeres de su destino, ¿verdad?

Alyssa lo miró, su asco era evidente. Antes de que él pudiera dar un paso más hacia ella, escupió con toda su fuerza sobre su rostro.

—Ojalá te mueras, malnacido —dijo, su voz llena de desprecio.

El laird se quedó paralizado por un segundo, el escupitajo le recorría la mejilla. La humillación era palpable, pero no se dignó a limpiar su rostro. En cambio, soltó una risa baja y retorcida.

—Bien jugado, perra —respondió él, dando un paso atrás.

Pero el que estaba detrás, otro laird que vestía con un pesado manto de terciopelo y que parecía mucho más impaciente que el primero, levantó la voz.

—¡Matadla ya, maldita sea! ¿A qué esperáis? —gritó haciendo su voz resonar en todo el patio.

Este hombre era el laird Cairn, líder del clan de los MacFarlane, conocido por su crueldad y su sed de sangre. No esperaba ver más juegos ni más espectáculos; él quería que Alyssa pagara ahora mismo por la humillación de los Murray.

Los soldados que la rodeaban se prepararon, cuchillos y espadas en mano. La multitud se agitó con la expectativa de la muerte inminente de la joven MacKinnon.

El sol brillaba sobre el patio, pero Alyssa, en su corazón, ya no sentía su calor. Sólo podía pensar en que, al menos, no moriría de rodillas ante estos animales.

La cuerda sobre sus muñecas la apretaba cada vez más, pero no pensaba en rendirse. No pediría clemencia. No les daría esa satisfacción.

Capítulo 17

Un guerrero alzó la espada por encima de su cabeza, y la multitud contuvo el aliento.

—¡Que corra la sangre de los MacKinnon! —rugió el laird Cairn MacFarlane, alzando su puño hacia el cielo.

—¡No! —gritó Alyssa, girando la cabeza y apretando los ojos con fuerza.

Entonces, un estruendo sacudió el patio. Un galope feroz, como un trueno que se acercaba con rabia fuerza. Las cabezas se giraron hacia la entrada de la fortaleza, donde una figura oscura irrumpía con el viento.

—¡¿Qué demonios…?! —alcanzó a decir uno de los soldados antes de ser arrojado al suelo por el impacto brutal de un caballo desbocado.

Era Brann.

El poderoso corcel negro entró en el patio levantando una nube de polvo, relinchando con furia, sus crines se agitaban por la velocidad. No llevaba jinete. Era una bestia libre, salvaje, como si los dioses lo hubieran enviado con una sola misión: proteger a su dueña.

El caos se desató.

—¡Apartad! ¡Ese animal va a matarnos! —gritó una mujer mientras se arrojaba a un lado.

Brann se alzó sobre sus patas traseras, relinchando alto, los cascos delanteros cortaban el aire de los allí presentes. Los soldados se apartaban como podían, cayendo unos sobre otros. La multitud se desarmaba en gritos.

—¡Es el caballo de ella! ¡El maldito demonio vino por la bruja! —bramó un viejo del clan MacLaren.

Y en ese mismo instante, desde la parte trasera del patio, una figura cruzó veloz entre los guerreros. Nadie lo vio venir hasta que

fue demasiado tarde.

—¡EWAN! —exclamó Alyssa, con los ojos desorbitados.

Él corrió sin aliento, la capa ondeaba a su espalda, el rostro se le veía desencajado por la desesperación. Un cuchillo brilló en su mano, y sin decir palabra, se lanzó hacia las cuerdas que la sujetaban.

—¡Atrás! —rugió, cortando las ligaduras con un tajo certero. —¡No dejaré que mueras aquí, Alyssa! ¡Jamás!

Las sogas se deshicieron y ella cayó de rodillas jadeando. Sus muñecas sangraban, pero no importaba.

—Brann... —murmuró, apenas sin voz, y entonces silbó, fuerte y agudo, como solo ella sabía hacerlo.

El corcel giró en seco al oírla, y con un relincho gutural, trotó hasta su dueña como si el caos a su alrededor no existiera. La multitud estaba paralizada, atónita. Era como si presenciaran una aparición mística.

—¡Detenedlos, idiotas! —vociferó el laird Cairn. —¡No dejéis que escapen!

—¡Vamos! —Ewan la ayudó a levantarse, y juntos corrieron hacia Brann.

Alyssa se impulsó primero, subiéndose con agilidad al lomo del animal, todavía temblando. Extendió la mano hacia Ewan.

—¡Sube!

—¡Sujétate fuerte! —dijo él, tomándola y subió detrás con un salto, justo cuando una lanza pasó rozándole el costado al caballo.

Brann relinchó, giró en seco y echó a correr por el patio, empujando a los soldados que trataban de interceptarlo.

—¡Cierren las puertas! ¡CIERREN LAS PUERTAS! —chilló alguien desde las murallas.

Pero era tarde. Brann ya volaba hacia la salida, atravesando la fortaleza con la furia de una tormenta. El sonido de sus cascos se perdía entre los gritos de confusión.

Desde lo alto de la torre, el laird Murray salió al balcón y gritó con rabia.

—¡Ewan Murray, te maldigo! ¡Has firmado tu sentencia!

Ewan, aferrado a Alyssa, no desvió la mirada del camino.

—¡Te tengo! —le murmuró al oído. —Y no te volverán a tocar mientras viva.

Alyssa apretó los dientes, sintiendo el viento azotar su rostro.

—Entonces cabalga, Ewan. Porque nos querrán muertos antes de que caiga la noche.

Capítulo 18

El aire dentro de la sala del castillo de los Murray era denso, pesado por la furia que allí sentían todos. Los líderes de los clanes aliados estaban reunidos alrededor de la gran mesa de madera, sus rostros endurecidos por la ira. Las luces de las antorchas parpadeaban, proyectando sombras alargadas sobre las paredes de piedra, mientras los murmullos se convertían en gritos disonantes que rebotaban por las estancias.

—¡Nos hemos humillado ante ellos! —rugió el laird Cairn MacFarlane, golpeando el borde de la mesa con su puño. El sonido de la madera retumbó en los oídos de todos. —¡Un Murray, un traidor, huido con esa… mujer! No lo podemos permitir. ¡Debemos hacerles pagar por la vergüenza que nos han hecho sufrir!

Un hombre alto, con el rostro cubierto de cicatrices, y ojos fríos como el hielo, se inclinó hacia adelante, su barbilla puntiaguda sobresalía como la de un animal salvaje. Se llamaba Roderick, y era el laird del Clan Blackwood, y su fama como cazador de hombres era temida por todos.

—¿De verdad creéis que tenemos que buscarlo? —dijo Roderick, haciendo sonar su voz profunda y grave como un retumbo lejano. Los demás lo miraron, expectantes. —¿Realmente creéis que un Murray traidor, ya tan despreciado por su propio clan, puede escapar con vida por mucho tiempo?

Los ojos de Cairn brillaron con maldad.

—¡Eso mismo hemos dicho! ¡Lo que nos ofende es la traición! No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras ellos se burlan de nosotros. ¡Hay que hacer que paguen por sus vidas!

Pero antes de que alguien pudiera contestar, una figura en la sombra de la sala se alzó. Todos los ojos se volvieron hacia él. Un hombre de rostro joven, con una mirada acerada, pero suave, de una belleza peligrosa. Era alto, con cabellera oscura y un aire

tranquilo que hacía que sus palabras parecieran más letales de lo que ya eran. Con una sonrisa sutil en los labios, avanzó hasta colocarse en el centro de la mesa.

Era Malcolm Sinclair, uno de los aliados más cercanos de los Murray, pero cuyo nombre resonaba con un matiz sombrío. Nadie dudaba de su eficacia ni de su lealtad… porque para él, el servicio a los Murray no era solo una obligación: era una cuestión de placer.

—No debéis preocuparos tanto —dijo con voz suave, cargada de una seguridad más que peligrosa. La mesa calló al instante, todos los clanes se quedaron en silencio. —No es necesario gastar más tiempo ni lenguas en inútiles discusiones. El trabajo ya está hecho.

Sus palabras cayeron como un peso sobre los demás. Cairn lo miró con desconfianza.

—¿Qué estás diciendo, Sinclair? —preguntó, arrugando el entrecejo, aunque en su voz había una mezcla de incredulidad y curiosidad.

Malcolm sonrió con una lentitud inquietante, como si se divirtiera con la ignorancia ajena. Hizo un gesto, casi despreciativo, hacia los demás presentes, como si los viera desde una distancia que lo hacía sentir superior.

—Lo que estoy diciendo es que no es necesario discutir, ni poner a todos a correr por los montes buscando a Ewan y a su… amante o mujer, como queráis llamarla —dijo, con esa palabra impregnada de desdén. Su mirada se posó en la mesa, como si ya estuviera contemplando su victoria. —Ya me encargué de que todo saliera como esperábamos.

Alzó una mano y dejó que el silencio llenara la habitación mientras los otros se intercambiaban miradas incrédulas. El laird Cairn no podía ocultar la desconfianza que recorría su rostro, pero la mirada de Malcolm era tan firme que comenzó a sentirse incómodo, como si en realidad no tuviera alternativa más que escucharle.

Malcolm continuó, sin cambiar de tono.

—Si no me equivoco, en cuestión de días, tendremos a los dos muertos. No hay nada que temer. Yo ya los tengo.

Hubo un leve movimiento en la sala. Algunos clanes intercambiaron miradas rápidas, pero nadie se atrevió a hablar. El

rostro de Cairn pasó de la duda a la ira. La incertidumbre desapareció al instante, reemplazada por una seguridad creciente.

Roderick, el cazador, alzó una ceja, y su voz, aún profunda, parecía más una advertencia.

—¿De qué manera? —preguntó, y su mirada feroz se clavó en Malcolm.

Malcolm inclinó la cabeza con suficiencia, y mostró su mirada enigmática.

—No importa cómo —respondió, casi divertido. —Solo sé que la justicia se hará. Los veremos muertos. Y todos sabremos que un Murray no traiciona a su gente. Y que los enemigos pagarán, como debe ser.

Algunos murmuraron, y en la sala volvió la calma, aunque cargada de una tensión palpable. Los clanes, aún con recelos, comenzaron a asentir lentamente. La seguridad en la voz de Malcolm les dio una falsa sensación de que todo estaba bajo control. Como si el destino de Ewan y Alyssa ya estuviera sellado, sin posibilidad de escape ni esperanza para ellos.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Cairn, ahora más tranquilo, pero con una chispa de incredulidad en sus ojos.

—Lo estoy —respondió Malcolm, sin vacilar, con su rostro impasible, como si todo estuviera ya decidido.

El laird MacFarlane asintió lentamente, aunque sus ojos todavía ardían con una mezcla de miedo e impaciencia. Los demás presentes se miraron entre sí, intercambiando palabras de poco interés. Nadie se atrevió a contradecir al hombre que siempre había sabido cómo manipular a su favor.

Y en el aire de la sala ardía una sensación de tensión, como si las piezas del destino estuvieran a punto de encajar en el lugar perfecto.

Capítulo 19

—¡Ahí vienen dos jinetes! ¡Es Alyssa! —gritó una de las criadas desde la torre de vigilancia.

La puerta del castillo MacKinnon se abrió antes siquiera de que Brann redujera la marcha. La bestia galopaba con un impulso final, agitado, llevando a Ewan y a Alyssa en su lomo. Nada más detenerse en el patio, la familia corrió a su encuentro.

—¡Alyssa! —la voz de Isla se quebró al salir de su garganta mientras descendía las escaleras, con la falda alzándose entre las manos—. ¡Dios mío, hija!

Cam fue más rápido aún. Rodeó a Ewan sin ni siquiera mirarlo y ayudó a Alyssa a bajar del caballo, tomándola con ambos brazos como si temiera que al soltarla fuera a desaparecer.

—Papá —murmuró ella, con la voz gastada, la piel salpicada de tierra seca y los labios agrietados—. Estoy bien.

Pero no lo estaba. Y todos lo sabían.

Isla la envolvió en un abrazo largo y silencioso, la apretó contra su pecho, sin palabras, solo respirando su existencia.

—¿Qué te han hecho? —preguntó Cam, acariciando su mejilla con una mano temblorosa—. ¿Quién fue tan miserable?

Caelan apareció al fondo del patio con el rostro más pálido de lo habitual. No habló, pero sus ojos la recorrieron de arriba abajo con un estremecimiento en su cuerpo. Su tía rompió en llanto apenas la tocó, y las cocineras del castillo se agolparon a su alrededor como si temieran perderla de nuevo.

—Estoy aquí —susurró Alyssa, devolviendo cada abrazo como si le costara recordarlos—. Estoy aquí…

El momento fue largo, y sin embargo, cuando Ewan le tocó el hombro, el hechizo se rompió.

—Alyssa… tenemos que hablar —dijo, con voz grave.

Ella se giró lentamente, aún con la ropa rota, el rostro manchado y el fuego sin resolver ardiéndole en los ojos.

—No quiero oírte —respondió, secamente.

—Es importante —insistió él.

—No hay nada que me importe menos ahora mismo —murmuró, girándose para marcharse, pero él fue más rápido. Le sujetó el brazo con firmeza, aunque sin brusquedad, y la hizo girar hacia él.

—Es sobre Mauri —dijo, despacio.

Alyssa entrecerró los ojos mostrando su furia inmediata, y sintiendo un zumbido de enfado repiqueteándole en las sienes.

—¿Qué has dicho?

—Está en el castillo —confesó él. Su voz no subía del tono sereno, pero a la vez grave, doloroso. No se excusaba—. Ya sabes que vino, y también la viste y pudiste comprobar por ti misma que está débil. Muy débil.

Ella se apartó un paso, decidida a alejarse, pero Ewan no la dejó. Sin agresividad, con esa calma que siempre la desquiciaba consiguió atraerla hacia él con lentitud, sujetándola por la cintura. Su pecho se apretó contra el de ella, y aunque Alyssa resistió al principio, su cuerpo traicionó a su mente.

Su aliento se agitó. El calor que él despedía la atravesó como una oleada, y sintió ese vértigo familiar que solo le provocaba Ewan cuando la miraba tan de cerca.

—Suéltame —dijo ella, pero su voz temblaba.

—No —respondió él, bajando la voz hasta que fue un susurro cálido cerca de su oído—. No ahora. No así.

Ella tragó saliva, su corazón retumbaba a cada golpe dentro de su cuerpo, y se vio obligada a cerrar los ojos con fuerza.

—No puedes pedirme que entienda esto… —murmuró.

—No te estoy pidiendo comprensión, Alyssa —le susurró Ewan—. Solo te cuento la verdad. Solo quiero que me escuches un momento para decirte que, incluso con el mundo ardiendo… seguiría eligiéndote a ti. Siempre.

La tensión en sus músculos cedió un poco. Solo un poco.

—Me mentiste. Me ocultaste…

—Nunca te mentí, no lo hice. Yo no sabía de ese niño. Y créeme cuando te digo que no siento nada por Mauri.

Ella lo miró. De cerca. Muy cerca. Sus labios apenas estaban separados, la rabia luchaba con el temblor en su pecho.

—¿Y ahora qué, Ewan?

—Ahora… —dijo él, bajando aún más el tono— ahora me dejarás abrazarte un momento más antes de que vuelvas a decidir si vas a odiarme… o a quedarte a mi lado.

Y mientras su frente se apoyaba en la de ella, y el silencio envolvía los dos corazones latiendo como un tambor de guerra, Alyssa no respondió con palabras.

Solo cerró los ojos.

Y no se apartó.

Después caminó por uno de los pasillos laterales del castillo, sin rumbo claro. Pero no llegó muy lejos.

Ewan la seguía en silencio, sin atreverse a hablar por el momento hasta que ella le diera una señal de que quería hacerlo.

—¿Qué haces? —preguntó ella, al sentirlo tras de sí.

—Venía a buscarte —respondió él, sin moverse.

Alyssa giró sobre sus talones. Los ojos los tenía oscuros, todavía crispados, lo buscaron con dureza.

—¿Dónde está?

—En una de las estancias del ala norte. Está descansando.

—¿Y el niño?

—No ha venido. Está con su hermana, según dijo.

Alyssa cruzó los brazos sobre el pecho, respirando hondo. Su barbilla se tensó, como si luchara con algo más grande que la rabia.

—¿Me mentiste?

—No —respondió él al instante, con esa voz grave que parecía amortiguar las paredes de piedra—. Te juro que no sabía nada. No supe de ese niño… no hasta que ella se presentó aquí. Si lo hubiera sabido, Alyssa… ¿crees que me habría marchado contigo sin contártelo? ¿Qué clase de hombre sería si ignorase a un hijo?

Ella bajó la mirada, pero no habló. Ewan dio un paso hacia ella. Y luego otro. Se detuvo muy cerca.

—Te lo juro que no te mentí. Nunca lo habría hecho. Mauri fue alguien de mi pasado, sí. Pero tú… —alzó una mano y le apartó un mechón enredado de la frente, dejándolo caer con dulzura detrás de su oreja— tú eres mi presente, Alyssa.

—¿Y qué quiere ella? —susurró Alyssa, con un leve temblor en la voz.

—Quería descansar y alimentarse. Quería que la escuchase. Y lo hice, porque tenía que saber la verdad. Pero eso no cambia lo que siento por ti.

Alyssa alzó la mirada al fin. Sus ojos estaban cargados de fuego. Pero algo se quebraba poco a poco en ellos. Una rendija de vulnerabilidad, de necesidad de querer entenderle.

—¿De verdad no sientes nada por ella?

Ewan negó despacio. Se atrevió a tocarle la mejilla con los nudillos, suave, con ternura.

—Nada —susurró—. Todo lo que siento, lo siento cuando te miro a ti.

Ella quiso sostener su resistencia un poco más. Pero su rostro empezó a ceder, la furia desapareció como una capa innecesaria. Su pecho se agitó. Sus labios se entreabrieron. Y los ojos se le humedecieron, sin llegar a llorar.

Ewan la sujetó con ambas manos por la cintura, acercándola a él como si tuviera miedo de que la duda la hiciera huir otra vez.

—Si aún tienes dudas, dímelo. Pero no te vayas sin saberlo —murmuró, muy cerca—. Porque yo… estoy perdido sin ti, Alyssa.

Ella lo miró. Solo un instante.

Y con eso bastó para que todas las palabras se deshicieran.

Y entonces, como si el mundo se replegara a su alrededor, sus bocas se encontraron.

Fue un beso sin premura. Un beso lento, lleno de lo que no se habían dicho en todo ese tiempo. Ella se aferró a su túnica con los dedos, él le enredó la mano en la nuca, presionando con suavidad, protegiéndola. Fue rendición. Fue certeza.

Cuando se separaron, solo por un segundo, Ewan sonrió por primera vez en días.

—Me gustaría que no volvieras a huir de mí —susurró, rozándole la frente con la suya.

—Depende —respondió ella, con una sombra de sonrisa cansada—. ¿Qué vas a hacer con Mauri?

—Con ella no tengo intención de hacer nada, solo que coja fuerzas para que pueda regresar de nuevo a su lugar, yo solo tengo obligación con mi hijo, y pienso protegerlo… si de verdad lo es. Pero a ti… a ti pienso amarte. Aunque no me lo pongas fácil.

Alyssa soltó un leve suspiro. Y se quedó allí, en sus brazos, sin decir nada más.

Capítulo 20

El viento seguía soplando fuerte en las colinas del norte, pero dentro del castillo McKinnon todo transcurría con una calma inesperada. Cinco días habían pasado desde el retorno de Alyssa y el rescate arriesgado del castillo de los Murray, y aunque el recuerdo del peligro aún palpitaba en algunos rincones, lo cierto era que el mundo parecía haber decidido seguir girando.

Ni un solo emisario había llegado desde las tierras del laird Murray. Ninguna amenaza, ninguna exigencia, ni siquiera una carta. Cam lo había dicho alto y claro dos noches atrás, con un vaso de *whisky* en la mano:

—Tal vez por una vez comprendieron que la sangre no los llevará a ninguna parte.

Los clanes aliados, que podrían haber respondido con furia al ultraje de la fuga, parecían haberse retirado a sus asuntos. Las chimeneas humeaban en las granjas cercanas. El ganado pastaba en paz. Los centinelas del castillo apenas reportaban movimiento más allá del río…

Dentro de los muros, el ritmo diario había vuelto a instalarse: las cocineras horneaban, los soldados entrenaban en el patio, y las mujeres del castillo cosían y reían mientras caía la tarde.

Por otro lado la presencia de Mauri en el castillo ya no provocaba tensión: con su actitud tranquila, sus palabras suaves y su dedicación a la recuperación se había ganado la simpatía de casi todos.

Parecía que, por fin, los McKinnon podían respirar.

Pero las tormentas más peligrosas, a veces, se forman en silencio.

—¿Dónde quieres sentarte esta noche, Mauri? —preguntó Alyssa, al ver que la mesa comenzaba a llenarse y el olor del cordero asado se mezclaba con el pan recién horneado.

—Oh, aquí está bien, junto a ti —respondió la mujer con una sonrisa cálida, acomodando sus faldas con gracia, sin dejar que su cansancio de los días anteriores empañara su gesto amable.

Ewan se sentó al otro lado de Alyssa, lanzándole una mirada fugaz a Mauri, y luego a su esposa. La joven le devolvió una sonrisa tenue y educada. Todo parecía estar en paz.

—¿Y el niño? —preguntó Isla, la madre de Alyssa, con su eterna curiosidad—. ¿Tiene tus ojos?

—Muchos dicen que no, de hecho quien conoce al padre aseguran que son los de Ewan —respondió Mauri con naturalidad—. Tan verdes y oscuros que parecen pozos profundos repletos de esmeralda. Tiene su ceño también. Cuando algo no le gusta, frunce las cejas igual. Pero ríe como yo.

La mesa se llenó de murmullos cálidos. Todos comían. Se oía el chisporroteo del fuego y el sonido metálico de los cubiertos. Cam, sentado a la cabecera, servía vino con su propia mano, más relajado que de costumbre.

—No debiste hacer todo ese camino sola —comentó Isla, con el ceño fruncido y una copa en la mano—. Te has ganado un lugar aquí mientras lo necesites, y lo sabes.

—No quiero molestar —replicó Mauri con humildad—. Solo necesitaba asegurarme de que Ewan supiera la verdad. Me marcharé pronto.

Alyssa ladeó un poco la cabeza, notando cómo la mujer había sabido encajar tan bien entre todos. Había hablado con la cocinera esa mañana, ayudado a Cecilia con unos bordados, incluso había recogido flores para la capilla.

—¿No tomarás más vino? —le preguntó Ewan, levantando la jarra hacia ella.

—Oh, solo una copa más —respondió Mauri con dulzura—. Esta vez, para brindar por la hospitalidad de vuestra familia.

Todos alzaron sus copas. El vino brilló bajo la luz de las velas. Ewan rodeó los hombros de Alyssa con un brazo en un gesto casi

inconsciente. Ella lo dejó estar e incluso se alegró de que lo hiciese.. Sonrió al ver a su madre relajada. A su tía y a Caelan riendo. A Cam bromeando con su madre.

Mauri, sin embargo, mantuvo la copa alzada un segundo más que el resto. Luego, bajó la mirada y apretó el puño debajo de la mesa.

—A veces... —empezó a decir—. El amor no es suficiente.

Todos se giraron hacia ella. Nadie supo qué decir.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alyssa, sin malicia, solo con curiosidad. La justa para lograr comprenderla.

Mauri alzó los ojos, muy despacio. Por un segundo, no parecía la mujer amable de los últimos días, sino alguien que había contenido su personalidad y que por fin la sacaba a la luz, alguien que había hecho un esfuerzo titánico por parecer inofensiva cuando no lo era.

—A que hay heridas que ni el amor puede curar.

Ewan frunció el ceño.

—¿Estás bien?

Mauri se puso de pie con un movimiento suave, como si fuera a despedirse. Y entonces, con un movimiento rápido, sacó un cuchillo escondido bajo su falda. Nadie lo vio venir.

El grito de Isla se ahogó en un aliento.

Pero Ewan se movió más rápido.

La sujetó por la muñeca antes de que pudiera acercarse más. La copa de vino cayó al suelo, al ser golpeada con el cuerpo de él rompiéndose en mil pedazos. Mauri forcejeó, soltando un gemido de rabia pura.

—¡Ewan! ¡Suéltame!

—¿Qué demonios estás haciendo? —rugió él, empujándola contra la mesa. El cuchillo cayó al suelo con un golpe seco.

Alyssa retrocedió, sin gritar, con el corazón retumbándole en el pecho. Vio los ojos de Mauri. Ya no había dulzura. Solo un odio frío. Enorme.

—¿Creíste que podrías quedarte con él tan fácilmente? —escupió la mujer mirándola—. ¡Yo lo amé primero! ¡Él me habría elegido si no fuera por ti!

Dos hombres la sujetaron mientras se debatía.

Ewan la miró con rabia. Su respiración seguía agitada. Sus manos temblaban.

—Te protegimos. Te dimos comida. Un lugar.

—¡Quería que me mirases como la miras a ella! —gritó Mauri.

El silencio fue brutal.

Hasta que Ewan, con los labios apretados y los ojos vidriosos, tomó la daga caída y la sostuvo con firmeza. Avanzó, lento.

—No pienso permitir que amenaces a mi esposa ni un día más.

—Pues tendrás que matarme ahora que puedes, porque juro por la vida de mi hijo que intentaré matarla cada día de su vida.

Mauri lo miró. No gritó. Sonrió, como si ya lo supiera.

El golpe fue limpio. Silencioso.

—¡¿Qué has hecho?! —gritó Alyssa, sin dar crédito a lo que acababa de presenciar.

Mauri yacía en el suelo de piedra, con el rostro bañado en sangre y los ojos sin vida. Ewan aún tenía el puñal aferrado entre los dedos temblorosos, aquel que, de no ser por la rápida intervención de Ewan, ahora estaría clavado en su cuello.

—Iba a matarte, y la conozco bien, si lo ha dicho lo haría —dijo él, sin alzar la voz, jadeando. Su respiración estaba entrecortada por la tensión—. Iba a hacerlo y jamás nos dejaría vivir tranquilos.

Alyssa dio un paso hacia él, mirando el cuerpo tendido de la mujer, con la mente hecha un torbellino.

—¿Y el niño?

Ewan negó con un leve movimiento de cabeza.

—No sabemos si hay niño, Alyssa. Quizá todo fue parte del plan. Quizá se lo ha inventado todo y ha sido una farsa.

El silencio que se instaló fue denso como la niebla en las montañas de aquellas tierras. Pero solo duró un instante.

Un cuerno resonó en el exterior del castillo. Largo. Profundo. Como un rugido lejano que se aproximaba a gran velocidad.

Cam, que tenía guerreros, y vigías por todos los lugares de sus tierras, se volvió hacia la puerta como si hubiera estado

esperando justo ese sonido.

—Pues parece que querían que pensásemos justo lo que habíamos pensado, que se habían olvidado de nosotros, pero ya vemos que no, que han llegado para cobrarse su venganza —dijo en voz baja a su esposa.

Caelan apareció por el pasillo opuesto con su espada en la mano.

—¿Los Murray?

Cam frunció el ceño.

—Peor Parece que vienen acompañados por algún que otro clan amigo. Trae hombres con él. Muchos.

Entonces se escuchó el estruendo de cascos, el crujido de los maderos de la puerta, los gritos guturales de órdenes al otro lado del muro. Se oyó el golpe seco del portón principal cerrándose desde dentro.

Julia bajó corriendo las escaleras, ya vestida para el combate, con el arco en la espalda.

—¿Qué pasa? ¿Quién se atreve a venir a nuestro castillo?

Cam la miró con orgullo. Luego se volvió hacia sus hombres, que ya se agolpaban en la gran sala, armados hasta los dientes.

—¡Nadie se atreverá a poner un pie en estas tierras sin encontrarse con el acero de un MacKinnon!

Y alzando la voz con una fuerza que parecía nacer de las piedras mismas del castillo, gritó:

—¡Cha till Mac Fhionghain air ais!

¡Los MacKinnon no retroceden!

El grito se replicó por todo el castillo. Retumbó en las paredes, en los suelos, en los pechos de los hombres que aguardaban. Y de pronto, como un enjambre contenido, las puertas laterales del patio se abrieron, y decenas de guerreros salieron a la intemperie, espada en mano, escudo al brazo, con el rostro endurecido por el valor.

Fuera, la tormenta había comenzado.

Un grupo de jinetes avanzaba hacia la entrada con arrogancia. Uno de ellos, de barba rojiza y ojos crueles, levantó la voz.

—¡Entregadnos a Ewan Murray y a su perra o arrasaremos con todos vosotros!

Cam avanzó sin miedo, acompañado por Caelan, Julia y Ewan. Detrás, Alyssa ya no era una dama frágil, sino la heredera del clan, con la cabeza alta y los ojos llameantes por la rabia.

—Hay muchas maneras de entrar en estas tierras, pero solo hay una de salir —gruñó Cam.

Y, alzando su espada al cielo, lanzó el grito que encendería el combate:

—Air son ar dachaigh! Air son ar teaghlaich!
¡Por nuestro hogar! ¡Por nuestra familia!

Y entonces el infierno se desató.

Los hombres MacKinnon se lanzaron al ataque como una ola de acero. El estrépito de los escudos chocaron acompañando los gritos de guerra, y los relinchos de los caballos. Todo se mezcló en una sinfonía brutal de lucha por la vida y el honor.

Y en medio de todo ello, estaban Alyssa y Ewan, codo con codo, defendiendo no solo su futuro, sino el legado de su amor.

—¿¡Qué demonios es ese ruido!? —exclamó Cam, irguiéndose de golpe desde el extremo de la mesa, donde minutos antes reinaba una paz engañosa.

Caelan ya tenía la espada desenvainada.

—Jinetes —dijo, acercándose a la ventana estrecha de piedra—. Vienen directo hacia el castillo…

—Vaya parece que se les suman más guerreros. ¿Sabes quiénes son? —preguntó Ewan, aunque ya tenía la mano en la empuñadura de su espada.

Caelan entrecerró los ojos.

—Los que me temía que no tardarían mucho en llegar. Son los Murray.

Alyssa sintió cómo el aire se le atascaba en el pecho.

Cam no tardó en reaccionar. Golpeó la mesa con fuerza.

—¡A las murallas! ¡Ya!

En segundos, el castillo despertó con furia. Las puertas internas se abrieron, y más soldados emergieron como hormigas

armadas, el sonido del acero desenvainado llenó el ambiente con un zumbido amenazante.

Los cascos de los caballos enemigos golpeaban el suelo mojado con ritmo de condena. El barro saltaba bajo los pies de las bestias. A la cabeza cabalgaba un hombre corpulento, de barba rojiza, ojos claros y una sonrisa de desprecio en los labios: Gregor MacNiven. A su lado, un joven Murray que apenas ocultaba su odio tras una máscara de falsa nobleza.

—¡MacKinnon! —rugió Gregor—. ¡Salid y entregadnos al bastardo traidor y a su puta, y os dejaremos con vida!

Desde las almenas, la respuesta fue una sola, potente y escalofriante:

—¡Alba gu bràth! —gritaron los guerreros del clan MacKinnon alzando las espadas al cielo.

Y entonces, sin más ceremonia, la batalla estalló.

Las flechas volaron desde las almenas y segaron vidas en segundos. Los guerreros enemigos se dispersaron al embate del acero. El barro se tiñó de rojo.

—¡Abrid las puertas! —ordenó Cam, espada en mano.

—¡¿Estás loco?! —preguntó Julia, corriendo junto a él.

—No. Estoy harto de esperar.

La puerta del castillo se abrió de golpe, y los MacKinnon salieron como una tempestad, bramando su furia al cielo, empujando con acero, escudos y coraje.

Caelan iba al frente con su armadura de cuero oscuro, hacha en mano. Cam rugía con cada golpe, y la tierra temblaba bajo sus pies. Isla desde las almenas ordenaba cada movimiento, con la mirada aguda y voz de mando.

Ewan no buscaba otra cosa que al Murray más joven, que ahora retrocedía al ver que el asalto no era tan sencillo como esperaban.

—¿No venías a matarme? —le gritó Ewan mientras se abría paso entre hombres que intentaban detenerlo—. Pues aquí me tienes.

Alyssa observaba desde los escalones que daban al patio. Iba armada. Y no pensaba quedarse atrás.

—¿Dónde crees que vas? —le dijo una voz tras ella.

—A defender lo que es mío —respondió ella sin volverse.

Y descendió con firmeza con su falda manchada de tierra y la mirada más que decidida.

La lluvia caía con fuerza ahora. Los gritos cubrían el aire.

Una guerra breve, pero feroz.

Una embestida contra un clan que no había olvidado cómo luchar.

Un castillo que no dormía ante la amenaza.

Una voz sonó en el fragor:

—¡Atrás! ¡Atrás todos! ¡Ese es Ewan MacKinnon! ¡Lo quiero vivo!

Pero nadie obedecía.

Porque en el castillo de los MacKinnon, cuando se combate, no se retrocede.

El patio del castillo ardía en furia. El grito de guerra de los MacKinnon seguía retumbando por los muros como un eco entre montañas.

—¡Alba gu bràth!

—¡Alba gu bràth!

Ewan giró entre dos enemigos, desvió una espada, enterró su hoja en un pecho enemigo sin mirar siquiera. Su única misión era terminar con todos.

—¡MacKinnon! —lo oyó gritar a unos metros. Su espada chorreaba sangre, sus ojos lo buscaban a él.

Se encontraron en el centro del patio. A su alrededor, el mundo se difuminó. La batalla pareció alejarse por un instante, quedando solo el odio entre ambos.

—¡Has manchado el honor de mi clan, traidor!

—¿Y tú crees que puedes restaurarlo matando inocentes? —le espetó Ewan con los dientes apretados.

El Murray se lanzó. Ewan detuvo el golpe. El choque de sus hojas generó una vibración brutal, como si los clanes enteros se enfrentaran a través de ellos.

Cada golpe era una declaración de desprecio. Cada estocada, un reproche por los muertos, por las traiciones, por la mujer que había muerto años atrás.

—¡Tú! ¡Nunca fuiste digno de este apellido, mereces llevar el de tu esposa! —gritó el joven Murray, jadeando.

Ewan se separó con un giro, y justo cuando se disponía a rematarlo… una nueva figura apareció entre la lluvia.

Un hombre alto, de cabellos grises y gesto marcado por los años. Su armadura era negra como la noche, su espada colgaba todavía sin desenfundar. Los hombres se apartaron a su paso.

Ewan se quedó congelado.

—Padre…

El silencio cayó de golpe. Todos los que rodeaban el combate contuvieron la respiración.

—Hijo —respondió el hombre, mirándolo sin pestañear.

Ewan tragó saliva. El joven Murray, detrás de su padre, lo miraba con sonrisa satisfecha.

—Así que viniste… para terminar tú lo que él no pudo —le dijo Ewan.

El laird Murray alzó una mano.

—Ewan, no me obligues a esto.

—Ya me obligaste tú cuando me mandaste a matarla —rugió Ewan, señalando hacia donde Alyssa se defendía con un cuchillo, rodeada por dos hombres.

El padre apretó los labios. Su mirada voló hacia Alyssa, y allí lo entendió.

El joven Murray, creyendo tener permiso, dio un paso hacia ella, con la espada alzada.

—¡No! —gritó el padre, pero fue demasiado tarde.

Ewan no pensó. Corrió. Se lanzó como un rayo y se interpuso entre el joven y Alyssa. El choque fue brutal. Ambos rodaron por el suelo, y Ewan fue el primero en ponerse en pie.

El joven Murray no lo logró. Cayó de rodillas, con el pecho abierto de lado a lado.

El laird Murray contuvo el aliento.

—Mi sobrino, tu primo…

Ewan se giró, con sangre en el rostro, y levantó la espada.

—No lo obligué yo —dijo con dolor—. Él eligió la muerte.

El laird se acercó lentamente. Parecía más un anciano cansado que un guerrero. Se arrodilló junto al cuerpo.

—Era todo lo que me quedaba.

Ewan bajó su arma. Hubo un segundo eterno de incertidumbre.

Y entonces, el viejo alzó la cabeza, lo miró… y lloró.

—No puedo seguir esta guerra. No puedo perder más.

—Entonces vete —dijo Cam, apareciendo tras Ewan—. Y no vuelvas jamás a levantar un dedo contra mi familia.

El laird Murray se incorporó. No miró a nadie más. Caminó despacio entre los cuerpos, entre los suyos y los ajenos, con la mirada perdida y la derrota en la espalda.

El resto de los enemigos retrocedieron, confundidos, sin líder, sin alma.

Y en el centro del patio, bajo la lluvia, Ewan tomó la mano de Alyssa.

—¿Estás bien? —Ella asintió, aun jadeando, con el rostro sucio y los ojos húmedos.

—¿Y tú?

—Ahora sí.

Cam MacKinnon, aún con la espada en mano, miró a su yerno con orgullo y respeto. Su esposa Isla se acercó a Ewan sin decir palabra y lo abrazó como si perteneciese a su clan desde siempre. Julia y Caelan se sumaron, y uno a uno, los miembros del clan envolvieron a Ewan en un círculo de aceptación que no necesitaba palabras.

—Ahora eres uno de los nuestros —dijo Cam, colocando su mano sobre el hombro del joven—. No porque te casaste con mi hija… sino porque la salvaste.

Ewan no pudo responder. Solo asintió con los ojos húmedos, mientras Alyssa, a su lado, lo miraba con una sonrisa leve, orgullosa, y por primera vez sin el menor rastro de duda en el corazón.

Pero entonces, algo se movió entre los cuerpos amontonados.

Un leve crujir de cuero. El roce de una bota arrastrándose.

Un guerrero de los Murray, que todos creían muerto, se alzó con dificultad. La sangre le chorreaba por el brazo, pero su mirada era la de un hombre consumido por el odio. Sus ojos iban directos hacia Ewan.

En silencio, comenzó a avanzar con una daga entre los dedos, como una víbora herida decidida a clavar su último diente.

Nadie lo vio. Nadie, excepto Alyssa.

Sus reflejos fueron más rápidos que el pensamiento.

A sus pies, junto al arco que ella misma había dejado caer durante el combate, descansaba una flecha. Se agachó sin pensar, tensó la cuerda con fuerza. Su respiración fue firme, sus ojos estaban fijos en su blanco.

—¡Ewan! —gritó justo en el momento en que soltaba la cuerda.

Zzsshhhhhhh

La flecha voló recta, silbando en el aire como una promesa de justicia.

Se clavó con precisión en el pecho del atacante, justo antes de que alcanzara a Ewan. El cuerpo del guerrero cayó con un golpe seco al suelo, inerte. Su daga se deslizó de su mano hasta detenerse a centímetros de los pies de Ewan.

Todo ocurrió en menos de tres segundos.

Ewan se giró, atónito, hacia su esposa. La vio con el arco todavía entre los dedos, los labios entreabiertos por la adrenalina, las mejillas encendidas y el pecho agitado por la tensión.

—Tú… —murmuró.

Alyssa alzó una ceja, bajó el arco y se encogió de hombros con una media sonrisa.

—¿Qué? Pensé que era mi turno de salvarte.

Las risas no se hicieron esperar. Isla se llevó una mano al pecho, Cam negó con la cabeza con orgullo, y Julia soltó una carcajada limpia.

Ewan caminó hasta ella, la atrajo contra sí y le rozó la frente con los labios.

—Me has salvado tantas veces que voy a tener que buscar cómo pagarte la deuda.

—No me debes nada —susurró Alyssa, con ternura—. Solo quédate conmigo. Eso es suficiente.

Y mientras el sol comenzaba a asomar entre las nubes tras la tormenta, los MacKinnon celebraban, por fin, la paz que tanto les había costado conquistar.

Capítulo 21

El sol comenzaba ya había dejado atrás el cielo gris sobre el castillo MacKinnon, iluminando poco a poco el patio donde un ejército de manos incansables trabajaba para devolver la vida a las piedras maltrechas por la batalla. El aire estaba cargado con el olor a humo, tierra removida y el estrépito constante de martillos sobre madera y piedra.

Cam MacKinnon, con la camisa arremangada hasta los codos y el ceño fruncido, supervisaba el movimiento con ojos agudos, pero no podía evitar sonreír con cierta satisfacción al ver cómo el clan respondía a la adversidad con fuerza y unión. Julia, a su lado, repartía instrucciones y ayudaba a organizar las provisiones para los heridos, mientras Caelan coordinaba a los jóvenes aprendices.

Al otro lado del patio, Alyssa se movía con una energía diferente, una mezcla de valor y esperanza que parecía iluminar su rostro. Habían pasado apenas un par de días desde la tormenta de violencia, pero su mente ya estaba puesta en el siguiente paso: encontrar a los hermanos de Ewan, aquellos pequeños que tanto le habían conmovido.

—No puedo esperar más, —dijo Alyssa con firmeza cuando se acercó a sus padres y a su tía Julia —. Estos niños han estado ocultos demasiado tiempo. Merecen volver a casa, a salvo, con su familia.

Cam asintió, reconociendo esa chispa en ella. —Lo sé, Alyssa. Y será una misión delicada, pero no estás sola en esto. Caelan y yo iremos con vosotros si lo necesitáis.

Julia se acercó y posó una mano sobre el brazo de Alyssa. —Estamos contigo, Alyssa. Vamos a traerlos de vuelta.

Alyssa sonrió, agradecida. Por primera vez en semanas, sintió que había un camino claro hacia la paz, no solo para ella y Ewan,

sino para todos los que formaban parte de aquella familia extendida.

—Entonces partimos al amanecer, —sentenció con una voz llena de convicción—. Que nada nos detenga.

Alyssa ajustaba las riendas de Brann, mientras Caelan revisaba las armas y Cam daba las últimas instrucciones.

—¿Crees que estarán bien? —preguntó Alyssa sin mirar, con voz algo nerviosa.

—Son niños fuertes —respondió Ewan con una sonrisa tranquila—. Pero sí, estarán felices de ver caras amigas.

—¿Y tú? —insistió ella, lanzándole una mirada.

—Estoy preparado para lo que sea —contestó él con seguridad—. Pero si te sirve de algo, tengo la sensación de que este viaje es más importante para ti que para mí.

Alyssa suspiró y se acercó a Ewan. —Lo admito, me encariñé con ellos. Son como pequeños rayos de luz en medio de todo este caos.

Su padre le dio una palmada en el hombro. —Entonces los traeremos sanos y salvos. Por ti, por ellos, y por todos nosotros.

En ese momento apareció Julia, con la capa ajustada y una sonrisa amable. —El viaje será duro, pero no estaréis solos. Cam y Caelan os acompañan, y además, he preparado provisiones para todos.

—Gracias, tía Julia —dijo Alyssa—. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente estarías loca de remate —bromeó Julia, provocando una risa general.

Cam sacudió la cabeza y añadió: —Pues con esa valentía y valor que demostraste en la batalla, ya eres la mejor guerrera de esta casa.

Brann relinchó impaciente, y Alyssa lo montó de un salto.

—Pues entonces, no perdamos más tiempo. ¡Vamos a buscar a esos niños!

Horas más tarde, ya estaban de regreso con ellos.

—¿Ewan es fuerte? —preguntó Lachlan, acurrucado entre las mantas sobre el lomo de Brann, mientras Alyssa lo sostenía con un abrazo fuerte.

—Mucho —respondió ella, con una sonrisa que el niño no alcanzó a ver pero sí a sentir en su voz—. Aunque más fuerte aún es cuando abraza sin decir nada.

—Pues Lachlan no tiene fuerza —dijo Jane desde la montura que compartía con Cam—. Él es... es… como si fuese una chica.

—¿Ah, sí, estás segura de eso? —Alyssa alzó una ceja—. Pues dime, valiente guerrera, ¿qué fue lo que pasó cuando nos vio a las puertas del monasterio?

—Eso —se defendió el niño—, los derribé en una carrera. Asi que no digas que no soy fuerte. Tú al contrario no puedes mover a nadie aunque te lo propongas. —El niño frunció el ceño.

—Eso no es verdad, yo también tengo fuerza —dijo Jane—. Lo que pasa es que cuando me acerqué a Alyssa, olía a pan y a hogar, y tuve que abrazarla.

Cam soltó una carcajada sonora desde delante.

—Creo que acaba de llamarte madre sin saberlo.

Alyssa bajó la mirada, emocionada. Jane levantó la cabeza y le susurró:

—¿Nos vais a esconder otra vez?

—Nunca. —La respuesta le brotó sin pensarlo, con la urgencia de una promesa sagrada—. Nunca más.

Los caballos avanzaban despacio entre la arboleda. Las hojas caídas crujían bajo los cascos, el cielo se teñía de oro por el atardecer.

—¿Podemos dormir todos juntos esta noche? —preguntó Jane.

—Seguro que tienen una cama bien grande donde cabemos —añadió Lachlan.

Alyssa sonrió, besando su coronilla despeinada.

—Esta noche podéis dormir donde queráis. Hasta en el techo, si lo pedís con una sonrisa.

—¡En el establo! —gritó Jane—. ¡Quiero dormir con Brann!

—Yo también —dijo Lachlan.

—Vaya, ¿cómo habéis cambiado tan pronto de opinión? —se quejó Ewan que iba situado delante del todo abriendo paso.

—Brann no ronca, vosotros seguro que sí —se burló Caelan, que iba detrás—. El pobre caballo no os duraría ni dos horas.

—¡Tío Caelan! —protestaron al unísono.

Alyssa los miró a todos. A Cam, sonriendo como un padre que ha ganado otra hija. A Caelan, burlón pero atento. Y a los niños, tan llenos de vida pese a todo lo sufrido.

Y supo que la guerra había terminado. Que la familia no siempre nace, a veces se construye.

—Ewan va a llorar —dijo de pronto Lachlan, apoyando la mejilla en su brazo.

—¿Sí?

—Sí. Cuando nos tenga junto a él y estemos a solas. Ewan llora cuando algo le duele... o le importa mucho.

Alyssa asintió, con los ojos húmedos.

—Entonces sí. Seguro llorará.

Capítulo 22

Dos semanas más tarde…

El monje viejo tenía los ojos pequeños, rojos por las noches sin sueño y por la luz constante de las velas cuando el sol se escondía. Su hábito estaba manchado por la ceniza de la cocina, pero su voz era firme cuando se acercó a Ewan. Habían intentado conseguir información por diferentes lugares donde creían que Mauri podía haber dejado al niño en caso de que existiera, pero cada día perdía la esperanza de lograr saber la verdad. Hasta que un día, un viejo monje amigo de los MacKinnon llegó al castillo.

—Lord Murray —dijo, con un leve asentimiento reverente—. Hay algo que debéis saber. Un muchacho fue traído hasta aquí hace unos días. Es hijo de una mujer llamada Mauri.

El silencio se hizo denso.

Alyssa ladeó la cabeza, tomándolo con calma de las manos. Cam, desde detrás, pareció contener la respiración. Ewan apenas parpadeó.

—¿Dónde está?

—En la sala de los niños. No ha dicho mucho, pero pregunta por su madre. Y por su padre… aunque no sabe que es usted.

Ewan bajó la vista al suelo de piedra. Era verdad, existía una vida que no conocía… un niño. *Su* hijo.

Alyssa lo abrazó.

—Vamos a verle —le dijo suave.

Ewan alzó la mirada y asintió.

Viajaron acompañados del monje.

Entraron juntos, acompañados de Lachlan y Jane, siguiéndoles sin hacer ruido, como si sintieran la gravedad del momento.

El niño estaba sentado en un banco, junto a una ventana. Tenía el cabello oscuro, ondulado, una herida en la ceja cerrada con

torpeza. Jugaba con un trozo de madera tallada. Cuando oyó pasos, alzó los ojos.

Eran los ojos de Ewan. Sus mismos ojos, no cabía duda.

Nadie habló. El niño frunció el ceño, desconfiado.

—¿Tú eres el hombre que desea verme? —preguntó.

Ewan se acercó, agachándose frente a él. Tardó en encontrar las palabras. Alyssa le tocó el hombro.

—Soy Ewan —dijo por fin, con voz baja—. Y tú… tú eres mi hijo, ¿verdad?

El niño bajó la mirada al trozo de madera. Su voz fue apenas imperceptible.

—Eso dijo mamá, que yo tengo un padre. Pero no sé si lo eres.

—Entonces ven con nosotros. Y lo sabrás. No voy a obligarte —añadió rápido—. Pero me gustaría que vinieras.

El niño le miró largo rato, luego asintió. Simplemente. Como si le hubiera estado esperando toda su corta vida.

Alyssa sonrió. Jane y Lachlan se acercaron, y sin saber muy bien por qué, el niño también sonrió.

—¿Tienes nombre, pequeño? —preguntó ella.

—Caileag.

—Bienvenido a casa, Caileag.

Ewan lo abrazó entonces. Torpe. Inseguro. Pero el niño no se apartó. Se quedó allí, aferrado a él como si lo conociera de siempre.

Y así, cuando dejaron atrás el monasterio, cabalgaron juntos: Ewan con su hijo ante él, Alyssa a su lado, y los pequeños Jane y Lachlan riendo en los caballos. Los MacKinnon, más numerosos, más fuertes… y más unidos.

Las puertas del castillo MacKinnon estaban abiertas de par en par cuando los jinetes cruzaron el último tramo del sendero. El sol de la tarde acariciaba las torres con una luz dorada que hacía brillar la piedra como si todo el castillo celebrara su regreso.

Desde lo alto, una figura bajó corriendo. Era Isla, con el rostro encendido por la emoción y los ojos un poco brillantes debido

a la emoción del momento. Cam le seguía, algo más contenido, aunque no pudo evitar soltar una carcajada cuando reconoció a los niños que se acercaban.

—¡Por fin! —exclamó Isla, abriendo los brazos.

Alyssa bajó del caballo primero, con el corazón latiendo como el primer día. Corrió hasta su madre y se fundió en un abrazo que no necesitó palabras. Isla le acarició el rostro como si aún fuese una niña. Cam la besó en la frente, luego le guiñó un ojo a Ewan, que bajaba con Caileag aún entre sus brazos.

—¿Y este mocoso? —preguntó Cam, alzando una ceja.

Caileag apretó los labios, sin saber si debía esconderse o contestar. Pero Alyssa se agachó a su lado, con una sonrisa.

—Este es Caileag —dijo ella—. Tu nieto.

El rostro de Isla se transformó. El de Cam se endureció, luego se suavizó. Ambos miraron a Ewan, que ya no tenía nada que esconder.

—No sabía de su existencia antes de que Mauri llegase aquí —dijo él—. Pero ahora que lo sé… no pienso separarme de él.

—¿Tiene carácter? —preguntó Cam.

—Como su padre —dijo Alyssa.

—Yo no tengo carácter —replicó Ewan, y ella sonrió, mirando a otro lado para no derretirse ante tanta ternura.

Isla se agachó y abrazó al niño.

—Bienvenido a la familia, Caileag. Este es tu hogar ahora.

Lachlan y Jane bajaron también, y pronto todos se vieron envueltos en una maraña de saludos, risas y abrazos.

El patio, aún con rastros de la batalla, se llenó de vida.

Alyssa alzó la vista hacia Ewan. Él estaba de pie, con los ojos fijos en ella. No dijeron nada. No lo necesitaban. Él caminó despacio hasta ella, tomó su rostro con las dos manos y le besó la frente. Un beso lento. Intenso. Con toda la calma que no habían tenido durante semanas.

—Gracias —murmuró él.

—¿Por qué?

—Por quedarte. Por confiar en mí. Por salvarme.

Ella lo miró en silencio y luego apoyó la frente contra su pecho.

—Tú me salvaste primero.

Unos pasos pequeños los interrumpieron. Caileag los miraba desde abajo, con las manos en los bolsillos.

—¿Puedo ir a ver todos los caballos?

—Ve —le dijo Ewan, sonriendo—. Pero no intentes montar a Brann sin avisarme. No le gustas aún.

—Aún —repitió el niño, y echó a correr hacia las caballerizas.

—Es como tú —le susurró Alyssa.

—¿Leal y valiente?

—Fiero e imposible —respondió, mirándolo con ese brillo que solo ella tenía—. Como tú.

Ewan la estrechó entre sus brazos, respirando hondo como si al fin pudiese hacerlo. La batalla había pasado. Las heridas estaban cerrando. Los fantasmas del pasado habían sido enterrados.

Y frente a ellos, solo quedaba vida. Vida, y hogar.

Epílogo final

Cinco años después

Las campanas del mediodía repicaban desde la torre del castillo MacKinnon, extendiendo su canto sobre las colinas verdes, los caminos de tierra y los prados que iban al ritmo del viento. A lo lejos, una bandada de aves cruzaba el cielo claro, mientras tres figuras corrían entre los arbustos, lanzando risas que se mezclaban con el murmullo del arroyo cercano.

—¡Vamos, Lachlan! ¡Va por ahí! —gritó Jane, sujetando su falda con una mano mientras señalaba hacia unos arbustos.

—¡Espera, que lo tengo! —bramó Lachlan, que a sus veintitrés años ya era tan alto como su padre, pero corría como si aún fuera un niño.

—¡Lo espantaste otra vez! —se quejó Caileag, ahora de diez años, con el cabello oscuro despeinado y las mejillas encendidas. Cargaba una pequeña caja de madera entre los brazos, dispuesto a atrapar al siguiente conejo que osara cruzarse en su camino.

Alyssa los observaba desde la colina, con una sonrisa suave en los labios y las manos sobre su vientre redondeado.

—Podrían estar así todo el día —murmuró.

—Y así será cuando tengan hijos propios —replicó Ewan a su lado, abrazándola por detrás.

Alyssa ladeó la cabeza sobre su hombro, y él la besó en la sien con ternura. Su mano grande y fuerte se apoyó sobre su vientre, donde el nuevo latido de su amor crecía, fuerte y tranquilo.

—¿Tú crees que este también saldrá corriendo tras conejos con esa edad?

—Si sale a ti —dijo Ewan, con una sonrisa torcida—, probablemente quiera montar a Brann antes de aprender a caminar.

—¿Y si es una niña?

—Entonces que los conejos corran.

Ambos rieron, y se quedaron en silencio, mirando el horizonte.

El castillo se alzaba a sus espaldas, firme y renovado. Los jardines florecían, las tierras eran prósperas y la paz, conquistada con sangre y amor, se respiraba en cada rincón.

Ewan acarició con los nudillos el vientre de Alyssa.

—No sé si hice muchas cosas bien en esta vida… pero estar aquí contigo… —La miró, y sus ojos hablaron con una claridad que ninguna palabra podía igualar—. Esto, esto sí lo hice bien.

Ella giró apenas el rostro, rozó sus labios con los de él, y le susurró:

—Volvería a elegirte… incluso en la guerra. Siempre a ti.

Y mientras los tres jóvenes seguían corriendo campo abajo, entre gritos, bromas y eternas carreras, el viento llevó consigo una certeza tranquila:

La historia de Alyssa McKinnon y Ewan no solo había sobrevivido… había echado raíces.

Fin

Dedicatoria

A todos vosotros, mis queridos lectores.

Gracias por acompañarme en este viaje por Las tierras altas, por valles brumosos y castillos centenarios. Por compartir las pasiones, las luchas y los sueños de Alyssa, Ewan y todos los que habitan estas páginas.

Sin vuestro cariño, palabras, y el aliento constante, esta saga no habría sido posible. Cada página escrita lleva impresa vuestra compañía y emoción.

Ojalá estas historias os hayan hecho soñar, reír, sufrir y amar tanto como a mí al contarlas.

Con todo mi corazón, gracias por creer en estos personajes y en esta tierra.

Con todo mi cariño, Zoe Scotland.

¿Quieres seguir viviendo la pasión y la aventura en las Tierras Altas?

Te invito a sumergirte en las historias que dieron vida a esta saga inolvidable:

Por orden del rey

Las Tierras Altas de Escocia son salvajes, implacables y gobernadas por la sangre y el acero. Isla MacLeod lo sabe bien. Criada entre guerreros, nunca aceptó el destino que otros trazaron para ella. Pero cuando su padre la obliga a casarse con el heredero de un clan rival, su única opción es huir.

En su escape, Isla encuentra refugio en lo más profundo de las montañas, un territorio donde solo los más audaces —o los más desesperados— se atreven a vivir. Allí se cruza con un hombre tan indómito como la tierra misma, alguien que parece tan perdido como ella… pero que guarda secretos capaces de cambiarlo todo.

Ahora, entre la traición y la guerra, entre la lealtad y el deseo, Isla deberá decidir si desafía su destino… o si se deja atrapar por él.

Vengaré tu nombre

Después de años de aislamiento en un monasterio, Julia McLean es liberada de la vida de retiro a la que su familia la condenó para evitar su unión con el temido clan McKinnon. Al regresar al mundo exterior, se enfrenta a la devastadora noticia de la muerte de su padre, asesinado por su propia mano derecha, el hombre en quien más confiaba.

Consumida por el dolor y la ira, Julia se embarca en una implacable búsqueda de venganza. Con un corazón lleno de odio y una determinación inquebrantable, no descansará hasta que el traidor pague por su crimen.

En un viaje lleno de traiciones, oscuros secretos familiares y un imparable deseo de justicia, Julia se convertirá en la sombra de su enemigo, dispuesta a desatar su furia sobre todo lo que se cruce en su camino.

Mini Avance Exclusivo
Con Zoe Scotland

Queridas lectoras,

Os traigo un nuevo suspiro de tinta fresca para acompañaros en esta espera. Aquí os dejo un fragmento exclusivo, un pequeño secreto que pronto cobrará vida en otra historia.

Tras años sin noticias, Lena recibe una carta inesperada: su padre, noble inglés de rígidas costumbres, se ha casado en secreto con una escocesa, y ahora vive en un castillo en las Highlands. Contra todo pronóstico, le exige que vaya a vivir con ellos. Sin entender el motivo ni ocultar su desdén por ese nuevo matrimonio, Lena cruza la frontera con el corazón cargado de preguntas.

Pero lo que encuentra allí la descoloca por completo.

Porque no solo hay una mujer ocupando el lugar que un día fue de su madre… también hay un joven. Travis. Hijo de su madrastra. Su hermanastro.

Con el porte rudo de los hombres de Las Tierras Altas y más silencios que palabras, Travis no encaja en nada con el mundo educado y elegante del que Lena proviene. Es brusco, reservado y parece más cómodo blandiendo una espada que compartiendo

conversación. Pero bajo su mirada esquiva y su ceño perpetuamente fruncido, arde una chispa que Lena no puede ignorar.

Travis tiene un compromiso que no puede romper con la hija de un laird, y los pactos entre clanes no se cuestionan.

Pero entonces llegó Lena.

Y lo complicado es fingir que no pasa nada… cuando lo único que quieren es que pase.